



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

HISTORIOGRAFÍA, HERMENÉUTICA Y POSITIVISMO.
Revisión de la historiografía chilena camino a la superación del positivismo.

Tesina para Optar al Grado de Licenciatura en Historia

MANUEL BASTIAS SAAVEDRA
Profesor Guía: Gabriel Salazar

Santiago, Chile
2004

A la memoria de Gerardo Whelan C.S.C.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no podría haberse logrado sin el apoyo de muchas personas. Cualquier empresa como la que se ha llevado a cabo requiere de horas de lectura y reflexión personal, y muchas más en las que esas reflexiones cobran la forma de un relato coherente. Pero en los momentos en que el autor tiene la posibilidad de escapar de ese encierro intelectual encuentra sustento en las personas que lo rodean e incitan a seguir adelante.

Esta investigación ha tomado distintos caminos desde su primera formulación. El texto que el lector tiene entre sus manos es la culminación de una serie de reformulaciones de un proyecto de reflexión teórica sobre la historiografía. Tratar un tema como este en la disciplina histórica no es cosa sencilla. Por esto, quiero comenzar por agradecer el apoyo brindado por el profesor Gabriel Salazar, quien guó esta tesis, sin cuyos valiosos comentarios ésta no habría llegado a ser lo que es. Quiero agradecerle por sobre todo el haber auspiciado este proyecto con el entusiasmo con que lo abrazó, cosa que fue un constante aliento para seguir adelante con la reflexión.

Quiero agradecer además a Manuel Bastias, mi padre, y Rosa Saavedra, mi madre, quienes me han acompañado cariñosamente en el camino de mi formación intelectual. Quisiera aquí manifestar el cariño, amor y admiración que siento por ellos.

A Pablo Artaza quien me ayudó a encaminar las últimas etapas de este proyecto facilitándome material de trabajo personal, artículos y, por sobre todo, su experiencia como investigador en momentos de desorientación.

A Martín Villaseca cuya colaboración diligente y entusiasta fue siempre de gran utilidad.

Finalmente, agradecer a todos aquellos que han acompañado la gestación y desarrollo de esta idea con compañerismo y amor.

TABLA DE CONTENIDOS

| | |
|--------------------------|----------|
| INTRODUCCIÓN..... | 1 |
|--------------------------|----------|

| | |
|---|-----------|
| CAPÍTULO I: REFLEXIONES FILOSÓFICO-CRÍTICAS EN TORNO AL POSITIVISMO..... | 10 |
|---|-----------|

| | |
|--|----|
| 1. La búsqueda inicial de fundamentación epistemológica de las ciencias del espíritu: Wilhelm Dilthey..... | 13 |
| 2. Hermenéutica y comprensión: Hans G. Gadamer. | 25 |
| 3. Dialéctica y positivismo. La crítica de Adorno al positivismo. | 33 |
| 4. La racionalidad comunicativa: Jürgen Habermas. | 42 |

| | |
|---|--|
| CAPÍTULO II: APROXIMACIONES METODOLÓGICAS EN LOS INICIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA. | |
|---|--|

| | |
|--|----|
| 1. Orígenes de la historiografía chilena. | 57 |
| 2. Primeros debates sobre el método. | 62 |
| 3. Consolidación del sistema narrativo. | 76 |

| | |
|---|--|
| CAPÍTULO III: VARIACIONES METODOLÓGICAS EN LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DEL SIGLO XX. | |
|---|--|

| | |
|---|----|
| 1. De la historia narrativa a la historia explicativa. | 86 |
|---|----|

| | |
|---------------------------------|-----|
| 2. Historiografía conservadora. | 98 |
| 3. Historiografía marxista. | 110 |
| 4. Historiografía académica. | 119 |

**CAPÍTULO IV:
LA PERSPECTIVA EPISTEMOLÓGICA EN LA NUEVA HISTORIOGRAFÍA
SOCIAL CHILENA.**

| | |
|--|-----|
| 1. La nueva historiografía social. | 131 |
| 2. Radicalización de la nueva historiografía social. | 142 |

CONCLUSIÓN

| | |
|-------|-----|
| | 154 |
|-------|-----|

BIBLIOGRAFÍA

| | |
|-------|-----|
| | 161 |
|-------|-----|

**APÉNDICE:
ENTREVISTAS.**

| | |
|--|-----|
| 1. Entrevista a Julio Pinto | 171 |
| 2. Entrevista a María Angélica Illanes | 177 |
| 3. Entrevista a Leonardo León | 182 |
| 4. Entrevista a Eduardo Devés | 189 |

PRESENTACIÓN

Debido a las necesidades actuales que se plantean de la sociedad para con la historia, la historiografía debe encontrar las formas de enlazar su actuar disciplinario con estas necesidades. La matriz identitaria que se ha manejado históricamente, la construcción de la sociedad como creación exclusiva del Estado, está amenazada por la desintegración sufrida por éste en los procesos de ajuste estructural planificados por la política neoliberal. El desplazamiento del centro de atención, desde el Estado paternalista, fuerte y centralizado, hacia el Mercado, conlleva a su vez un desplazamiento de la concepción que tienen los sujetos de *su* realidad cotidiana. Así, se observa el pasado dorado del Estado proteccionista y desarrollista con creciente nostalgia, anhelando las formas de socialización que en él se manifestaban. Hoy, por el contrario, las personas sienten que sus espacios de interacción social están amenazados por la creciente dinámica económica, a la vez que se manifiesta un repliegue hacia las dimensiones seguras de sociabilidad: “es la cotidianidad lo que da sentido y verosimilitud o hace dudosa la identidad nacional.”¹ Frente a semejante situación, la historiografía, como genialmente lo planteó Dilthey, debe ser capaz de ayudar al sujeto a trascender el mundo de la vida cotidiana con lo cual le puede entregar sentido, perspectiva, libertad. La reflexión histórica sería el camino por el cual el sujeto se puede liberar de ese espacio de cotidianidad que no le da un respiro para detenerse a pensar, pensarse, dentro de su vida.

A lo largo de su historia, la historiografía se ha cuestionado una y otra vez sobre su sentido, sobre cómo debían realizar su labor los historiadores, sobre cómo aproximarse de la mejor forma a su objeto. Sin embargo, dos cosas fueron dejadas de lado por la historiografía nacional: los fundamentos y los fines del conocimiento histórico. Quizá más lo primero que lo segundo. La reflexión sobre los fines se estructuró como una forma de entender el sentido de la República o como un insumo para las gentes ilustradas. Con todo, los historiadores no tomaron en cuenta hacia lo cual y por lo cual se dirigía la investigación. Ahora, el problema de los fundamentos

aparece como el problema esencial. Una disciplina que no cuestione sus raíces epistemológicas, que las de por sentadas, cae en un grave problema, ya que se abandona la reflexión y se dirige con presupuestos que, más que impulsarla, la estancan.

Un problema central ha sido la concepción positivista que ha imperado a lo largo de la historia de la ciencia moderna, y que se presenta no siempre de forma explícita en la historiografía chilena. El positivismo es una concepción filosófica o epistemológica que conduce, de una forma u otra, al abandono de la reflexión y al dogmatismo. A su vez, conlleva a encerrar el conocimiento en sí mismo, sin crear retroalimentación con la sociedad en la cual se forma dicho conocimiento. Por esto, si se pretende una ciencia histórica, o una historiografía que sea capaz de entrar en sintonía con las necesidades de una sociedad desintegrada en cuanto a sus referentes identitarios, es necesario revisar los fundamentos que han imperado en la disciplina y esbozar las posibles salidas.

Plantear el problema como la influencia del positivismo a lo largo de la historiografía chilena plantea dos requisitos fundamentales. En primer lugar, es necesario superar las concepciones estrechas del positivismo que ha imperado hasta ahora, tales como el apego al documento o la forma narrativa y cronológica de exposición de los datos, por una perspectiva más amplia y coherente. Esto es necesario porque el concepto simplista de positivismo no permite, de una parte, una crítica profunda a los problemas que se presentan a la hora de enfrentar el conocimiento; y por otra parte, encierra el debate epistemológico a esa reducción, por lo que las acusaciones de cientificismo pueden ir de un lado a otro sin mayor problema. En segundo lugar, una vez superado el concepto estrecho de positivismo, se requiere revisar la historiografía chilena en su desarrollo, esclareciendo las discusiones teóricas, buscando allí los rastros que permitan establecer el peso real que ha ejercido el paradigma dominante en su devenir.

Para ello, hemos utilizado en esta investigación preferentemente aquellos textos en los que es posible vislumbrar las perspectivas teóricas que han planteado diversos historiadores en sus obras, empleando como fuente principal sus escritos teóricos, los cuales, a pesar de ser escasos, contienen indicios interesantes. En segundo lugar, debido a la extensión de la producción historiográfica desde los inicios de esta disciplina en

¹ *Informe de Desarrollo Humano, Chile 2002*, pp. 70-71.

Chile hasta hoy, hemos recurrido a bibliografía secundaria referida a la obra de los diversos historiadores chilenos. Así, hemos buscado en biografías, biobibliografías y artículos de homenaje la síntesis de la obra, en algunos casos muy extensa, de historiadores chilenos. Solo en casos puntuales hemos recurrido a textos historiográficos propiamente tales. Así hemos intentado constituir una mirada sinóptica de lo que los historiadores chilenos han *pensado* sobre la *historiografía*, más que sobre lo que han *escrito* sobre la *historia*.

Es posible apreciar que una de las características más recurrentes de la historiografía actual es recalcar la importancia que ha tenido la incorporación de las técnicas y objetos de las ciencias sociales. La búsqueda de los procesos, la utilización de técnicas cuantitativas y un sinnúmero de novedades tomadas desde la sociología y de la antropología, ha sido uno de los logros de los que la historiografía actual se autocomplace. Cabe preguntarse, sin embargo, si acaso estos avances en los métodos y técnicas de investigación han dado un nuevo carácter a la historiografía o si, por el contrario, no es más que una continuación del viejo modelo positivista, sólo que ampliado en sus perspectivas y horizontes referenciales.

La pregunta surge fundamentalmente por el desconocimiento que se tiene de lo que realmente apartaría a la ciencia histórica del sesgo positivista que marcó los años de su apogeo en el siglo XIX. Cuando se piensa en la crítica realizada por la escuela de los *Annales* a la historiografía política, planteando la necesidad de sacarla de la comprensión cerrada y dirigirla hacia una comprensión amplia de la sociedad revisada en su conjunto, en sus manifestaciones culturales, sociales y económicas, no podemos vislumbrar en qué medida esto supone realmente quebrar los esquemas manejados por el positivismo. Porque, precisamente, la crítica no incorpora en ningún momento una comprensión clara de lo que se entiende por positivismo, ni existe una idea de lo que se requiere para reemplazar sustantivamente semejante paradigma.

Trasladando esto al caso específico de la historiografía chilena, es posible observar en el transcurso de ésta una tendencia que se manifiesta de manera similar. La historiografía en sus inicios demarcó su objetivo específico centrándolo fundamentalmente en la narración detallada de los acontecimientos del pasado. Esto suponía dirigir la mirada a los archivos, desentrañar lo que había allí contenido, y

ponerlo de manifiesto en un relato cronológico lo más apegado posible al documento. La labor del historiador era la del cronista, se limitaba a relatar. La contraposición a esto se dio en la posibilidad de, además de relatar los hechos, interpretarlos. La interpretación de la historia era la contraposición lógica a la narración. El problema por la escritura de la historia se manifestó tempranamente en estos términos, estableciéndose la dicotomía narración/interpretación.

Esta dicotomía iba a ser asumida por los historiadores de comienzos de siglo XX para lanzar una crítica a la historiografía positivista. Lo que ellos planteaban como necesario era superar la simple narración, y embarcarse en la empresa interpretativa. Esto llevaría a la historiografía por paso seguro lejos del positivismo imperante. La comprensión entonces establecida por los historiadores en su intento por alejar la historiografía del positivismo se basó en una interpretación anacrónica de la propia historiografía. Esto es, asumieron como suya la dicotomía planteada en los inicios de la disciplina histórica, y no reflexionaron por sus propios medios la validez de semejante distinción.

Visto así se plantea un problema interesante a la hora de pensar la historiografía chilena. El problema recae en que los historiadores de la década de 1930 y sus discípulos iban a creer que mediante la aproximación interpretativa de la historia se habían roto los fundamentos del positivismo de la historiografía liberal que la precedió. Sin embargo, pareciera que tal superación paradigmática no existió, y que no será sino hasta que la dictadura instaurada en 1973 lleve a los historiadores chilenos a replantearse seriamente los fundamentos de su disciplina que semejante superación comienza a vislumbrarse.

La distinción entre historia narrativa e historia interpretativa carece de sustancia para entregar una real salida al problema del positivismo. Esto es porque ambas no plantean una distinción radical, coexisten, e incluso resultan complementarias. Según Paul Ricoeur “la historiografía no se ha alejado tanto de la historia narrativa como pretenden los historiadores, al alejarse de la historia de los acontecimientos, principalmente de la historia política. Aunque la historia se convierta en historia de larga duración al transformarse en historia social, económica, cultural, aún sigue ligada

al tiempo y da cuenta de los cambios que vinculan una situación final con una inicial.”² La distinción, por tanto, resulta insuficiente. Cuando se busca la salida a un problema como lo es el positivismo, no puede subestimarse los alcances de éste. Una comprensión simplista como a la cual se recurrió en la historiografía chilena del siglo XX carece de la profundidad teórica para su superación.

Ya Michel Foucault había anticipado este problema en la historiografía francesa. Foucault enfoca el problema del paso de la historiografía política a la historiografía estructuralista y cuestiona el alcance real de esta salida. El fundamento de su crítica radica en el hecho que cambiar el centro de atención, del acontecimiento singular a una visión estructural, no conlleva un cambio sustancial en la forma de análisis. En otras palabras, el centrar el cambio metodológico en el valor del acontecimiento, por una parte, mantiene las relaciones de homogeneidad, continuidad y unidad inherentes al método positivista lo que, a su vez, conlleva al hecho que, y por otra parte, centrar la atención en el acontecimiento o en la estructura, provienen de una misma base discursiva y, por ello, no serían posiciones radicalmente diferentes sino que complementarias.³ Sin embargo, la aproximación metodológica de Foucault – consistente a grandes rasgos en el esclarecimiento de las discontinuidades– parece carecer de la profundidad y amplitud necesarias como para dar un fundamento sólido al problema del positivismo en las ciencias humanas.

Esto tiene su razón de ser en que las humanidades deben distinguir su ámbito de reflexión como algo distinto de lo que establece la comprensión positiva del mundo. Ésta reduce todos los acontecimientos posibles de ser interpretados a hechos que poseen una existencia en sí, independiente y aislada de quien comprende estos hechos. En consecuencia, para vislumbrar una salida se debe recurrir a una reflexión sobre lo que constituye el problema propio del positivismo, a la vez que plantear una alternativa que posea (o al menos que se plantee) un estatuto que iguale el conocimiento de las ciencias exactas con el conocimiento histórico. Por otra parte, esta alternativa debe vislumbrar la posibilidad de integrar perspectivas diferentes de aquellas circunscritas académicamente. Se puede afirmar que el pensamiento que permite satisfacer estas condiciones epistemológicas es la hermenéutica.

² Paul Ricoeur, *Del texto a la acción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, p. 19.

³ Michel Foucault, *El orden del discurso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980.

Por esto, junto con visitar la historiografía chilena, deseamos exponer el desarrollo del pensamiento hermenéutico, el debate en torno al positivismo, la influencia de éste en la historiografía chilena, y el planteamiento hermenéutico de la historiografía a fines del siglo XX.

En lo que sigue se revisará del pensamiento hermenéutico en el extranjero, en su desarrollo y ampliación, como una de las ideas más interesantes que surge como alternativa al positivismo. Este pensamiento posee una serie de ventajas, a su vez, que le permiten compenetrarse con las ciencias humanas, y también con la historiografía, como una base epistemológica sustentada en las relaciones intersubjetivas cargadas de sentido.

Los capítulos que siguen se enfocan directamente en la historiografía chilena. El segundo capítulo revisa la historiografía chilena en sus orígenes, la temprana disputa por el método y los problemas iniciales. El tercer capítulo comienza con un análisis de los primeros intentos por romper con la historia narrativa, fundamentalmente en la reflexión de Guillermo Feliú Cruz. Continúa el relato del desarrollo de la historiografía chilena con tres de las principales corrientes historiográficas del siglo XX: la historiografía conservadora, la historiografía marxista y la historiografía académica. El último capítulo apunta a revisar la nueva historiografía social que comienza en la década de 1980 centrándose en los aspectos que la diferencian de las corrientes que la precedieron, fundamentalmente en el sentido de la reinterpretación epistemológica de la historiografía que allí se plantea.

CAPÍTULO I: REFLEXIONES FILOSÓFICO-CRÍTICAS EN TORNO AL POSITIVISMO.

El concepto de positivismo es un escollo intelectual que hasta el día de hoy sigue generando problemas. Esta dificultad surge del interés de las humanidades en el siglo XIX por encontrar un fundamento racional, en aquella época vinculada fundamentalmente a las ciencias naturales-exactas, para la comprensión de la sociedad. Se creyó que, al igual que en la física, las sociedades humanas podían estar sujetas a leyes universales o, al igual que la biología, a ciclos descifrables mediante la observación. Cuando pensamos en el positivismo en Historia, súbitamente se viene a la mente la citada frase de Leopold von Ranke de relatar la historia tal cual aconteció. O, en el caso chileno, cuando pensamos en Barros Arana y su intención de “desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto”. El hecho, el acontecimiento, era lo que aseguraba la adecuada penetración con la verdad de lo acontecido.

Sin embargo, el problema es mucho más profundo que esta imagen del positivismo. Iniciado por Comte en el siglo XIX, comenzó con la forma de una filosofía de la historia. Se funda “la creencia científicista de las ciencias en sí mismas mediante la construcción de la historia de la especie como constitución del espíritu positivo”⁴. Las posturas tanto de Ranke como de Barros Arana se sitúan en un segundo momento del positivismo en el que la ciencia ya cobra una autonomía respecto del conocimiento. Lo que ellos plantean ya no es un problema epistemológico, sino que un problema metodológico. El conocimiento se da por sentado, y sobre lo que es preciso reflexionar es sobre la ciencia. Lo que de esta forma se constituye es que el “positivismo significa el final de la teoría del conocimiento. En lugar de esta última, aparece una teoría de la ciencia.”⁵

El positivismo, en este sentido, es el aborto de la posibilidad de reflexionar, no sólo sobre el conocimiento, sino sobre la misma posibilidad de las ciencias. Al mismo

⁴ Jürgen Habermas, *Conocimiento e interés*, Taurus, Buenos Aires, 1990, p. 79.

⁵ *Ibid.*, pp. 75-78.

tiempo le cierra el paso a la filosofía la posibilidad de ser un interlocutor válido en el momento de la crítica. Esta doble supresión lleva a que el positivismo esté fuertemente marcado por la carencia de reflexión, o cuando menos de reflexión crítica. La reflexión se dirige hacia la ampliación y sofisticación de los métodos, en términos de eficacia, desvinculándola del sujeto cognoscente. De esta forma es posible entender que la noción positivista que impera acerca del positivismo sea la aproximación de las ciencias sociales a los métodos de las ciencias naturales⁶.

El problema, por tanto, radica en una dimensión epistemológica profunda que requiere ser cuestionada por los fundamentos del conocimiento, una vez más. Esta reflexión viene produciéndose desde fines del siglo XIX, cuando aquellos pensadores más agudos vieron los peligros que entrañaba la cosificación del conocimiento y la autonomía discursiva que cobraba la ciencia. La línea de reflexión hermenéutica alemana fue la que mayor profundidad alcanzó en relación a la crítica al positivismo.

⁶ Así la entiende José Joaquín Brunner, “La investigación social positiva”, en J. J. Brunner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, FLACSO, Santiago, 1993, p. 18.

1. La búsqueda inicial de fundamentación epistemológica de las ciencias del espíritu: Wilhelm Dilthey.

Una de las preocupaciones epistemológicas que ocupó un lugar central en las ciencias sociales y las humanidades a lo largo del siglo XIX fue la de encontrar la metodología adecuada para las diferentes ciencias que se ocupaban del hombre. “Las ciencias que tienen por objeto la realidad histórico-social buscan con mayor rigor que antes su conexión recíproca y su fundamento.”⁷ Hasta entonces se creía que la científicidad de una disciplina recaería en el traspaso de los métodos de las Ciencias Naturales a su labor de investigación. Hubo, sin embargo, una línea de pensamiento que buscó establecer que el objeto de estudio de ambos tipos de Ciencia era radicalmente distinto y que, por tanto, los métodos debían también serlo, esto sin afectar el estatus científico de estas disciplinas. Dentro de esta corriente encontramos a Wilhelm Windelband, Heinrich Rickert y, fundamentalmente, a Wilhelm Dilthey. Éste último establece que es posible delimitar de las ciencias de la naturaleza otro grupo de ciencias, entre ellas la historia, que él denomina ciencias del espíritu.

Para Dilthey es esencial realizar este proyecto de fundamentación como una continuación del proyecto kantiano en la forma de una “crítica de la razón histórica”. Esto debido a que los discípulos de la escuela histórica alemana –fundamentalmente Droysen–, al momento de reflexionar epistemológicamente sobre ella terminaban confundiendo los presupuestos de ésta con los del idealismo⁸. Por ello, el intento de Dilthey es abandonar la idea del idealismo y situarse en la perspectiva kantiana de la crítica de la razón, esto en el sentido de establecer fundamentos sólidos –y racionales– para el conocimiento histórico o, en términos de Dilthey, para las ciencias del espíritu. Pero, aún más importante es que los fundamentos de ese conocimiento no pueden ir más allá de los límites de la experiencia, por lo que cualquier tipo de aproximación metafísica es imposible. Así decía que este “pensamiento histórico reclama ser fundado gnoseológicamente y aclarado mediante conceptos, pero no ser transformado en algo trascendental o metafísico en virtud de una relación cualquiera con un absoluto.”⁹

⁷ Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, FCE, México, 1978, p. 11. En adelante OC I.

⁸ Hans Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, Tecnos, Madrid, 1993, p. 56.

⁹ Wilhelm Dilthey, *El mundo histórico*, Fondo de Cultura Económica, México 1978, p. 127. En adelante OC VII.

Pero su inclinación hacia Kant en contraposición a Hegel no debe conducirnos a situarlo dentro de la línea de pensamiento neokantiano contemporánea a Dilthey. El neokantismo asume tres postulados kantianos básicos con los que Dilthey entra en conflicto: a) la distinción entre el ser empírico y trascendental; b) la existencia del *a priori*; y c) la imposibilidad de unir la psicología con la epistemología¹⁰. Para Dilthey la intención de los neokantianos de traspasar el sistema de Kant al terreno de la historia era incurrir en un dogmatismo. Dilthey prefería buscar la fundamentación del conocimiento histórico en la “historicidad interna propia de la misma experiencia”¹¹.

El asunto central para Dilthey, a la hora de establecer una fundamentación lógico-gnoseológica de las ciencias del espíritu, entre ellas la Historia, está en las formas en que se realiza la captación de su objeto específico. Dilthey construye una teoría del conocimiento en la que explica cómo estas ciencias se aproximan a su objeto. Este está en gran medida determinado por el sujeto captador, el sujeto que realiza el proceso de conocer. Señala que existen etapas mediante las cuales se va constituyendo el conocimiento y que van de las relaciones más simples, del sujeto con el mundo exterior, hasta las más complejas, del sujeto como parte de una comunidad. La primera etapa del conocimiento es la vivencia, que se relaciona con las actividades mentales mediante las cuales aprehendemos el mundo objetivo. Luego viene la expresión, donde lo captado es llevado al pensamiento discursivo, esto es, la manera en que se expresa lo dado. Finalmente, se llega a la comprensión donde se desarrolla el saber objetivo del mundo espiritual.

Las ciencias del espíritu están enlazadas “entre sí por razones de afinidad y fundación recíproca. (...) Todas estas ciencias se refieren a los hombres, a sus relaciones entre sí y con la naturaleza exterior.”¹² El primer rasgo distintivo de estas ciencias de las ciencias naturales es su relación con lo humano. Dilthey exige, sin embargo, una delimitación aún mayor dado que existen ciencias como la fisiología que, a pesar de estudiar al hombre, caen dentro de las ciencias naturales. Es así que la tendencia que es propia a las ciencias del espíritu es que se orientan hacia la “comprensión”, fenómeno

¹⁰ H. A. Hodges, *The philosophy of Wilhelm Dilthey*, Routledge & Keagan Paul Ltd., Londres, 1952, pp. 26-31.

¹¹ H. G. Gadamer, *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Editorial Sígueme, Salamanca, 1977, p. 281.

¹² OC VII, p. 91.

que lleva que lo exterior se ponga en contacto con lo interior. Mediante este fenómeno hacemos que hechos manifestados externamente puedan ser asimilados en nosotros mismos en la forma de vivencia. Estas ciencias se ven sujetas a una *autognosis*, a un constante *percatarse*.

La autognosis es un aspecto crítico en estas ciencias ya que el ser humano se ve limitado por el problema esencial de que se presenta a la vez como sujeto y objeto del conocimiento. “El sujeto del saber es una misma cosa con su objeto y éste es el mismo en todas las etapas de su objetivación.”¹³ Por ello es que el conocimiento en las ciencias del espíritu debe necesariamente dirigirse por métodos que tomen en cuenta esta dimensión que, sin embargo, no se construye como una introspección. Se da efectivamente una relación de lo externo con lo interno, pero el énfasis está puesto precisamente en el aspecto de *relación*. En otras palabras, el sujeto no comprende el mundo espiritual, mundo creado por todas las manifestaciones del hombre en la historia, mediante un proceso psicológico de “mirarse hacia dentro”. La comprensión está dada en la medida en que el ‘yo’ que conoce encuentra manifestaciones de afinidad en relaciones cada vez más amplias con un ‘tu’. Lo que se capta como objeto puede ser “comprendido” en tanto que existe una afinidad de esencia con el sujeto que capta. La expansión de la relación se va abriendo en la dirección hacia lo general, así se encamina hacia la comunidad, de ahí hacia los sistemas culturales y finalmente se hace una conexión con la totalidad del espíritu. Así, la comprensión no cabe en el conocimiento de los fenómenos naturales, sino sólo en los fenómenos socio-culturales. Se produce un proceso particular en el sujeto cognoscente que es capaz de moverse entre lo particular y lo general. Veamos en qué consiste este proceso, siguiendo el relato gnoseológico que presenta Dilthey.

Cuando se realiza la captación de objetos no se presenta nunca más que los contenidos y las relaciones entre ellos. Lo que escapa a toda captación es la conciencia de los procesos mentales que llevan a la formación de juicios, conceptos, percepciones, etc. Dilthey proporciona una serie de actividades mentales que operan en la formación de la vivencia en un sujeto, en la forma de una captación objetiva. La actividad primaria es la de “comparar”. Es una operación lógica que consiste en la detección de grados de diferencia y de igualdad. Sobre ella intervienen dos más. La primera es la de separar.

Mediante esta operación mental no sólo es posible distinguir una voz humana, de un ladrido o el caer de las hojas; sino que podemos distinguir que un sonido igual en un momento distinto es un sonido distinto del anterior. Ocurre la posibilidad de establecer diferencias no sólo cualitativas sino temporales. Esta acción es esencial para el pensamiento abstracto, ya que permite la separación de una parte de un todo. Así, en base a situaciones reales se puede separar un aspecto para considerarlo por sí mismo, aunque en la realidad sólo exista como parte de un todo.

Junto a la actividad de separación está la de unión. Sólo puede concebirse la unión como la relación entre varias cosas separadas. La unión se hace en base a relaciones como “las de espacio y tiempo, hacer y padecer”. Esta actividad permite comprender la sucesión de acontecimientos singulares o la pertenencia común de ellos a un conjunto mayor. Mediante esta operación se establece la relación lógica de un todo con sus partes. Lo interesante que surge en este proceso es que recurriendo a la realidad, a lo concreto, sin embargo, “surge en ella [la realidad] algo que, sin esa unión, no estaría ahí.”¹⁴ Mediante la unión lo captado pasa a otro nivel de la conciencia: a la representación recordada. Aquí ya no se está en un contacto inmediato con el objeto, el objeto que fue captado es reproducido aquí mediante el recuerdo, mediante una figura construida mediante la unión secuencial de las partes. A la relación entre la representación recordada y lo vivido se llama ‘reproducción’. En esta etapa nacen las representaciones totales y las representaciones generales, pero además prepara el terreno a una nueva etapa de la conciencia, la del pensamiento discursivo.

El pensamiento discursivo tiene un vínculo con la expresión. La dirección de este pensamiento es el volcarse hacia la realidad, esto es, que lo contenido en la expresión esté dado en el objeto que se expresa. Así, se da en esta etapa un vínculo especial entre el lenguaje y lo dado, relación que se manifiesta en la relación entre la expresión y lo expresado. El pensamiento discursivo se expresa en juicios. Los juicios están adecuados a reglas formales del pensamiento, así cada parte de una oración debe contener un significado, y la oración un sentido. Pero los juicios también se vuelcan hacia la realidad y deben orientarse constantemente por ella. De esta forma surge en el juicio una nueva relación entre éste y la captación objetiva, relación que consiste en un

¹³ Ibid., p. 215.

¹⁴ Ibid., p. 145

carácter doble que asume. Por un lado, el juicio se haya fundado en lo dado, y por tanto constituye una representación de lo dado en el campo del saber. Por otra parte, el juicio explica –explícita– lo dado. Expresa lo dado según leyes del pensamiento de modo que lo dado pueda ser captado por otros. En su doble dirección hacia lo dado reside la fortaleza de los juicios, ya que todo contenido expresado en juicios tiene la posibilidad de retornar al objeto, donde “éste corrobora, ‘verifica’, el juicio o el concepto en toda la plenitud de su existencia intuible.”¹⁵

De aquí se obtiene que el “saber constituye una jerarquía de aportaciones: lo dado es ‘explicado’ –aclarado– en las operaciones mentales elementales, es reproducido en las representaciones y es ‘re-presentado’ en el pensamiento discursivo”¹⁶. Pero aquí no termina el asunto. Lo dado, captado de forma particular, individual y única, somete el ejercicio de la captación a su ámbito de pertinencia. Sin embargo, cuando se pone la realidad en relación con el todo, la subordinación de la captación a lo dado queda rota por la subordinación a lo general. “Lo concreto es reducido a series homogéneas mediante la abstracción y el método analítico, series que permiten enunciados sobre regularidades, o es captado en su articulación mediante divisiones.”¹⁷ Aquí se explica la posibilidad de constituir hechos en procesos, conceptos y categorías.

De esta forma, se observa que los procesos involucrados en la captación objetiva adquieren una doble orientación teleológica: a) en la medida en que se dirigen a un mismo objeto y tratan de agotarlo, una profundización sobre un objeto singular, y; b) en tanto se dirigen a la unión de objetos mediante relaciones entre ellos, la expansión hacia lo general. Entre las vivencias existe, por tanto, una doble conexión teleológica que los orienta en dirección al objeto. Usaremos aquellas que sean pertinentes para dirigirnos en un sentido o en otro.

Todo lo que se manifiesta en la vivencia es la vida. Pero, al constituirse como vivencia existe la limitación de que la referencia está situada en lo singular: lo que es captado es *mi* propia vida. Si bien existen intuiciones acerca de las orientaciones comunes en relación a fines y valores, no es sino en el comprender donde se supera la

¹⁵ Ibid., p. 147.

¹⁶ Ibid., p. 149.

¹⁷ Idem.

limitación de la vivencia. “La comprensión es un encontrarse del yo en el tú.”¹⁸ En las vivencias captadoras se puede establecer una conexión más general, realizar una abstracción de forma que se pueda trascender el yo y aproximarse a lo general, a la comunidad. Sin embargo, se trata sólo de juicios esbozados a partir de la vida común, resultando en juicios de valor, de reglas de conducta, de determinación de fines, etc., donde no cabe establecer una aproximación de validez científica. El comprender, en cambio, “presupone la aplicación de verdades científico-espirituales.”¹⁹

Según lo que vimos anteriormente respecto de la relación del conocimiento humano con lo externo y lo interno, la vivencia correspondería a esto último, mientras que la comprensión se dirigirá a lo primero. El mundo exterior está constituido por un entramado de relaciones entre individuos, comunidades, obras, y todo tipo de manifestaciones objetivas de la vida y el espíritu. Esto es lo que se denomina el mundo histórico. “Mediante la idea de la objetivación de la vida es como logramos una visión del ser de lo histórico. Todo ha nacido aquí mediante la acción espiritual y lleva, por consiguiente, el carácter de historicidad.”²⁰ Por lo tanto, las ciencias del espíritu se dirigen al conocimiento de todo lo que el hombre a través de su acción ha objetivado.

Las formas objetivadas de relación que se manifiestan en el mundo histórico constituye el ámbito de pertinencia de la comprensión. La posibilidad de ser que tiene la comprensión es la existencia en la vida de personas que se orientan al intercambio de vivencias y representaciones. “Se tienen que entender, una tiene que saber lo que la otra quiere.”²¹ De esta forma, el intercambio resulta posible por la expresión y, por tanto, en la relación entre la expresión y lo expresado. Si no existiese la doble relación de la expresión contenida en el juicio todo intento de comprensión sería inútil. De manera que en la facultad del comprender es posible el movimiento de lo particular a lo general, y reside en el fundamento de la vivencia y la expresión. Éstas remiten la comprensión siempre hacia lo particular en la forma en que es dado y expresado, pero a la vez debe hacerse un proceso de inducción que permita llegar a conclusiones universales a partir de lo captado singularmente.

¹⁸ Ibid., p. 215.

¹⁹ Ibid., p. 165.

²⁰ Ibid., p. 171.

²¹ Ibid., p. 231.

La conexión que se establece en la captación objetiva da lugar a la manifestación de la estructura peculiar a las ciencias del espíritu. “Las ciencias del espíritu descansan en la relación entre vivencia, expresión y comprensión. Por eso su desarrollo depende tanto del ahondamiento de la vivencia como de la orientación creciente al agotamiento de su contenido, y está condicionado, a la vez, por la extensión del comprender a toda la objetivación del espíritu por la aprehensión cada vez más completa y metódica de lo espiritual dentro de las diferentes manifestaciones de vida.”²² Así establece Dilthey que el conocimiento de las ciencias del espíritu es posible por el movimiento recíproco entre vivencia y comprensión, movimiento que nos lleva desde las unidades singulares y más básicas de la aprehensión de la realidad hacia unidades más generales que presuponen la existencia de una comunidad.

El sistema formulado por Dilthey, ha sido visto, especialmente por Gadamer, como insuficiente a la hora de aproximar el problema de la hermenéutica. Si bien en todo momento el programa de Dilthey busca transitar de lo particular a lo general, y a la inversa, “Su punto de partida, la interiorización de las <<vivencias>>, no podía tender el puente hacia las realidades históricas, porque las grandes realidades históricas, sociedad y estado, son siempre en realidad determinantes previos de toda <<vivencia>>.”²³ Gadamer entiende que este problema se debió a que Dilthey nunca pudo deshacerse de la perspectiva psicológica de la comprensión, heredada de Schleiermacher, y que el giro hermenéutico producido en su obra tardía, debido a la influencia de las *Investigaciones Lógicas* de Husserl, nunca pasó más allá de ser un simple esbozo²⁴.

Efectivamente en el *Mundo Histórico*, Dilthey ha superado ya el psicologismo por influencia de Husserl y se encamina hacia la hermenéutica. El problema está en que esta obra no es sino una recolección de textos inconclusos, por lo que Dilthey nunca logró llevar su proyecto de una crítica de la razón histórica a término. Las limitaciones de la obra de Dilthey precisamente recaen en su recurrencia a determinar las ciencias del espíritu por una aproximación psicológica y por caer en el objetivismo. Dilthey no logra escapar de esto último, porque abandona demasiado pronto la reflexión sobre los

²² Ibid., p. 153.

²³ Gadamer, *Verdad y método*, op. cit., p. 344.

²⁴ Ibid., p. 284-285.

aspectos metodológicos de las ciencias del espíritu, separando los aspectos prácticos de la vida de la objetividad científica. Habría en esto una forma de positivismo oculto²⁵.

En síntesis, el proyecto de Dilthey de fundar las ciencias del espíritu como un proyecto distinto del de las ciencias de la naturaleza, se verá traicionado por un supuesto positivista que establece una separación jerárquica entre vivencia, comprensión y expresión. La vivencia carecería de elementos “científico espirituales” las cuales sí estarían contenidas en la comprensión. Esta distinción aleja a Dilthey de un proyecto que logre superar de forma coherente el positivismo, instalando a la hermenéutica como herramienta útil en el plano metodológico y como fundamento esencial frente al dominio de las ciencias naturales. De la misma forma Dilthey no logra aprehender el problema del positivismo desde una perspectiva crítica. El grueso de su obra consiste en distinguir sustantivamente la metodología de las ciencias naturales de las ciencias del espíritu. Por ello, es necesario buscar más allá de Dilthey la fundamentación necesaria que permita, a una vez, superar el positivismo y entregar herramientas útiles a la hora de aportar nuevas aproximaciones epistemológicas en el terreno de la investigación histórico-social. Gadamer entrega una perspectiva renovada que se funda sobre el giro hermenéutico producido por Dilthey –depurado del psicologismo– e intentará situar a la hermenéutica como una forma de conocimiento paralelo al de las ciencias positivas, como dueña de su propia verdad.

²⁵ Habermas, *Conocimiento e interés*, op. cit., p. 185.

2. Hermenéutica y comprensión: H. G. Gadamer.

El pensamiento de Gadamer es heredero de tres fuentes fundamentales, la fenomenología de Edmund Husserl, la mirada histórica en el pensamiento filosófico de Wilhelm Dilthey, y la síntesis y radicalización de ambos planteamientos en la obra de Martin Heidegger. La perspectiva fundamental que asume Gadamer es la de situar nuevamente el problema de las ciencias del espíritu como formas de la experiencia que no corresponden con el esquema de verdad que maneja el método científico. Así en *Verdad y Método*, su obra capital, establece claramente la motivación de su investigación: “El fenómeno de la comprensión no sólo atraviesa todas las referencias humanas al mundo, sino que también tiene validez propia dentro de la ciencia, y se resiste a cualquier intento de transformarlo en método científico. La presente investigación toma pie en esta resistencia, que se afirma dentro de la ciencia moderna frente a la pretensión de universalidad de la metodología científica.”²⁶ La actitud de las ciencias de copar los conceptos de verdad y conocimiento le parece una actitud ilegítima. Esto debido a que la hermenéutica no se constituye como un problema de método sino que corresponde a una experiencia del mundo y, de esta forma, en una cuestión de verdad.

Lo que busca Gadamer, antes que encontrar un método para la hermenéutica en el terreno de las ciencias humanas, es establecer el carácter de la hermenéutica como algo que precede a las ciencias y establece un dominio propio alejado de éstas. Lo que busca es alejarla de los métodos y aproximarla al concepto de verdad. Esto es, comprendiéndola en la forma en la que realmente tiene lugar la hermenéutica en el transcurso de la vida históricamente determinada. Su exploración se dirige a buscar lo que hace posible la hermenéutica y no reducirla a consideraciones metodológicas que la convierta en un instrumento científico. “Gadamer propone utilizar las nociones de verdad y método desenlazados, como si uno no tuviera relación con el otro.”²⁷

Para ello Gadamer realiza una revisión de la hermenéutica a lo largo del pensamiento filosófico, recurriendo, fundamentalmente, a Dilthey, Husserl y Heidegger.

²⁶ Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*, op. cit., p. 23.

²⁷ Dieter Misgeld, “On Gadamer’s Hermeneutics”, en Robert Hollinger (ed.), *Hermeneutics and Praxis*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1985, p. 144. Traducción propia.

Sobre todo se apoya en éste último, ya que le permite orientar la reflexión hermenéutica planteada en términos ontológicos y ya no metodológicos. Para Heidegger “la comprensión no es sólo una operación en el sentido inverso y ulterior a la operación de la vida constituyente, sino el modo de ser original de la vida humana misma.”²⁸ Gadamer reafirma esta concepción de la hermenéutica en tanto que existe una valoración positiva de la comprensión fundada sobre la misma existencia humana. De esta forma, lo histórico adquiere un estatuto que hasta entonces no había poseído.

La comprensión diltheyana intentaba aproximar el mundo histórico como un texto que era posible interpretar. El concepto de comprensión se constituye como el “proceso en el cual se llega a conocer la vida psíquica partiendo de sus manifestaciones sensiblemente dadas.”²⁹ Distingue este proceso de la mera interpretación o el desciframiento técnico de textos. De esta forma, la comprensión es el método propio de las ciencias del espíritu. La tarea que Dilthey daba a estas ciencias iba a ser el de descifrar el mundo en todas sus manifestaciones espirituales con lo cual pierde de vista la experiencia histórica; “la historicidad de la experiencia histórica no llega a ser realmente determinante.”³⁰

Para Gadamer la dimensión temporal de la hermenéutica va a ser un problema esencial. El pensamiento histórico no puede ser objetivista porque él mismo forma parte del devenir histórico. A lo único que puede aspirar el conocimiento histórico es pensarse dentro de la dimensión temporal en la que se inscribe. Pero la temporalidad sobre la cual se constituye el pensamiento histórico es una dimensión cambiante, en la que el presente deja de ser la categoría temporal fundamental, y donde el pasado y el futuro son quienes lo dirigen. Y esto tiene que ver con la forma en que se manifiesta la comprensión, en la forma del círculo hermenéutico. El círculo se forma en una tradición que es necesaria interpretar y en la obligatoriedad de reconocer la presencia de esa tradición en la misma interpretación que se realiza. El círculo hermenéutico fue formulado tempranamente por el romanticismo alemán, y Gadamer rastrea su idea original hasta la antigua retórica. La novedad la ve Gadamer en la afirmación positiva que hace Heidegger de la estructura de la hermenéutica en su carácter circular. La

²⁸ H. G. Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, Tecnos, Madrid, 1993, p. 72.

²⁹ Dilthey, *El mundo histórico*, op. cit., p. 337.

³⁰ Gadamer, *Verdad y método*, op. cit., p. 304.

dimensión temporal se inserta dentro de esta estructura en la medida en que el pasado siempre empuja desde atrás entregando un sustento sobre el cual se forman las interpretaciones, aumentado a medida que se entra en el futuro. Las interpretaciones, a su vez, ancladas en ese pasado, se dirigen esencialmente hacia el futuro. Esto porque la comprensión hermenéutica no actúa sino hasta que existe una distorsión en la forma de comprender el mundo que necesita ser reevaluada. Ésta es la forma más básica de la comprensión, la forma en que cada uno lleva a cabo cualquier tipo de interpretación.

Sin embargo, Gadamer encuentra un planteamiento objetivo en el terreno de la hermenéutica, que no se sitúa en el concepto de fenómeno o de hecho como lo quisieran las ciencias, sino en una relación más profunda que tiene que ver con la estructura del prejuicio o la precomprensión. Como se establece en la estructuración del círculo hermenéutico, uno se aproxima a cualquier interpretación comenzando de una comprensión previa que hace que el sujeto interprete se aproxime a cualquier texto como algo que es ajeno a él. Esta es una dificultad que se encuentra presente en cualquier proceso de comprensión y que supone reconocer la alteridad de lo otro. Lo que se hace necesario aquí, no es enterrar la precomprensión por considerarla subjetivista, sino que debe plantearse una nueva aproximación que permita integrar lo otro, lo extraño a uno, dentro del proceso de la interpretación. Esto se realiza mediante la apertura hacia la opinión del otro (o del texto), esto es, a la manifestación de que las opiniones de otro pueden tener la misma validez que las propias. Esta objetividad recae no solamente en la posibilidad de mostrarse dispuesto a recibir las opiniones externas y contrastarlas con la comprensión propia, sino que también se manifiesta en el hecho que existe un límite que demarca sobre lo que es posible opinar. Este límite está dado por la comprensión que se pueda hacer de una opinión o de otra. “Por eso operan unos ciertos patrones. La *tarea hermenéutica se convierte por sí misma en un planteamiento objetivo*, y está siempre determinada por éste.”³¹

El concepto de prejuicio, entonces, va a entregarle a Gadamer la posibilidad de poner en tela de juicio la comprensión positivista moderna. La Ilustración había negado el valor que le es propio a los prejuicios como una forma irracional e infundamentada que era necesaria superar. “La ciencia moderna hace suyo este lema, sigue así el principio de la duda cartesiana de no tomar por cierto nada sobre lo que quepa alguna

duda, y la concepción del método que tiene en cuenta esta exigencia. Ya en nuestras consideraciones iniciales habíamos apuntado a lo difícil que es poner en consonancia con este ideal el conocimiento histórico que conforma nuestra conciencia histórica, y lo difícil que es en consecuencia comprender su verdadera esencia desde el moderno concepto del método.”³²

Por ello Gadamer recurre a una dimensión distinta de la metodología de las ciencias y se aproxima al fundamento lingüístico subyacente a toda comprensión. Dilthey establecía el carácter singular de las ciencias del espíritu en la relación entre vivencia, comprensión y expresión. La expresión, que constituía la función del lenguaje y de la comunicación tanto de la vivencia como de la comprensión, posee un lugar de importancia relativa menor que los otros dos elementos. Gadamer critica esta tendencia en el proyecto hermenéutico de Dilthey. Plantea que Dilthey no lleva la idea de la expresión hasta sus últimas consecuencias. En las ciencias del espíritu el pensamiento discursivo debe tener el carácter predominante. Por ello, la hermenéutica de Gadamer se va a situar en una perspectiva más allá de Dilthey, en palabras de Habermas, va a superar el paradigma de la filosofía de la conciencia y se va a aproximar hacia una filosofía de la comunicación. Este cambio paradigmático consiste en pasar de una perspectiva monológica hacia una dialógica. No es posible establecer, sin embargo, que Dilthey no haya llegado a lograr cierto acercamiento con las relaciones intersubjetivas. El problema radica en que asumía que la mente humana era capaz de trascender su propio horizonte de prejuicios culturales, en el esfuerzo por lograr la comprensión del mundo histórico³³, llevando el conocimiento hacia la estructura solipsista de las ciencias y no situándolo en la perspectiva que proporciona el sustrato objetivo de la hermenéutica.

Para Gadamer la comprensión significa, antes que todo, acuerdo, esto es, el entendimiento de unos con otros:

“En general, los hombres se entienden entre sí inmediatamente, esto es, se van poniendo de acuerdo hasta llegar a un acuerdo. Por lo tanto, el acuerdo es siempre acuerdo sobre algo. Comprenderse es comprenderse respecto de algo. Ya el lenguaje muestra que el <<sobre qué>> y el <<en qué>> no son objetos

³¹ Ibid., p. 335.

³² Ibid., p. 338.

³³ David Ingram, “Hermeneutics and truth”, Ibid., p. 40

del hablar en sí mismo arbitrarios de los que la comprensión mutua pudiera prescindir al buscar su camino, sino que son más bien el camino y el objetivo del comprenderse. (...) La comprensión sólo se convierte en una tarea especial en el momento en que esta vida natural en el referirse conjuntamente a las mismas cosas, que es un referirse a una *cosa* común, experimenta alguna distorsión.”³⁴

La hermenéutica no busca comprender un objeto en cuanto tal, sino que busca más bien una relación que se establece entre un “uno” y un “otro”. Busca superar la relación monológica del conocimiento y establecer una dimensión dialógica. Pero la experiencia de la comprensión sólo comienza en el momento en el que se disuelven acuerdos sobre situaciones dadas, cuando no se da el entendimiento. Cuando dos interlocutores no logran ponerse de acuerdo sobre *algo*, comienza el momento reflexivo de la comprensión. La situación fundamental será el momento del lenguaje. Lo que interesa en el momento de la comprensión no es si se trata de un texto o de una persona. Por ello, Gadamer se aleja de la idea de la hermenéutica como la simple interpretación de textos. “Quizá habría que preguntarse aquí si la relación interna de hermenéutica y carácter escrito no debe juzgarse también como secundaria. Pues lo que hace que una idea requiera interpretación no es el que esté escrita, sino su carácter lingüístico, esto es, la generalidad del sentido que tiene como consecuencia que se la pueda consignar por escrito.”³⁵

Se observa aquí que la postura de Dilthey ha sido superada en un intento de fundación ontológico de la hermenéutica. El problema de la interpretación de Gadamer es su rechazo por plantear la posibilidad de que la hermenéutica pueda constituirse como un método. Antes que eso es una forma de ser de la existencia humana. Pero ello no permite situar esta perspectiva dialógica en la estructuración de las ciencias humanas, con lo que no se resolvería una cuestión fundamental, a saber, la de cómo es posible superar el positivismo en las ciencias humanas. Ya que la perspectiva entrega un fundamento a las formas en que se manifiesta la comprensión cotidiana, dotándolas de un estatuto objetivo y de verdad, pero no lleva necesariamente a plantear que ese fundamento pueda llevarse a las disciplinas que trabajan sobre esa verdad. Aquí, se hace necesario revisar planteamientos que a la vez recurren a plantear no sólo la validez de la comprensión como categoría fundamental de la existencia humana, sino que dirigen la

³⁴ H. G. Gadamer, *Verdad y método*, op. cit., p. 233.

³⁵ *Ibid.*, p. 615.

mirada a plantear cómo es posible establecer esa comprensión como necesaria para superar el positivismo.

3. Dialéctica y positivismo. La crítica de Adorno al positivismo.

Adorno en la “Introducción” a *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, contrapone al positivismo del Círculo de Viena la dialéctica de la Escuela de Frankfurt. Como hemos examinado, el positivismo ya no se constituye simplemente como el afán de las ciencias sociales por acercarse a las ciencias naturales, sino que es la negación del sujeto cognoscente y la imposición de un cientificismo a-crítico. En esta perspectiva la reflexión es orientada hacia el conocimiento, sus posibilidades, sus límites, al estilo kantiano, se ve sobrepasada por la reflexión en torno a los métodos.

La principal crítica de Adorno al positivismo es la desvinculación que éste hace de las ciencias de la realidad concreta del hombre. El positivismo profesado por Popper y el llamado Círculo de Viena sitúa la lógica formal en un lugar privilegiado. Establecen “la autonomía absoluta de la ciencia” la cual sería el “carácter constitutivo de toda clase de conocimiento”³⁶. El problema que ve Adorno es que los pensadores positivistas no caen en cuenta de que la lógica no se sustenta por sí misma. La supuesta inmanencia de las premisas lógicas, y la negativa de reconocer lo contrario, constituiría el núcleo mismo de la concepción positivista de las ciencias.

“Lo primero que convendría investigar es si realmente se da una disyuntiva necesaria entre el conocimiento y el proceso real de la vida; si no existirá más bien una mediación del primero respecto del segundo, es más, si lo cierto no será, en realidad, que esa autonomía del conocimiento en virtud de la cual éste se ha independizado y objetivado productivamente respecto de su génesis, hunde sus raíces en su propia función social; si no dará lugar a una relación de inmanencia, en tanto que su constitución misma descansa en un campo mucho más amplio, en un campo que a un tiempo lo acoge e influye en su propia estructura inmanente.”³⁷

Un segundo problema que puede encontrarse en la discusión establecida entre dialécticos y positivistas está en el lugar que compete a la filosofía en el conocimiento. Por un lado, los positivistas defienden un concepto de validez científica objetiva que rechaza toda aproximación a la filosofía, entendiéndola en el sentido de “arbitrariedad subjetiva”. Los dialécticos, por el contrario, procederían mediante la reflexión filosófica

³⁶ Theodor W. Adorno, “Introducción”, en Adorno y otros, *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1972, p. 14.

³⁷ *Ibid*, p. 14.

entendiendo ésta en su sentido hegeliano, como una “autorreflexión crítica del entendimiento”. Finalmente los positivistas reducen la filosofía a un método mediante el cual es posible ordenar, aclarar, esclarecer el pensamiento, es decir, a una función lógico-analítica. De esta forma, el “positivismo, que anatemiza toda contradicción, tiene la suya más profunda y no consciente de sí misma en esa reducción a la particularidad de una razón meramente subjetiva e instrumental a la que se ve forzado cuanto más pretende ceñirse a su criterio de objetividad extrema, cuanto más pretende ceñirse a una objetividad purificada de cualesquiera proyecciones subjetivas.”³⁸

Ambos problemas poseen una respuesta común. Tanto el problema de la mediación del conocimiento por parte de la realidad social como el problema de una matriz de objetividad que permita la interacción con la subjetividad. Adorno plantea que la dialéctica es capaz de superar este escollo al situar la respuesta del sistema objetivo en el plano social. “El concepto de gran filosofía (...) no debe en modo alguno su origen a determinadas cualidades estéticas de tales o cuales operaciones mentales, sino a un contenido de experiencia que precisamente por su trascendencia respecto de la conciencia humana individual pudo resultar lo suficientemente sugestivo como para llegar a ser hipostasiado a la manera de un absoluto. La dialéctica puede legitimarse retrotrayendo dicho contenido a la experiencia, a esa misma experiencia de la que procede. La cual no puede ser sino la mediación de todo particular por la totalidad social objetiva.”³⁹

Y esto tiene que ver con que los hechos no pueden ser aprehendidos directamente a través de la observación. La realidad se mueve a través de varias dimensiones que se rigen en dirección de lo general y lo particular. Los hechos inevitablemente están vinculados a la totalidad social. La preeminencia que otorga el positivismo al fenómeno, al hecho aislado, y su completa negación de la totalidad, es producto del desconocimiento de la mediación existente entre ellos y la totalidad. “Lo dado, los hechos a que en virtud de sus métodos accede y sobre los que incide como algo último no son en sí nada último, sino algo condicionado.”⁴⁰ Esto viene por el hecho que los positivistas eliminan de sus esquemas categoriales el concepto de totalidad. El

³⁸ Ibid, p. 15.

³⁹ Ibid., p. 20.

⁴⁰ Theodor W. Adorno, “Sociología e investigación empírica”, en Adorno y otros, *La disputa...*, op. cit., p. 98.

error está en que los “hechos no son ese límite último e impenetrable en que los convierte la sociología dominante de acuerdo con el modelo de los datos sensibles de la vieja epistemología. En ellos aparece algo que no son ellos mismos.”⁴¹ Reinhart Koselleck, ha señalado esto mismo respecto de la historiografía –aunque no partiendo de la dialéctica sino que de la hermenéutica–, diciendo que cuando ésta “aprehende las condiciones de una posible historia, remite a procesos a largo plazo que no están contenidos en ningún texto como tal, sino que más bien provocan textos. Remite a conflictos insolubles, fracturas, discontinuidades, modos elementales de comportamiento que se pueden bloquear, y nombrarlos lingüísticamente representa ya una forma de racionalización”⁴². En otras palabras, la mediación está dada entre el hecho y la forma en que se aprehende ese hecho, a través del sujeto cognoscente y la totalidad social a la que pertenece. La totalidad como mediación sería inmanente a los hechos.

La totalidad para el dialéctico es un concepto que va necesariamente referido a lo social. Es un concepto que remite a la interacción social de los individuos entre sí, por lo que posee un componente que refiere, a un mismo tiempo, hacia lo particular. Lo que aquí resulta interesante es que la totalidad expresada en estos términos permite un movimiento que no lleva el conocimiento hacia una abstracción tal que los sujetos queden negados en el proceso. Y aquí reside una de las fortalezas que Adorno le atribuye a la dialéctica frente al positivismo. “La diferencia entre el concepto dialéctico de totalidad y el positivista puede centrarse más agudamente en el hecho de que el primero es <<objetivo>> y se abre a la comprensión de cualesquiera constataciones sociales singulares, en tanto que las teorías positivistas no pretenden sino sintetizar en un continuo lógico exento de contradicciones todas las constataciones, eligiendo para ello únicamente categorías de la mayor generalidad posible, y sin reconocer como condición de los estados de cosas esos conceptos estructurales culminantes en que estos son subsumidos.”⁴³

Este es el mismo problema que constataba Hannah Arendt, desde la línea de interpretación de la fenomenología y la hermenéutica heideggereana que le es propia,

⁴¹ Adorno, “Introducción”, op. cit., p. 21.

⁴² Reinhart Koselleck, “Histórica y hermenéutica”, en R. Koselleck; H. G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997, p. 92.

⁴³ Adorno, “Introducción”, op.cit., p. 24.

cuando señalaba el peligro de la importancia adquirida por el concepto de proceso en la historiografía. La forma en que la historia intenta insertar dentro de un gran proceso a todos los sucesos particulares, y en esta unidad darle sentido, posee un problema severo que radica en el hecho que el suceso ya no tiene sentido y por tanto la experiencia deja de dar contenido a las acciones. El contenido de las acciones está puesto en lo que ellas puedan contribuir para la formación de un proceso, es decir, se abstraen las acciones a tal punto que pueden resultar funcionales para cualquier proceso que se quiera demostrar. “En otras palabras, si presuponemos que existe algo así como una esfera independiente de las puras ideas, todas las nociones y conceptos no pueden sino estar relacionados, porque todos deberían su origen a la misma fuente: la mente humana en su extrema subjetividad, no afectada por la experiencia y sin ninguna relación con el mundo.”⁴⁴

Precisamente aquí radica una de las principales críticas de la dialéctica al cientificismo. La pretensión positivista de situar la objetividad de las ciencias en los procedimientos lógicos y en los métodos establecidos por cada disciplina, supone una perspectiva solipsista del conocimiento, y por tanto, conduce a una forma de subjetivismo. El positivismo al cerrarse a la posibilidad de la totalidad, y al principio de objetividad que de ahí puede sacarse, termina por conducir a una interpretación de la realidad por un sujeto enfrentado consigo mismo. La salida dialéctica a este problema es plantear la posibilidad de la objetividad. La dialéctica explica esta objetividad – asentada sobre lo social– en la medida en que la sociedad se compone por elementos racionales e irracionales, lo que la convierte a la vez en inteligible e ininteligible. La inteligibilidad recaería sobre el elemento objetivo dado por la disociación de la racionalidad –o el espíritu– del sujeto viviente llevándolo a una esfera común. La objetividad planteada por los dialécticos, de esta forma, estaría cruzada por la subjetividad, planteando una contradicción conceptual en la forma de entender la objetividad en tanto componente esencial de la totalidad. Sin embargo, esta contradicción sería el fundamento mismo de la comprensión dialéctica de la sociedad, ya que ésta es la contradicción esencial que se plantea en el conocimiento en las esferas de lo humano, cruzado a la vez por elementos racionales e irracionales. Esto lo justifica Adorno, apoyándose en Habermas, planteando que “no sólo hay una mediación del

⁴⁴ Hannah Arendt, “Historia e inmortalidad” en *Ibid.*, *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 53.

objeto del conocimiento por el sujeto, sino también lo contrario: el sujeto incide como elemento de la objetividad cuyo conocimiento persigue, es decir, en el proceso social.”⁴⁵

El positivismo al negar la posibilidad de la totalidad, erradicar la subjetividad y situar toda perspectiva de conocimiento seguro en la ciencia no hace sino ocultar el elemento subjetivo que le es intrínseco. Así, “los pretendidos intereses puramente científicos no son sino canalizaciones y en cierto modo neutralizaciones de intereses extracientíficos que penetran en la ciencia en versión atenuada”⁴⁶. Pero aún más, el científicismo⁴⁷ termina por desconocer el carácter instrumental que le compete a las ciencias, es decir, desconoce que es “un medio para responder a preguntas cuyo origen queda fuera del alcance de la ciencia y que, en realidad, van más allá de ella.” Esto conlleva una contradicción profunda que consiste en que en “la medida en que la racionalidad medio-fin de la ciencia ignora el telos implicado en el concepto de instrumentalismo y se convierte en fin único y exclusivo, contradice su propia instrumentalidad.”⁴⁸ Es decir cae en una tautología que niega el carácter instrumental de la racionalidad que le es propia.

El carácter instrumental de las ciencias –y de la racionalidad que le es acorde– está arraigado en que es instrumental “para” algo. Está teleológicamente dirigido a algo que le es externo. “Porque el conocimiento vive de la relación con lo que él no es, de la relación con algo diferente de sí mismo.”⁴⁹ Este elemento externo hacia lo cual se dirige, el fin último de las ciencias, es para con la sociedad. Romper con la autoreferencialidad de las ciencias conlleva superar la dicotomía entre conocimiento científico y conocimiento precientífico, escisión que vista desde la dialéctica no es tal. El ámbito llamado precientífico no sería sino un momento de la comprensión científica donde se crean los intereses⁵⁰ sobre los que se forma la ciencia. En este aspecto que los positivistas han contrapuesto a lo científico propiamente tal reside la objetividad social.

⁴⁵ Adorno, “Introducción”, op. cit., p. 26.

⁴⁶ Ibid., p. 27.

⁴⁷ Adorno usa indistintamente los conceptos de positivismo y científicismo, esto para usar un término más aceptable para Popper quien considera demasiado sobrecargado el concepto de positivismo.

⁴⁸ Adorno, “Introducción”, op. cit., pp. 28-29.

⁴⁹ Adorno, “Sobre la lógica de las ciencias sociales”, en Adorno y otros, *La disputa...*, op. cit., p. 131.

⁵⁰ El concepto de *interés* es uno de los conceptos centrales de Habermas, puede corresponderse con el concepto de *prejuicio* usado por Gadamer y Hannah Arendt, tomado del concepto de *precomprensión* heideggeriano.

Ésta es, desde la perspectiva dialéctica, el sustrato que precede y preexiste al conocimiento científico; es una forma de conocimiento que es condición de posibilidad de las ciencias. Los positivistas al negar la posibilidad de este piso objetivo, se niegan el acceso a la experiencia, provocando los problemas antes señalados. Pero aún más importante, el cientificismo se cierra –al carecer del espíritu autorreflexivo del conocimiento– a la posibilidad de superar el problema del solipsismo por alguna vía que trascienda el ámbito de las ciencias. Esto es debido a lo que Adorno muy bien señala: “El positivismo documenta una disposición histórica del espíritu que ignora ya la experiencia y, en consecuencia, extirpa sus rudimentos y se ofrece a sí misma como su sucedáneo, como única forma legítima de experiencia.”⁵¹

La esterilidad de la comprensión científicista radica en desconocer los aspectos propios de la experiencia, de no utilizarla más que como materia prima para la consecución de las ciencias. Esto lleva al peligro que señalaba a fines del siglo XIX Nietzsche, “<<El conocimiento por el conocimiento>> -ésta es la última trampa que la moral tiende: de ese modo volvemos a enredarnos completamente en ella.”⁵² Desvincular el conocimiento de toda conexión con el mundo y con la sociedad es un problema grave. El positivismo incurre en el error de suponer la ciencia como un fin en sí, olvidando que está vinculado con algo que la trasciende. Y aquí radica el interés del cientificismo por situar la reflexión en su misma composición interna: abandonar la pregunta por el conocimiento y situarse en la perspectiva de los métodos. “El espíritu que descuida el qué a favor del cómo, el objetivo del conocimiento a favor de la metodología de dicho conocimiento, da lugar a su propio empeoramiento.”⁵³

De esta forma, la crítica que Adorno esboza desde la dialéctica al positivismo se dirige fundamentalmente a la negación que éste hace de la experiencia. Al situar todos los parámetros de científicidad en la misma ciencia se está cayendo en una tautología que presenta un severo problema a la hora de enfrentar el conocimiento. Esto porque se niega la posibilidad de reflexión sobre el conocimiento, pero –más importante aún– la posibilidad misma de ese conocimiento. Porque la autolegitimación y autovalidación de las ciencias, desvinculada de los intereses dados por el estrato básico de la sociedad, se

⁵¹ Ibid, p. 69.

⁵² Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Folio, España, 1999, § 64, p. 91.

⁵³ Adorno, “Introducción”, op. cit., p. 62.

sitúa en una perspectiva de inmanencia que reduce la sociedad a un sustrato de materias primas que permiten satisfacer las indagaciones de la ciencia a modo de ejemplos. Cuando la sociedad es reducida a esa función instrumental, se invierte la relación originaria que tiene la sociedad para con el conocimiento; porque es ésta la que en primer término recurre a las ciencias, y no al revés.

4. La racionalidad comunicativa: Jürgen Habermas.

Si bien Habermas se sitúa en la misma línea de pensamiento que Adorno, su programa se disocia del planteado tradicionalmente por la escuela de Frankfurt. Habermas para poder llevar a cabo el programa del instituto, debe criticar los mismos supuestos sobre los que éste descansa. Por ello, Habermas desarrolla una crítica que explicita las limitaciones de la escuela –principalmente en las figuras de Adorno y Horkheimer– y se sitúa en una perspectiva que supera esas limitaciones que le son propias. Por tanto, la crítica que formula Habermas al positivismo se sitúa como una fase posterior a la de Adorno, supera la dialéctica y se encamina hacia la filosofía de la comunicación.

El programa central del Instituto de Investigación Social de Frankfurt, bajo el lema de la “teoría crítica de la sociedad”, se planteó en los términos de una colaboración estrecha de la filosofía con las ciencias particulares. La filosofía debía, mediante su coordinación con estas ciencias, dirigirse a los fenómenos concretos, y proporcionar una base teórica y conceptual posible de ser modificada en la medida en que se avanzara en los estudios empíricos⁵⁴. Esta intención de interdisciplinariedad bajo el alero de la filosofía se vería pronto traicionada por el efecto de los estudios realizados por Adorno y Horkheimer en torno a la racionalidad instrumental. Habermas nos plantea una serie de aporías expuestas en el desarrollo de las tesis de la *Dialéctica de la Ilustración* y más tarde en la forma de una *Dialéctica Negativa* que, al ser reconocidas por sus mismos autores, plantea la imposibilidad de seguir adelante con el proyecto inicial de la Teoría Crítica.

Habermas, al contrario de sus predecesores, no ve en esto el fracaso definitivo del programa fundamental de la Teoría Crítica, sino que lo ve como una limitación del

⁵⁴ Raúl Gabás, *Jürgen Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística*, Editorial Ariel, Barcelona, 1980, pp. 15-27.

paradigma de la filosofía de la conciencia y de falencias de la realización de un proyecto de complementariedad *dentro* de la teoría del conocimiento, en los cuales se basa la investigación de la etapa fundacional del Instituto de Frankfurt: “quiero por mi parte insistir en que el programa de la primera Teoría Crítica fracasó, no por este o aquel azar, sino por el agotamiento del paradigma de la filosofía de la conciencia. Voy a tratar de mostrar que el abandono de ese paradigma, su sustitución por una teoría de la comunicación, permite retornar a una empresa que en su momento quedó interrumpida con la <<Crítica de la razón instrumental>>; este cambio de paradigma permite un replanteamiento de las tareas que tiene pendientes la Teoría Crítica de la sociedad.”⁵⁵ La filosofía de la conciencia y la filosofía del sujeto, así como la teoría del conocimiento planteada en términos de identidad, cierran el camino a un concepto de racionalidad que pueda hacer frente al de la racionalidad instrumental.

Al ceñirse a la teoría del conocimiento, Horkheimer y Adorno, se vieron abrumados por la inevitabilidad de la consumación aplastante y definitiva de la racionalidad instrumental. Esta teoría del conocimiento se relaciona estrechamente con el concepto de sujeto desarrollado por el empirismo y por el racionalismo del cual son herederos toda la “línea alemana de pensamiento sociológico” fundada en Kant y en Hegel, pasando por Marx y Weber, finalizando en Lukács y en la Teoría Crítica. Ahora bien, si los atributos del espíritu son la representación y la acción, dentro de esta teoría, el sujeto puede referirse a los objetos ya sea para representárselos como son, o bien para producirlos como deben ser. Si bien el conocimiento se relaciona con la acción por medio de la posibilidad de intervenir en el mundo de cosas (una vez conocido), y por el conocimiento de la cadena causal que produce la acción en el mundo, el concepto de sujeto y su relación con la teoría del conocimiento restringe al primero a un estado de contemplación, es decir lo desliga de toda forma de acción dentro del mundo de cosas que puede ser conocido, subordinando su intervención a la aprehensión teórica de los objetos, lo cual termina por dar “acomodo en su seno al concepto de autoconservación desarrollado en la modernidad”. En la tradición metafísica el concepto de autoconservación refería el impulso de todo ser a dar cumplimiento al “*telos* inmutablemente inscrito en su esencia siguiendo un orden natural de cosas”⁵⁶. Se liga entonces la teoría del conocimiento y la filosofía del sujeto a un sistema de fines

⁵⁵ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Buenos Aires, 1989, Tomo I, p. 493.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 494.

establecidos, constituyéndose una orientación teleológica desligada de conceptos de acción y sumidas en un orden preestablecido e inevitable del devenir. Para Horkheimer y Adorno, la razón instrumental, en tanto que razón subjetiva, se convierte en uno más de esos fines: “Sostienen que las semillas del triunfo de la *Zweckrationalitat* se encuentran ya contenidas en los orígenes de la racionalidad occidental –en lo que ellos denominan como la <<lógica de la identidad>>.”⁵⁷

Esta línea de análisis lleva, por un lado, a una sensación de impotencia y a un estado de parálisis, en tanto que hace inevitable recurrir a la acción y a la transformación de la sociedad. La crítica destructiva dirigida en contra de la racionalidad instrumental, por parte Horkheimer y Adorno, los conduce hacia los principios de la racionalidad occidental en la cual encuentran, o creen descubrir sus fundamentos. Sin embargo, al encontrarse sumidos en el paradigma de la filosofía de la conciencia, lo cual implica una percepción unilateral de la realidad (en el sentido de que el sujeto se relaciona con objetos, pero la perspectiva se mantiene estrechamente ligada al sujeto y no se toma en cuenta la perspectiva del objeto que es manipulado), no son capaces de proveer una descripción, o al menos algún atisbo, de otras formas de racionalidad. El promulgar la inevitabilidad del triunfo de la razón instrumental, y al no proporcionar ningún tipo de racionalidad que pueda sustituirla, abandonan cualquier perspectiva de realización del sujeto en el mundo. Junto con esto, y por otra parte, lleva al paradigma de la filosofía de la conciencia a sus límites, como también demuestra que para una Teoría Crítica de la sociedad (a diferencia de la teoría promulgada por la teoría de sistemas de Luhmann, la cual puede recurrir sin problemas al modelo de sujeto-objeto) este paradigma resulta completamente inadecuado. Esto se debe a lo que describimos anteriormente, pero además porque la filosofía de la conciencia y la filosofía del sujeto no hacen sino conducir los análisis de la Teoría Crítica hacia resultados similares con teorías que le son en gran medida opuestas⁵⁸.

No es posible llegar a las conclusiones que se han expuesto anteriormente desde la teoría del conocimiento, en términos de la filosofía de la conciencia y de la filosofía del sujeto, si no existe un cambio de paradigma previo. Habermas lanza la crítica desde

⁵⁷ Richard Bernstein en la “Introducción” a Anthony Giddens y otros, *Habermas y la modernidad*, Cátedra, Madrid, 1994, p. 21.

⁵⁸ Por ejemplo los resultados similares a los que llegaron Adorno y Heidegger respecto del destino de la racionalidad occidental.

la teoría de la acción replanteada en términos del lenguaje, heredera del llamado “giro lingüístico” de la filosofía, es decir, en términos de la teoría de la acción comunicativa. Es posible reconstruir un concepto moderno de racionalidad a partir de una teoría que se traslade de la acción teleológica (Weber) a la acción comunicativa. “El foco de la investigación se desplaza entonces de la racionalidad *cognitivo-instrumental* a la racionalidad *comunicativa*.”⁵⁹ De este giro paradigmático pueden sacarse dos puntos esenciales en lo que podemos llamar “método de la comprensión”: el conocimiento se desplaza de la perspectiva solipsista-monológica y asume una *perspectiva dialógica*, lo cual permite establecer una dimensión de *reciprocidad* entre sujeto y objeto.

La acción comunicativa plantea la relación intersubjetiva de sujetos capaces de lenguaje y acción, de entenderse sobre algo en el mundo y la posibilidad de coordinar sus acciones mediante un acuerdo racionalmente alcanzado. El entendimiento se manifiesta como un “proceso de recíproco convencimiento que coordina las acciones de los distintos participantes a base de una motivación por razones”⁶⁰; en este sentido, también podemos entender la teoría de acción comunicativa como una teoría de acciones orientadas al entendimiento. Si mediante el análisis de los actos de habla, descritos por Habermas, podemos llegar a fundamentos racionales y empíricos, es posible “abrigar la esperanza de obtener (...) un concepto de racionalidad que exprese la relación que entre sí guardan los momentos de la razón separados en la modernidad”.⁶¹

Ahora bien, Habermas ha mostrado las falencias de situar una crítica de la razón instrumental dentro del mismo paradigma sobre la cual ésta se funda. Por ello, su aproximación al positivismo va a estar marcada por la influencia del giro lingüístico y se va a alejar del concepto de dialéctica, aunque no del todo. Además de la dialéctica, que caracterizó a la primera generación de la escuela de Frankfurt, Habermas se va a situar una perspectiva hermenéutica. Aquí Habermas no asume la hermenéutica en el sentido de la tradición heideggereana, sino que más bien la va a asumir desde la perspectiva weberiana, al situarla en perspectivas de racionalidad, complementada con los elementos de la filosofía de la comunicación⁶². Así, como hemos dicho, Habermas

⁵⁹ Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, op. cit., p. 499.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 500.

⁶¹ *Idem.*

⁶² “Creo que precisamente las filosofías hermenéutica y pragmática contestan a esta pregunta en la medida que atribuyen autoridad epistémica a la comunidad de quienes cooperan y hablan mutuamente.

va a contraponer a la racionalidad técnica (o instrumental) una racionalidad comunicativa, que él llama acción comunicativa⁶³.

Habermas realiza una revisión crítica las relaciones entre teoría y praxis en el decurso de la filosofía moderna. En la tradición filosófica los conceptos de teoría y praxis referían a condiciones particulares de la vida del ser humano en relación con lo constitutivo de su esencia. Esto es, referido a condiciones valoricas, la vida y las condiciones de la convivencia política. Con el advenimiento del siglo XVIII la praxis vital se dirige hacia la filosofía de la historia, buscando ya no la esencia vital de la humanidad, sino que busca los nexos del “desarrollo de una especie humana que se produce a sí misma, destinada tan sólo a la realización de su esencia: la humanidad.”⁶⁴ La esencia humana ya no será invariable, sino que se integra en un proceso histórico en el que se avanza en su consecución. Con la Ilustración se pone de manifiesto el avance del espíritu humano en la búsqueda de su liberación a través de la razón, en una sucesión de etapas que debiera culminar en la “eliminación del sufrimiento y con el fomento de la felicidad concreta”.

Habermas ve con la penetración de las ciencias en el desenvolvimiento cultural de la especie humana la transformación definitiva de las relaciones entre teoría y praxis. Se constituye, por medio de la introducción de las ciencias positivas como fuerzas productivas del desarrollo social, un sistema en el cual “la relación entre teoría y praxis no conserva otra validez que la utilización instrumental de técnicas garantizadas por la ciencia empírica.”⁶⁵ Las ciencias desde este momento son desvinculadas de su potencial de generar acción crítica, reduciéndose simplemente a proveer recomendaciones técnicas. “La teoría socialmente eficaz ya no se dirige a la conciencia de los hombres que conviven y hablan entre sí, sino a la conducta de hombres volcados hacia la manipulación.”⁶⁶ El problema radica aquí en que la técnica reduce la vida a la

Esta praxis cotidiana comunicativa posibilita un entendimiento basado en pretensiones de validez y ello como única alternativa a una u otra influencia unilateral más o menos intensa.” Habermas, *Conciencia moral y acción comunicativa*, Ediciones Península, Barcelona, 1991, p. 28.

⁶³ Precisamente se va a alejar del concepto de hermenéutica postulado por Gadamer e intentará una aproximación a través de la teoría de la acción comunicativa. La hermenéutica de Gadamer será limitada por no proporcionar la posibilidad de entregar una metodología a las ciencias humanas, la teoría de la acción comunicativa sí puede establecer esta relación entre hermenéutica y método. Ver Ibid., pp. 33-38.

⁶⁴ Jürgen Habermas, *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Tecnos, Madrid, 1990, p. 288.

⁶⁵ Ibid., p. 289.

⁶⁶ Idem.

producción, pero no genera respuestas para sacar la vida de esa condición, genera una condición de letargo ilustrado.

El problema principal, sin embargo, no lo ve Habermas en el hecho que la ciencia se haya volcado hacia la técnica, sino que en el hecho que ya no es posible distinguir entre poder técnico y poder práctico. Porque sucede que una sociedad volcada a la producción no deja de generar problemas de carácter práctico, pero se mueve en un sistema de referencias que sólo puede resolver cuestiones técnicas. En otras palabras, la disposición técnica de la sociedad⁶⁷ termina por supeditar tanto los problemas técnicos como los problemas prácticos al dominio de la técnica generando, de esta forma, la imposibilidad de responder a las inquietudes de ambos dominios.

De forma que Habermas apela claramente a la necesidad de buscar la salida a este problema a través de una teoría que busque la reflexión.

“Las técnicas científicamente orientadas y escogidos en el marco de una teoría de la decisión, e incluso en último término cibernéticamente guiadas, encuentran sus límites infranqueables en esta relación truncada; la transformación sólo puede proceder de un cambio de la situación de la conciencia misma, es decir, del influjo práctico de una teoría que no trate ya de manipular mejor cosas y procesos cosificados, sino que, a través de los conceptos penetrantes de una crítica tenaz, impulse el interés de la razón en la independencia y en la madurez, en la autonomía de la acción y la liberación del dogmatismo.”⁶⁸

La salida que propone Habermas requiere replantear los sistemas de pensamiento, dirigir una crítica contundente al positivismo, revisar el desenvolvimiento de la técnica y revitalizar las posibilidades de racionalidades alternativas. Para ello, su propuesta se configura fundamentalmente como una revisión histórica de la formación del pensamiento moderno, el cual en un punto se desvió del camino de una racionalidad amplia, y estrechó su mirada —con la irrupción del positivismo— hacia la racionalidad científica.

⁶⁷ “Dicha teoría concibe la sociedad como un entramado de formas de conducta, en el que la racionalidad se halla mediada únicamente por el espíritu del control tecnológico-social, pero no por una conciencia colectiva coherente, ni siquiera por aquella razón interesada que sólo puede alcanzar influencia práctica a través de las cabezas de ciudadanos políticamente esclarecidos.” Ibid., p. 290.

⁶⁸ Idem.

En *Conocimiento e interés*, Habermas plantea la exposición detallada de cómo las ciencias han desplazado del seno del conocimiento la posibilidad de reflexión. Con el surgimiento de la fe en el desarrollo científico y la posibilidad de disponer técnicamente de la naturaleza, se produce un giro importante dentro de la teoría del conocimiento. El conocimiento científico sólo logra su autonomía relativa por la acción del pensamiento filosófico. “La racionalidad comprensiva de la razón que deviene transparente a sí misma no se había convertido todavía en un conjunto de principios metodológicos.”⁶⁹ Con estos recursos la filosofía se abocaba a examinar los fundamentos y los límites del conocimiento científico. Esto termina con la crítica de Hegel a Kant donde la filosofía no modifica su posición frente a la ciencia, sino que simplemente la elimina de su ámbito de reflexión. “En virtud de ello –dice Habermas–, me atrevería a defender la tesis de que después de Kant la ciencia ya no ha sido seriamente pensada desde una perspectiva filosófica.”⁷⁰ En este punto el conocimiento pasa a ser sinónimo de ciencia.

Cuando las ciencias adquieren su autonomía del mundo de la vida y de la crítica de la filosofía, se produce un movimiento paralelo que fortalece la tendencia irreflexiva, llevando la racionalidad técnica a ocupar todas las esferas de la vida, incluso aquellas que debieran ser compuestas por los intereses prácticos. El capitalismo como forma de producción plantea un problema que acrecienta las perspectivas de la racionalidad técnica, desvinculándola ya de la producción e introduciéndola en el plano de la política. Las relaciones de intercambio equivalente que proporciona el mercado, dentro de la estructura capitalista de producción, son capaces de legitimar una forma de dominio técnico. Weber ya había señalado la expansión del dominio de la razón a todos los ámbitos de la vida, denominando este proceso con el nombre de “racionalización”. Marcuse acusaba que en este concepto de “racionalización” que observaba Weber no existía la expansión de la “racionalidad” en tanto que tal, sino que una determinada forma de dominio político. Habermas ha tomado esta idea y la ha llevado más lejos, planteando que lo identificado tanto por Weber como por Marcuse no es sino la racionalidad entendida en términos de acción instrumental, dirigida por una racionalidad técnica. Observa que la legitimación a la disposición técnica de la sociedad facilitada por el capitalismo no sólo ha sido penetrada por una racionalidad técnica, sino que la

⁶⁹ Habermas, *Conocimiento e interés*, op. cit., p. 12.

⁷⁰ Idem.

política ha transformado su esencia y ya “no se orienta a la realización de fines prácticos, sino a la resolución de cuestiones técnicas.”⁷¹ La nueva ideología técnico-científica así estructurada viene a reemplazar las antiguas ideologías burguesas.

El trasfondo de este problema, en el que se produce el desplazamiento de los medios de control de la naturaleza hacia la dimensión de la política donde esos medios no son pertinentes, es la “eliminación de la diferencia entre práctica y técnica”⁷². Esta distinción se perdió en el momento que se creyó que mediante el conocimiento de las leyes naturales iba a ser posible sacar al mismo tiempo la conducta que debían asumir los hombres, es decir, los intereses prácticos.⁷³ Esto quiere decir que el positivismo inculcó esta confusión desde el momento mismo en que planteó los principios de su doctrina.

Para superar la pérdida de la reflexión práctica ante la dogmática técnica es que Habermas introduce el concepto de acción comunicativa. Ya no sólo habrá *una* dimensión racionalmente válida, sino que debe existir una esfera racional que permita solucionar los problemas prácticos mediante recursos que sean distintos de los técnicos. Para ello recurre Habermas a postular una teoría que permita incluir una categoría lo suficientemente amplia y universal de modo que puedan solucionarse, o al menos contrapesar, los alcances epistemológicos, políticos y éticos del desarrollo del cientificismo. La categoría que puede hacer el peso a la racionalidad instrumental debe ser una categoría de racionalidad, que tenga las mismas propiedades que ésta, pero dirigida por intereses prácticos. De esta forma Habermas invoca una acción comunicativa o acción racional orientada al entendimiento que consiste, a grandes rasgos, en orientar la acción de acuerdo a “normas intersubjetivamente vigentes que

⁷¹ J. Habermas, *Conocimiento y técnica como “ideología”*, Tecnos, Madrid, 1992, p. 84. Más adelante profundiza sobre este punto: “Los contenidos prácticos quedan eliminados. La vieja política, aunque sólo fuera por la forma que tenía la legitimación del dominio, se veía obligada a definirse en relación con fines prácticos: las interpretaciones de la «vida feliz» se referían a las relaciones de interacción, cosa que puede afirmarse todavía de la ideología de la «sociedad civil». Por el contrario, el programa sustitutorio hoy dominante se endreza sólo al funcionamiento de un sistema regulado. Excluye de las cuestiones prácticas y con ello la discusión sobre criterios que sólo podrían ser materia de una formación democrática de la voluntad política. (...) La nueva política del intervencionismo estatal exige por eso una despolitización de la masa de la población.” Ibid., p. 85.

⁷² Ibid., p. 99.

⁷³ Habermas, *Teoría y praxis*, op. cit., p. 292.

definen expectativas recíprocas de comportamiento y que tienen que ser entendidas y reconocidas, por lo menos por dos sujetos agentes.”⁷⁴

Aquí retomamos la perspectiva hermenéutica del proyecto habermasiano que señalábamos anteriormente. Habermas entiende que las filosofías pragmatista y hermenéutica se sitúan en una posición que ha superado la filosofía de la conciencia. Esto permite que exista un movimiento entre diferentes modelos de racionalidad y una desvinculación de la perspectiva solipsista. “En lugar del sujeto aislado, que se orienta hacia los objetos y se convierte él mismo en objeto en el proceso de reflexión, no solamente aparece la idea de un conocimiento mediado lingüísticamente y referido a la acción, sino también el nexo entre la praxis y la comunicación cotidianas, en las que se inscriben las realizaciones cognitivas que en su origen son intersubjetivas al tiempo que cooperativas.”⁷⁵ Este es el primer punto importante para realizar el proyecto de una racionalidad alternativa. Superar la limitación en que había caído la primera generación de la escuela de Frankfurt, el modelo de la filosofía de la conciencia, e introducir en el pensamiento racional las formas de expresión que se dan entre personas que interactúan unos con otros. Es integrar la visión intersubjetiva del conocimiento. La acción comunicativa se va a dirigir esencialmente al aspecto de la comunicación que surge entre los actores mediante los actos de habla y la posibilidad de que se lleguen a acciones concertadas racionalmente.⁷⁶

Habermas sigue el desarrollo del problema de la comprensión fundamentalmente en tres etapas. La primera de ellas se remonta al historicismo y al neokantismo en las cuales se construyó para las ciencias del espíritu el dualismo entre explicación y comprensión. La primera hacía referencia al modelo de aprehensión de las ciencias de la naturaleza; mientras que el segundo iba a corresponder únicamente con la aprehensión de las ciencias del espíritu. En una segunda fase, se superaba este dualismo primario, y se dirigía hacia la comprensión de las ciencias sociales en la experiencia comunicativa. En la tercera fase se da en el giro postempirista de la teoría analítica de la ciencia. Aquí se sostiene que tanto las ciencias sociales como las ciencias de la naturaleza dependen

⁷⁴ Habermas, *Ciencia y técnica...*, op. cit., p. 69.

⁷⁵ Habermas, *Conciencia moral...*, op. cit., p. 19.

⁷⁶ No corresponde aquí revisar en profundidad los mecanismos mediante los cuales Habermas llega a su concepto de acción comunicativa. Más bien centraremos la atención en las ventajas epistemológicas que

de interpretaciones que pueden situarse bajo el modelo hermenéutico de la comprensión⁷⁷.

La comprensión en las ciencias sociales se dará en un doble momento hermenéutico. La comprensión en las ciencias sociales hace una interpretación teórica sobre un mundo social previamente interpretado. Aquí aparece la fundamental aproximación hermenéutica de Habermas:

“Con anterioridad a cualquier tipo de dependencia respecto de una teoría, el <<observador>> sociológico ha de servirse, como participante en los procesos de entendimiento, de los lenguajes con que se encuentra en su ámbito objetual, pues sólo a través de esos procesos puede tener acceso a los datos. La problemática específica de la comprensión consiste en que el científico social no puede servirse de ese lenguaje con que ya se topa en el ámbito objetual como instrumento neutral. No puede <<montarse>> en ese lenguaje sin recurrir al saber preteórico que posee como miembro de un mundo de la vida, de su propio mundo de la vida, saber que él denomina intuitivamente como *lego* y que introduce sin analizar en todo proceso de entendimiento.”⁷⁸

Aquí se igualan las pretensiones del observador científico con el de los miembros que componen un nivel de precomprensión radicada en el mundo de la vida en tanto que ambos recurren a un mismo tipo de interpretación. La objetividad del conocimiento es puesta en duda, y exige ser contrastada con la experiencia de la acción comunicativa en la que todos participan como miembros de un diálogo que no admite la preeminencia de un discurso por sobre otro. Habermas establece que la única posibilidad de realizar la acción comunicativa es situar su fundamento en una interpretación *incoactivamente* racional. Lo que Habermas quiere, antes que nada, es reivindicar el aspecto racional de la comunicación. Por ello no confía en situar en la tradición, como Gadamer, la actitud fundamental de la comprensión, sino en el aspecto dialógico que posee la estructura del lenguaje en la forma en que se manifiesta en la comunicación cotidiana, esto es, una actitud orientada al entendimiento guiada por una racionalidad comunicativa.

surgen de esta propuesta en la visión de una superación del positivismo, y el encauzamiento del conocimiento social por senderos hermenéuticamente motivados.

⁷⁷ Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, op. cit., pp. 155-156.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 158.

CAPÍTULO II: APROXIMACIONES METODOLÓGICAS EN LOS INICIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA.

1. Orígenes de la historiografía chilena

Como señala el historiador Sergio Villalobos, “Gay debe ser considerado como el iniciador de los estudios históricos modernos en el país, por el esfuerzo de investigación que realizó y la aplicación de un criterio crítico de las fuentes utilizadas”⁷⁹, con lo que podemos situar con bastante precisión el inicio de los estudios históricos en Chile en la década de 1840. En el año 1841, se publicó en “El Araucano”⁸⁰ el *Prospecto* de la obra *Historia Física y Política de Chile*, que estaba en imprenta en París, en el cual se refirió a la historiografía chilena en los siguientes términos:

“Aquí todos los principales sucesos son claros, netos, y se refieren a una época que la tradición puede muy bien representar, y cuyos actores existen casi en la generación presente. Bajo este punto de vista la Historia de Chile, que se puede mirar como la historia de una gran familia debe interesar vivamente la curiosidad, y hasta el amor propio de cada miembro de esta república.

“No obstante los atractivos que ofrece esta historia, los chilenos no pueden todavía lisonjearse de poseerla, porque los de Ovalle y Molina, y aún la del padre Guzmán no pueden de ningún modo satisfacer las necesidades de la época y a la ilustración del país: la primera es sobrado antigua; la segunda, compendia demasiado los hechos y no llega verdaderamente más que hasta el año 1655; y, la tercera, aunque más moderna y más completa, sólo puede servir para la instrucción de la juventud, que fue el único objeto que se propuso su digno y venerable autor al publicarla.

“Esta laguna nos ha sugerido la idea de añadir a nuestras publicaciones de Historia Natural y Geografía, una Historia Civil y Política de Chile, que comenzando por la entrada de los españoles llevase la narración hasta el fin de las guerras de la independencia, empresa sin duda difícil y aún delicada, sobre todo para un individuo cuyos estudios no habían salido jamás del círculo científico. De aquí es que al tomar sobre mí este nuevo empeño no tengo más pretensiones que la de recoger materiales para entregarlos al verdadero historiógrafo, digno de llenar esta honrosa misión.”

⁷⁹ Sergio Villalobos, “La historiografía económica en Chile. Sus comienzos”, en *Historia*, n° 10, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1971, p. 7.

Lo que aquí presenta Gay es la necesidad de introducir una obra historiográfica con características que se ajusten en mayor grado a criterios científicos. Las razones aducen fundamentalmente a la juventud de la nación chilena que, por un lado, constituye una ventaja y, por otro, un problema. La historia de Chile es corta por lo que aún es posible encontrar en las manifestaciones cotidianas la representación de la historia nacional, no es necesario aún recurrir a la ciencia histórica para encontrar el relato de los sucesos. Sin embargo, esta misma juventud revela que hasta la *Historia* de Gay, no se ha escrito en Chile un texto que abarque su historia hasta al menos 1810, como tampoco una crítica minuciosa de fuentes y documentos, los cuales en su mayor parte aún permanecen inéditos. De esta forma, Gay no aspira a otra cosa que sentar una base sobre la que se pueda construir una Historia de Chile que “satisfaga las necesidades de la época y la ilustración del país”. En otras palabras, a lo que Gay desea no es otra cosa que acrecentar el conocimiento histórico de Chile, mediante la recopilación de documentos, dando él los primeros pasos en el camino que se debía seguir⁸¹.

Es por esta aproximación a las fuentes que Barros Arana puede afirmar que “a Gay corresponde la gloria indisputable de habernos dado la primera muestra de una historia seria, basada en documentos incontrovertibles, y escrita en tono digno.”⁸² La importancia de la obra de Gay⁸³, de esta forma, no reside en el contenido de ella, sino en la forma en que fue escrita y en los supuestos metodológicos sobre los que se basó para su realización. Puede atribuirse a él el establecimiento de los criterios disciplinarios de

⁸⁰ N° 544, 29 de enero de 1841. Citado por Guillermo Feliú Cruz, “Andrés Bello y la historiografía chilena”, en *Mapocho*, tomo IV, n° 3, vol.12, Santiago, 1965, pp.234-235.

⁸¹ El fragmento del *Prospecto* citado por Feliú Cruz concluye de la siguiente forma: “Bajo este punto de vista, *dudo que sea posible reunir documentos en mayor número o de mayor autenticidad*. Merced a la ilustración y generosa liberalidad de los señores Ministros, he podido recorrer todos los archivos de la antigua administración; he ojeado todas las reales cédulas y toda la correspondencia de los Presidentes españoles con el gobierno del Rey; he sacado de estas fuentes cuanto me pareció de algún interés para este gran trabajo; y, en fin, me he desvelado en consultar todos los manuscritos que tratan de la historia de Chile; y aunque no es despreciable el número que ya poseo de ellos, pues llegan a quince, espero todavía agregar a ellos la mayor parte de los que me faltan, sea en España, país que me propongo visitar con el solo deseo de dar cima a mi empresa, sea en otras partes de Europa. No son de menor valor los materiales que me he procurado para la historia de la independencia. Fuera de una colección casi completa de casi todos los periódicos que se han publicado en Chile hasta la fecha, poseo gran número de memorias y otros documentos de la mayor *autenticidad*, y tengo una serie de conversaciones históricas en que he trasladado fielmente al papel las noticias que he oído de la boca de muchos jefes civiles y militares de los que han figurado desde el principio hasta el fin de la guerra de la independencia, o desempeñado los principales destinos de los ramos administrativos.” Quisiera recalcar el valor que da Gay a la autenticidad del documento, rasgo que será esencial en la historiografía de este primer periodo.

⁸² Citado por Feliú Cruz, op. cit., p. 236.

⁸³ Para mayor información sobre la labor historiográfica de Gay y una bibliografía completa veáse Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile 1800-1873*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1965.

recopilación y verificación de la autenticidad de los documentos, dando de esta forma un estatus científico al conocimiento así obtenido. El análisis de la situación de los estudios históricos chilenos hasta la década de 1840, sobre la que basa esta postura metodológica, es enteramente justificada y será ratificada posteriormente por Andrés Bello.

El segundo gran impulso que recibió la historia como disciplina provino del rector de la Universidad de Chile. “Ningún género de la literatura chilena de este período iba a adquirir un desarrollo más considerable que la historia que, sin embargo, fue la creación genuina de la Universidad en el siglo pasado, hasta convertirlo en el más sólido de todos, si acaso no siempre como alta manifestación de sentido artístico, al menos como trabajo de verdadero valor científico y de profunda sabiduría.”⁸⁴ El principal promotor de la investigación histórica dentro de la Universidad de Chile fue su rector, Andrés Bello.

Como plantea Feliú Cruz, a pesar de que Bello no fue historiador, “tuvo sobre ella (la historia) ideas bien claras y definidas.”⁸⁵ Desde su posición de rector y crítico, en las páginas de “El Araucano”, indicó el camino que debían seguir los estudios históricos chilenos. En la ley orgánica de 19 de noviembre de 1842, artículo 28, se estipulaba la presentación de una memoria de carácter histórico en la ceremonia anual universitaria. Allí se “pronunciará un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos y desarrollando su carácter y consecuencia con imparcialidad y verdad.”⁸⁶ Mediante estas memorias se debía ir profundizando en el conocimiento del pasado, una vez más, centrando la atención en la crítica de fuentes y en la exposición “imparcial” de los hechos.

El análisis de la situación del conocimiento histórico en Chile realizado por Bello es en gran medida coincidente con el de Gay. Ambos concuerdan en que la historia en Chile está aún por hacerse, que los documentos aún deben ser sometidos a una crítica rigurosa sobre su autenticidad y su valor, y que el historiador debe centrarse

⁸⁴ Guillermo Feliú Cruz, “La literatura histórica chilena. Notas sobre su desenvolvimiento”, en *Atenea*, año XIX, tomo LVIII, n° 203, Concepción, 1942.

⁸⁵ Feliú Cruz, “Andrés Bello...”, op. cit., p. 231.

⁸⁶ Citado en *Ibid.*, p. 232.

principalmente en la exposición de los hechos tal como estos ocurrieron y no elevar el pensamiento hacia las generalidades. En suma, la postura tanto de Gay como de Bello es la de la sensatez, no se puede pretender “comenzar por donde debe acabarse” y, dado que en Chile no existe un conocimiento histórico que pueda ser considerado riguroso, los primeros pasos deben ser en el camino de la reconstitución cronológica de los hechos mediante un esquema puramente descriptivo.

2. Primeros debates sobre el método.

El debate que surgió en Chile frente a la publicación de la obra de Gay y las memorias históricas presentadas a la Universidad de Chile, puede resumirse en una discusión sobre el método. Se manifiestan dos posiciones claras al respecto: por un lado, la posición sostenida por Claudio Gay y Andrés Bello, quienes defendían la postura de una historia preferentemente analítica de características narrativas, y, por otro lado, la postura de ciertos intelectuales que sostenían la conveniencia de una filosofía de la historia, de rasgos predominantemente interpretativos, entre los que podemos nombrar a José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón. Julio César Jobet ha resumido este debate como “una amplia polémica sobre la manera de entender la Historia, enfrentándose las dos concepciones delineadas con motivo de la publicación de la obra de Gay, dentro del llamado sistema <<ad narrandum>>, y de la memoria de Lastarria, encauzada por los senderos de la filosofía de la Historia, según el sistema <<ad probandum>>.”⁸⁷

Este debate, entre posiciones teóricas radicalmente contrapuestas, es iluminador en una serie de aspectos. En primer lugar, por el predominio que alcanzó la postura sostenida por Gay y Bello, que será fundamental para el curso de los estudios históricos en Chile. En segundo lugar, es posible observar, mediante el curso que toman los argumentos, las discrepancias en las líneas de análisis tanto de la situación de los estudios chilenos como de las formas en que se debía continuar la profundización del conocimiento histórico. Aquí es posible observar como entran en discusión dos modelos de comprensión relativamente cercanos. Veremos los puntos más importantes de este debate centrando la atención sobre los aspectos que nos permitan fundamentar e ilustrar lo que aquí propongo. Por ello la exposición la dividiremos en dos partes: a) la defensa de Claudio Gay a su método frente a la crítica de ciertos partidarios de la historia filosófica; y b) la disputa sostenida entre la posición de Lastarria/Chacón y la de Andrés Bello.

a) Con la llegada de la segunda entrega de la *Historia Física y Política de Chile*, aparecieron en la prensa algunas críticas al sistema empleado por Gay en la redacción

⁸⁷ Julio César Jobet, “Notas sobre los estudios históricos en Chile”, en *Temas históricos chilenos*, Quimantú, Santiago, 1973.

de su obra. Gay no respondió a las críticas en forma pública, pero sí lo comentó con Manuel Montt en una carta del 7 de septiembre de 1845. Gay se refirió a las críticas en la siguiente forma:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bien la filosofía de esta ciencia para ser capaz de publicar una buena obra sobre esta materia. Sin duda, yo aprecio como ellos estas brillantes teorías creadas por la escuela moderna, y a ejemplo de esos prosélitos, yo querría entrar en esas seductoras combinaciones de ingenio que dan a los autores de estas obras los aires de filósofos del gran pensamiento. Pero antes de entrar en esta especie de cuestiones, mis críticos deberían preguntarse si la historiografía americana, y en particular la de Chile, está bastante avanzada como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica. Concibo que en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en muchos otros países este vasto foco de estudios y de luz, aparezcan de tiempo en tiempo algunas de esas cabezas privilegiadas capaces de apoderarse de todos los resortes secretos de nuestra vieja civilización y de trazar todas sus consecuencias; pero esos hombres, desgraciadamente muy escasos, no se dejan arrastrar por su sola imaginación o por su solo genio. Por el contrario, hacen estudios extremadamente serios de todas las ciencias testimoniales de esos países, conocen los más pequeños detalles de esta historia, porque todos los acontecimientos han sido descritos y discutidos, no en historias generales y comunes donde los hechos se encuentran frecuentemente truncados y mal interpretados, sino en millares de historias particulares trabajadas con el cuidado más prolijo por monógrafos tan pacientes como concienzudos. Así, pues, esos hombres de vigorosa concepción pueden entregarse con buen resultado a esas hermosas especulaciones, relacionar unos hechos con otros y generalizar de una manera, siempre algo aventurada a la verdad, los más pequeños como los más grandes movimientos de la sociedad. Pero pretender obrar del mismo modo respecto de la historia de Chile, sería querer comenzar por donde debe acabarse, querer dogmatizar con arreglo a un plan calcado sobre la historia de las otras naciones acerca de acontecimientos sumamente oscuros o enteramente desconocidos; porque es menester no disimularse que la historia de Chile tendrá que rehacerse en poco tiempo más, puesto que no será mi ensayo y mucho menos los de Ovalle, Molina o el padre Guzmán, los que puedan hacerla conocer por completo y hacer apreciar el papel sumamente modesto que ese pueblo ha tenido en medio de la gran familia americana. Hasta el presente los hechos no han sido ni discutidos ni comentados; se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes históricos que, copiándose unos a otros, se han sucedido hasta nuestros días. ¿Y sobre esta especie de materiales se querría escribir una historia de Chile, según los preceptos de la escuela filosófica moderna? Yo no sé si me engaño; pero creo que esta especie de trabajos, aunque siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestros conocimientos acerca de la historia de ese país, formar parte de una obra seria. (...) Siendo particularmente la historia una ciencia de hechos, vale más contarlos concienzudamente, tal como ha pasado, y

dejar al lector en plena libertad para que él mismo pueda sacar las consecuencias.”⁸⁸

Las ideas de Gay en torno a la validez de su sistema y de los inconvenientes de utilizar un método de características filosóficas son claras. Antes de poder realizar cualquier aproximación a lo general se debe tener un conocimiento cabal de lo particular. La precariedad del conocimiento en Chile no permite acceder aún a este nivel, y desconocidos los hechos y sucesos en Chile, como lo están, mediante un sistema filosófico de interpretación se corre el peligro de caer en el dogmatismo del sistema al imponer ideas preestablecidas a los hechos. Al respecto de las mismas críticas Bello se pronunció a favor de la posición de Gay expresando su concepción particular de la siguiente forma:

“En cuanto a la falta de ciertas miras filosóficas elevadas, que algunos imputan como un defecto a la presente obra, estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema, lo ve todo a través de un vidrio pintado que da un falso tinte a los objetos. ¿Para que añadir, a tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador por las afecciones de que le es imposible despojarse, una nueva causa de ilusión y de error?”⁸⁹

En estas palabras de Bello, y en otras que veremos más adelante, queda claro el fondo sobre el que quiere que se trabaje la historia. El historiador debe desembarazarse de cuantos estorbos le impidan llegar a la verdad. La filosofía en el sentido en que la entiende Bello, la cual puede reducirse a una forma casi ingenua de especulación, es algo que no puede mostrar predominio al hablar de la Historia. En este sentido vemos que Bello trata de eliminar por completo la filosofía del plano de la investigación en general. Dice Feliú Cruz sobre Bello, “nada hay tan apartado de su espíritu como la tendencia a construir sistemas especulativos. Nunca abarca todas las perspectivas del pensamiento para elaborar una doctrina completa. Funda todas las concepciones, así en literatura como en filología, en derecho como en filosofía, en matemáticas como en gramática, en la experimentación de los hechos, en el análisis menudo de un método

⁸⁸ Citado en Feliú Cruz, “Andrés Bello...”, op. cit., pp. 237-238. También aparece citado por Sergio Villalobos en la Introducción a su *Historia del pueblo chileno*, Zig-Zag, Santiago, 1986. Sin embargo, las diferencias que existen entre ambos textos lleva a confusión en ciertos puntos, por ello hemos utilizado aquí la versión que entrega Feliú Cruz obtenida de Barros Arana.

⁸⁹ Ibid., p. 240.

científico rigurosamente exacto que elude la síntesis, para dar paso al más recio y vigoroso procedimiento científico.”⁹⁰

De lo que no caen en cuenta, tanto Gay como Bello, es que al decidirse por el sistema narrativo y científicista están orientándose, a su vez, por un sistema filosófico. Puede que esto suene a falsa revelación, sin embargo, cabe resaltar este hecho particular. Cuando se intenta despojar a la historia de los peligros de la filosofía para la rigurosidad de la investigación están asumiendo *ipso facto* una postura epistemológica. Esto es un proceso insalvable a la hora de enfrentarse con cualquier método o criterio de investigación. Lo que no logran establecer es el fundamento sobre el que realizan semejante elección metodológica, ya que si no existen razones fundadas en una determinada forma (filosófica) de comprender el conocimiento se podrá argüir la arbitrariedad de semejante decisión. El aspecto central de una crítica al positivismo contenido en estas primeras aproximaciones metodológicas a la Historia sería precisamente en que se pasa por alto este hecho⁹¹.

b) La primera memoria histórica presentada a la Universidad de Chile el año 1844 fue la de José Victorino Lastarria titulada *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Bello comentó la obra en dos artículos aparecidos en “El Araucano”. La recibió gratamente diciendo, además, de ella que “El señor Lastarria se ha elevado en sus investigaciones a una altura desde donde juzga, no solamente los hechos y los hombres que son su especial objeto, sino los varios sistemas que hoy se disputan el dominio de la ciencia histórica”⁹². Sin embargo, no discutió las ideas expuestas por Lastarria respecto de la ciencia histórica. Sólo se limitó a fomentar de manera sutil las conveniencias del método narrativo: “Prescindiendo de la variedad que puedan dar a un mismo asunto los diferentes puntos de vista en que se contempla, las diversas cualidades intelectuales y las opuestas opiniones de los escritores, hay mil objetos parciales, pequeños, si se quiere,

⁹⁰ Guillermo Feliú Cruz, *Barros Arana y el método analítico en la historia: un ensayo de interpretación*, Nascimento, Santiago, 1934.

⁹¹ Según Boris Berenzon Gorn, el problema de la aproximación metodológica del llamado sistema narrativo, el cual busca en las fuentes primarias la verdad del pasado, “está en querer renunciar a la reflexión: en pensar que todo método o forma de acercarse y develar el sentido del pasado, no implica de inicio una postura teórica. El positivismo estará en eso: en no caer en la cuenta en que todo este trabajo sobre las fuentes se funda en conocimientos teóricos previos, los propios de la época y del historiador.” En “Del positivismo a la historia cultural. Un balance finisecular de la teoría de la historia”, *Revista de Historia*, n° 42, Costa Rica, Julio-Diciembre 2000, p. 241.

comparados con el tema grandioso de la memoria de 1844, pero no por eso indignos de fijar la atención, antes por eso mismo susceptibles de aquellos tintes vivos de aquella delineación individual que resucitan para el entendimiento de lo pasado, al mismo tiempo que suministran a la imaginación un placer delicioso. Lo que se pierde en la extensión de la perspectiva, se gana en la claridad y viveza de los pormenores.”⁹³

Lastarria no respondió a Bello ni se refirió a su concepto de la historia sino hasta 1885, en sus *Recuerdos Literarios*. Allí manifiesta la incomprensión de Bello hacía sus concepciones filosóficas:

“La gran confusión que el señor Bello padecía, le llevaba demasiado lejos, pues, aceptando el mismo falso sistema de Herder, parecía desechar el estudio de la filosofía y dar preferencia al estudio de la crónica y de la narración histórica (...) le sosteníamos, además de la necesidad del estudio de la filosofía de la historia, la posibilidad de escribir filosóficamente la historia particular o la de una época de un pueblo determinado o la de cualquiera de sus fases sociales. El señor Bello dudaba de esta posibilidad, sosteniéndonos que lo que se podía hacer era filosofar o moralizar sobre los acontecimientos y los hombres, al escribir la historia narrativa de un pueblo, pues, según su juicio, una cosa es la ciencia general de la humanidad, que se llama filosofía de la historia, y otra es la historia de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, sin que aquella pueda conducirnos a la filosofía particular de ésta como nosotros lo sosteníamos. El señor Bello establecía una diferencia entre la filosofía de la historia y los hechos, y creía que lo primero era hacer la crónica de los detalles, la narración de los sucesos, para deducir después el espíritu peculiar de ellos para apreciarlos y juzgarlos, según sus circunstancias, en lo cual hacía consistir toda filosofía, toda ciencia: de modo que en su concepto había tantas filosofías o ciencias históricas como hay sucesos que se pueden juzgar.”⁹⁴

Tal como señala Lastarria, Bello tenía una concepción particular de lo que era la filosofía de la Historia.

“Porque es necesario –dice Bello– distinguir dos especies de filosofías de la historia. La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo de esa época, no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio, su índole (...). La filosofía

⁹² Citado en Feliú Cruz, “Andrés Bello...”, op. cit., p. 241.

⁹³ Ibid., p. 243.

⁹⁴ Ibid., 245.

general de la historia, la ciencia de la humanidad, es la misma en todas partes, en todos los tiempos (...). Pero la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo, en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos, cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países (...). Así es como concibe la filosofía de la historia el filósofo que mejor ha inculcado su importancia, sus elementos y su alcance. Ella es, según él, la filosofía del espíritu humano aplicado a la historia; supone, por tanto, la historia; y de tal modo la supone, que debe ser comprobada, garantida por ella, para que estemos seguros de que es la expresión exacta de la naturaleza humana y no un sistema falaz que impuesto a la historia, la adultere. Esta filosofía debe estudiarlo todo (...) ¿y cómo pudiera hacerlo si la historia no despliega ante ella los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral? (...) Nos avergonzamos de insistir tanto en una verdad tan obvia (...). Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla con el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética.”⁹⁵

En 1847 Lastarria presentó un segundo estudio intitulado *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el periodo de la revolución desde 1810 hasta 1814*, el cual fue premiado en un concurso de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile. El informe del jurado, suscrito por Antonio Varas y Antonio García Reyes, lo calificó como “un trabajo de bastante interés por su asunto, y de no poco mérito por la manera con que lo ha desempeñado sus autor.” Sin embargo, la comisión no se abstuvo de emitir su juicio sobre el método empleado por el autor: “La Comisión se siente inclinada a desear que se emprendan, ante todo, trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida andando con paso firme sobre un terreno desconocido.”⁹⁶

Ante esto salió al paso Jacinto Chacón ya que, como hemos dicho, Lastarria no se pronunciaría sobre las críticas formuladas a su sistema sino hasta los *Recuerdos Literarios* de 1885. En el prólogo del *Bosquejo* descargaba Chacón sus reparos al informe de la comisión: “la naturaleza del talento y de los estudios de su autor, el señor Lastarria, no le permitía, al explicar sus ideas, sobre *un punto de la historia de Chile*, tema del concurso universitario, no le permitía anonadar sus fuerzas y quedar inferior a sí mismo, reduciéndose, como hubiera querido la comisión informante, *a poner en claro los hechos*, a ser un mero cronista: las facultades investigadoras y la ciencia

⁹⁵ Ibid., pp. 254-255.

⁹⁶ Ibid., pp. 249-250.

constitucional del profesor, le llevaban más bien, le arrastraban, siguiendo el instinto de su genio, a examinar el corazón de los hechos, a analizar, no las multiplicadas ruedas de la máquina social, sino el centro y origen de todos sus movimientos: así es que desdeñó ser un simple relator de los hechos como Guiccardini en la infancia de la ciencia, para elevarse al rango de primer historiador constitucional de Chile, como Hallam lo es de Inglaterra, en el siglo XIX.”⁹⁷

Bello se pronunció sobre el *Bosquejo* de Lastarria en un largo artículo, dedicando la mayor parte de él al prologo de Chacón. Allí comenta:

“Poner en claro los hechos le ha parecido al señor Chacón una cosa demasiado humilde y mezquina (...). Pero poner en claro los hechos no es algo más que apuntar a la ligera en sumarios descarnados, que no penetran más allá de su parte exterior, tangible. *Poner en claro los hechos* es escribir la historia; y no merece este nombre sino lo que se escribe a la luz de la filosofía, esto es, con un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos, y esta filosofía ha existido, ha centelleado en las composiciones históricas mucho antes del siglo XIX. No se pueden poner en claro los hechos como lo hicieron Tucídides y Tácito, sin un profundo conocimiento del corazón humano; permítasenos decir (aunque sea a costa de parecer anticuados y rancios), que se aprende a conocer mejor al hombre y las evoluciones sociales en los buenos historiadores políticos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que en las teorías generales y abstractas que se llaman filosofía de la historia, y que en realidad no son instructivas y provechosas, sino para aquellos que han contemplado el drama social y viviente de los pormenores históricos (...) La verdadera filosofía de la historia no es una cosa tan nueva como algunos piensan. Los siglos XVIII y XIX le han dado una nomenclatura, un encadenamiento riguroso; la han hecho una ciencia aparte; pero (no nos cansaremos de repetirlo) para los que no han estudiado los hechos, las individualidades, esas deducciones sintéticas de nada sirven, a no ser que se crea que vale algo una memoria poblada de juicios ajenos, cuyo fundamento se ignora, o sólo se vislumbra de un modo superficial y vago (...) La erudición desentierra del fondo de los archivos, materiales largo tiempo olvidados; y de ellos es de donde saca la historia política, y hasta la novela histórica, los pormenores que dan interés y vida a sus cuadros; así como en los trabajos del historiador político es donde el filósofo elabora sus inducciones.”⁹⁸

Chacón volvió a presentar sus ideas en dos artículos, a fines de enero de 1848, en el diario “El Progreso”. Allí manifestó que la comisión estaba intentando imponer el método *ad narrandum* a la historiografía. “Nuestro prologo –nos dice Chacón- no tiene más objeto que protestar en contra de ese exclusivismo intolerante de la Comisión;

⁹⁷ Ibid., pp. 250-251.

⁹⁸ Ibid., pp. 252-253.

protestar contra el ejercicio ilegítimo de la autoridad universitaria, contra la libertad de escribir la historia.” Más adelante, se refería al texto de Bello, diciendo que “Chile no necesita empezar como un niño la carrera de los sistemas históricos desde la crónica hasta la filosofía de la historia, la civilización europea y todos esos sistemas y Chile se encuentran en el caso de adoptar el método que más le plazca en la formación de su propia historia”⁹⁹.

Bello respondió en un artículo intitulado *Modo de escribir la historia* en el cual manifestaba su forma de entender la filosofía de la historia, citado anteriormente, y donde, además, concluye dirigiéndose a los jóvenes chilenos. “¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos: aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis saber, por ejemplo, qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz del Castillo os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.”¹⁰⁰

Lastarria reflexionaba posteriormente sobre la importancia del debate surgido, “¿Qué pretendían entonces –se preguntaba– la Comisión de la Universidad y su ilustre Rector, al preferir la una los escritos históricos que se limitaran a presentar la crónica de los hechos, hallando inconvenientes y peligros en el estudio filosófico de los sucesos de una época que nosotros le habíamos ofrecido; y al declamar el otro contra la filosofía de la historia, considerándola como opuesta a la historia de los hechos, como *ciencia general*, y reduciéndola al juicio especial en cada caso, como *ciencia concreta*, deducida de cada historia especial? ¿Por qué condenar tan enérgicamente la verdadera historia filosófica, que fundada en el estudio de los sucesos, de su encadenamiento y de su relación con el estado mental y moral, los aprecia, según su conformidad u oposición a las leyes del progreso y libertad que rigen la evolución histórica de la humanidad, sin considerar esta evolución como puro efecto de las leyes fatales o providenciales o de

⁹⁹ Ibid., pp. 253-254.

¹⁰⁰ Ibid., p. 257.

una predestinación divina? ¿Por qué preferir y fomentar sólo la narración pintoresca o la crónica descarnada de los hechos, cuando estas formas y aquella podían cultivarse simultáneamente y el estudio de todas ellas podía ser protegido por la Universidad?”¹⁰¹.

A esto ya había hecho alusión Bello en la última respuesta a Chacón. Allí fundamentaba su posición en una cuestión lógica, no se trataba de establecer qué sistema era mejor, sino qué sistema era el más conveniente. “No se trata –nos dice- de saber si el *método ad probandum*, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el *método ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata de saber si el *método ad probandum* (...) es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir (...) Cada uno de los métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo (...) *La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa* (...) Pero, cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado.”¹⁰²

El mandato de Bello iba a ser acatado; Lastarria y su sistema filosófico serían olvidados por los historiadores profesionales. La Universidad de Chile de ahí en adelante llevaría la vanguardia de la investigación donde imperaría, sin contrapeso, la influencia metodológica de Gay y de Bello. El amparo de la Universidad llevó el sistema narrativo a ser el predominante en la investigación histórica, siendo la erudición la máxima expresión del ideal de rigurosidad. Las consecuencias de esto será la concentración de los historiadores en la filología y la crítica de documentos. El valor de este trabajo para los historiadores de la generación siguiente es inestimable. Sin embargo, cabe establecer ciertos reparos a la imposición del sistema narrativo, de los cuales no habría estado exento, por cierto, el sistema filosófico, el cual concluiremos por exponer en la obra de Barros Arana.

¹⁰¹ Ibid., p. 259.

¹⁰² Ibid., p. 256. El subrayado es mío.

3. Consolidación del sistema narrativo.

Barros Arana fue el discípulo más eminente de Bello en cuanto a la aplicación del método analítico a la historia¹⁰³. Según Sergio Villalobos, “La figura de Barros Arana representa el punto más alto de la historiografía chilena del siglo XIX con su *Historia Jeneral de Chile*, publicada en dieciséis gruesos volúmenes entre 1884 y 1902.”¹⁰⁴ Feliú Cruz lo caracteriza de la siguiente forma: “Todo es reflejo en este hombre. La cultura no adquirió en él formas creadoras. No interpretó jamás. Los hechos y los hechos, hechos y más hechos. De ahí no salía. Tanto mejor para nosotros. Merced a este esfuerzo casi sobrehumano de compulsión documental y bibliográfica, hoy nos encontramos en posesión del más valioso caudal de información para concluir interpretando nuestro pasado.”¹⁰⁵ La caracterización de Feliú Cruz sobre la obra de Barros Arana nos será útil más adelante. Por ahora quiero recurrir sobre todo a las mismas palabras de Barros Arana en cuanto al método utilizado en su *Historia General* y a su apreciación de la disciplina histórica en general.

En 1854, antes de escribir la *Historia General de Chile*, Barros Arana publicó un libro intitulado *Historia General de la Independencia de Chile*. En su prólogo esbozó el plan de la obra y los criterios que regían la investigación:

“Mi plan –nos dice– se reduce únicamente a escribir todos los sucesos de alguna importancia para el desarrollo de la idea de la independencia, hasta su definitivo afianzamiento, con la mayor exactitud posible, y con el gran acopio de pormenores y detalles que he podido adquirir después de prolijas investigaciones y de incesantes afanes. Es en efecto el sistema narrativo el que más conviene a una obra de esta especie. Cuando se abre la posteridad para los fundadores de la independencia, no es llegado el tiempo de juzgar sus obras sino por el interés de la época. *Simples narradores, los cronistas de la presente generación debemos recopilar todas las noticias posibles que ilustren a los historiadores futuros para que puedan dar su fallo con acierto.* Mucho habremos conseguido, si dando con el pie a las preocupaciones de partido, si comprendiendo bien el espíritu que dictó los pasquines y panegíricos del momento, *logramos desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto.* Por este principio he economizado cuanto he podido los juicios generales acerca de los sucesos que narro, tanto más cuanto que nada le importa al lector lo que yo pienso de ellos. *Los hechos hablan más alto que esas conclusiones muchas veces vagas e inexactas...*”¹⁰⁶

¹⁰³ Guillermo Feliú Cruz, *Barros Arana...*, op. cit.

¹⁰⁴ Sergio Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, Zig-Zag, Santiago, 1986, p. 20.

¹⁰⁵ Feliú Cruz, *Barros Arana...*, op. cit., p. 11.

¹⁰⁶ Citado por Feliz Cruz, *Ibid.*, pp. 27-28. El subrayado es mío.

En su *Historia General de Chile*, cuya redacción comenzaría en 1882, meditaba sobre el sistema que utilizaría en el desarrollo de la obra. Aquí precisaba con cierta profundidad las diferencias que el percibía entre la historia filosófica y la historia narrativa. Considera que la primera exige cierta “preparación intelectual que no es del dominio de la mayoría”, que además determina este relato a mantenerse en un nivel meramente intelectual, que “no es todavía propiamente popular”. Con esto, Barros Arana, se inclina por el sistema narrativo, aunque “sin desconocer la importancia de la aplicación del método sintético o filosófico al arte de escribir la historia he obedecido en mi elección a razones que creo necesario exponer”. Las razones aducidas por Barros Arana son tres que podemos esbozar, a grandes rasgos, en el lugar que ocupa la historia filosófica en el desarrollo de la historiografía; en el alcance popular que tiene la historia narrativa; y, en la complementariedad que exige el método narrativo con la historia filosófica.

Con respecto al primer punto nos dice “la llamada historia filosófica es la última transformación del arte histórico.” Con esto establece, al igual que Gay y Bello, que la escritura de la historia se inserta dentro de un orden lógico de desarrollo en el que se debe proceder de forma lineal para conservar el “valor” de la obra. Por ello nos dice, que el sistema filosófico “No puede existir sino a condición de que la historia haya pasado por las otras fases, de que haya llevado a cabo un estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, y de que haya establecido definitivamente, la verdad despojándola de fábulas e invenciones, y echando así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica.” Barros Arana, treinta años después del debate sostenido en torno a la historiografía, llega a las mismas conclusiones que hicieron Gay y Bello sobre el estado de los estudios históricos en Chile, “el estudio de los hechos no ha llegado todavía entre nosotros a este grado de perfeccionamiento.”

El segundo argumento con el que Barros Arana fundamenta su elección es el más débil. Argumenta que la historia narrativa “se dirige a un mayor número de lectores, agrada a veces con el interés de una obra de imaginación, y nos da a conocer las individualidades más o menos prominentes de los tiempos pasados”. Apunta aquí a la importancia de los personajes históricos en el valor que se puede encontrar en ellos. No le da a este punto una importancia categórica, y pareciera incluso ser contradictorio

en el planteamiento al afirmar el decreciente interés que tendrá esta forma de historia en el futuro, la “historia narrativa tendrá en los siglos venideros menos adeptos, pero siempre contará algunos aficionados.” La contradicción es únicamente aparente ya que Barros Arana, como hemos dicho, toma la historiografía como un proceso que debe seguir ciertas etapas, que se va ampliando, y cuyo conocimiento crece a medida que transcurre el tiempo. En este sentido, él, como Gay en su tiempo, siente que su obra abre un camino, pone los cimientos sobre los que se construirá el conocimiento histórico definitivo, basado en el esclarecimiento de los hechos y ajustado a la verdad.

El tercer argumento, y final, consiste en la posible combinación de los elementos del sistema sintético con el sistema narrativo. Sobre este punto, sin embargo, hace algunos reparos que tienen que ver fundamentalmente con la forma de entender la historia filosófica. Así, si por ello se entiende “un tejido de generalidades aplicables igualmente a todos los tiempos y a todos los países” este sistema de complementariedad se verá entorpecido. Cree Barros Arana, como Bello en su ciencia general de la humanidad, que este tipo de comprensión es inconducente debido al rechazo de este tipo de filosofía a las situaciones temporales y espaciales a las que se somete la historia. Serían en este sentido, la filosofía y la historia, mutuamente excluyentes. Pero si, por el contrario, se entiende por historia filosófica “el encadenamiento lógico de los hechos, su sucesión natural explicada por medio de las relaciones de causas y efectos”¹⁰⁷ es posible obtener de esta relación una situación en gran medida valiosa. Barros Arana llega incluso a plantear que este tipo de relación es casi natural en la historiografía. Y de hecho lo es. Porque esta comprensión de historia filosófica sugerida por Barros Arana es la reducción de la filosofía a relaciones lógicas, en las que los hechos pueden entenderse en secuencias temporales o causales. Los nexos encontrados de esta forma podrían incluso, como sugiere, desprenderse de la simple exposición de los hechos.

Barros Arana, como se puede observar, no excluía la posibilidad de una historia interpretativa. Su opción respondía –como ya lo habían señalado Gay y Bello– a una cuestión de orden, de conveniencia relativa. Se puede encontrar, en este sentido, que lo que se plantea en la historiografía chilena del primer periodo, no es una desproporción del método narrativo por sobre el explicativo, sino que se constituye como una etapa

¹⁰⁷ Ibid., pp. 34-36. Las citas sacadas del prólogo a la *Historia General de Chile* se encuentran en estas páginas.

previa de éste. El desarrollo de la historiografía chilena caminaba hacia el sistema explicativo, pero debía comenzar por el relato cronológico y fiel de los hechos acontecidos en el pasado. En este sentido, el sistema *ad narrandum* y el sistema *ad probandum* constituyen dos momentos de un mismo proceso.

En lo que el autor llamó *Mi Conclusión*, fechado en 1902, profundizó los aspectos antes señalados. Aquí es posible observar a cabalidad el pensamiento de Barros Arana, se vislumbran los supuestos sobre los que trabaja y las concepciones peculiares que tiene sobre la historia. Así señala que “Para componer una obra de más reconocida utilidad que las crónicas en que, conforme a aquel sistema, se había querido referir nuestro pasado, era necesario adoptar otro tipo caracterizado, puede decirse así, por las cualidades opuestas, en que la forma literaria es, en cierto modo secundaria, y en que las reflexiones morales son raras, pero en que se exige una laboriosa preparación de investigación para establecer la verdad, y el conocimiento claro y seguro de que la sociedad es un agregado de fuerzas que se mueven según leyes especiales, tendentes todas ellas a una obra común que la filosofía moderna ha caracterizado con el nombre de <<evolución>>. La historia comprendida así, y cultivada en los tiempos más modernos conforme a este tipo, ha efectuado una especie de resurrección del pasado, dándonos a conocer las diversas manifestaciones de la vida de otros siglos, y ensanchando el campo de las ciencias sociales con la lección que se desprende de la exposición cabal de los acontecimientos.”

Su plan se dirigía, de esta forma, por el camino de la exposición de los sucesos, tal como estos estaban entregados, con el fin único de presentar toda la verdad al conocimiento de los hombres. Para ello el estilo resultaba fundamental. Barros Arana reconocía las falencias artísticas de su relato, y las atribuyó a una tendencia de su espíritu. Y fue más allá y la justificó diciendo, “Las formas más sencillas del estilo, severas y comprensivas, se prestan mucho mejor a la exposición luminosa de los acontecimientos y a la inteligencia de sus causas, de su desarrollo y de sus efectos (...) no he buscado otra cosa que la más absoluta claridad a que me era dado alcanzar.”

Cabe finalizar con la visión que tenía Barros Arana de su *Historia General*, “La historia –dice– está destinada a rehacerse constantemente. Cada edad busca en ella una enseñanza que responda a las nuevas ideas y a las nuevas aspiraciones; y de allí

proviene la necesidad de reconstruirla, adaptándola a esta necesidad. Todo hace creer, por otra parte, que investigadores más afortunados que yo, descubrirán hechos y accidentes que me quedaron desconocidos, y que si bien éstos no modificarán, según creo, el fondo de la historia, agregan nueva luz y nuevo colorido a alguna de sus partes. Pero si muy seguramente antes de muchos años una nueva historia de Chile, producto de esta renovación inevitable y útil de los estudios históricos, vendrá a reemplazar, como libro de lectura, a lo que yo he escrito, estoy cierto también de que ésta será consultada más tarde como punto de partida para la futura investigación, como fuente abundante de noticias de primera mano. Mi obra vivirá entonces en las bibliotecas, como hoy viven tantos libros que no porque se leen menos, o porque no se leen en toda su extensión, han dejado de ser útiles a los hombres de estudio que tienen que acudir a consultarlos.”

Las conclusiones que se pueden sacar de esta revisión de la disputa metodológica en los inicios de la ciencia histórica son dos. Por un lado, la imposición del sistema “ad narrandum”, antes que ensanchar, iba a cerrar el espectro de los estudios históricos. Al ser exclusivamente un sistema metodológico se cerraba la posibilidad de su aplicación a esferas distintas de las que estaban incluidas en los documentos, es decir, no era posible llevar a cabo a cabalidad, mediante un relato descriptivo, el estudio de otras esferas del quehacer humano que no fueran la de la historia política o militar. De esta forma cabe entender el fracaso de Vicuña Mackenna en su intento de escapar de la “historia de los gobiernos” hacia una “historia de la sociedad o del pueblo”¹⁰⁸. Y, por esta misma razón, cabe explicarse la escasez de estudios dedicados a la historia económica, la cual no logró asentarse sino hasta la década de 1950 cuando ésta “adquiere profundidad y un método adecuado”¹⁰⁹. La historiografía económica del siglo XIX iba a guardar un carácter netamente narrativo-descriptivo, y habrá que esperar hasta comienzos del XX para que aparecieran “obras que fueron más lejos en el análisis e incorporaron un nuevo espectro de problemas”¹¹⁰. La constricción metodológica se revertiría, o más bien, se invertiría hacia la década de 1930 cuando los historiadores

¹⁰⁸ Guillermo Feliz Cruz, *Vicuña Mackenna. Un historiador del siglo XIX*, Editorial Nascimento, Santiago, 1950, pp. 38-39.

¹⁰⁹ Villalobos, “La historiografía económica en Chile. Sus comienzos”, op. cit., p. 32.

¹¹⁰ Luis Ortega, “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance”, *Dimensión histórica de Chile*, n° 4-5, UMCE, Santiago, 1987-88, p. 53.

comiencen una crítica sistemática al método narrativo y opten por el método explicativo.

Por otra parte, la discusión se centró exclusivamente en las situaciones concernientes a los métodos empleados en la exposición de los acontecimientos. Si bien ambas posiciones partían de un análisis de la situación contemporánea de los estudios históricos y de su proyección radicalmente opuestas, no existían diferencias fundamentales sobre la función que debía ejercer la historiografía en función del conocimiento. En otras palabras, la disputa se centró más en cuestiones de forma que de fondo. La exposición “simple y llana de los hechos” o las exigencias de claridad no eran radicalmente contrapuestas a las explicaciones causales “fundadas en el estudio de los sucesos” que establecía Lastarria. La reducción del debate a los aspectos formales del relato, la forma en que se debía escribir, respondía más a los peligros que entrañaba la fe dogmática en la filosofía de la historia, en la subordinación de los hechos a ideas preconcebidas que a diferencias epistemológicas de base.

Cuando Sergio Villalobos, al comentar la obra de Feliz Cruz, nos dice que “Está claro que no hay contradicción entre el sólido método del positivismo y el vuelo creador de la interpretación basada en los hechos”¹¹¹, no hace sino confirmar que el debate historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX no radica en una diferencia de concepciones epistemológicas sino de métodos. La complementariedad que exigía Barros Arana entre ambos sistemas indica ya un indicio en este camino. Más recientemente, se han presentado una serie de propuestas orientadas a revalorizar la narración en la historiografía. Joaquín Fermandois ha planteado que “la disyuntiva entre narración y teoría en el proceso histórico resulta en lo fundamental una alternativa falsa, aunque toda historia que no contenga elementos narrativos deja automáticamente de ser historia como ciencia”, ya que “la narración constituye en la historiografía el elemento central de la estructuración de su discurso más propio.”¹¹²

¹¹¹ Sergio Villalobos R., “Feliú Cruz: el magisterio de la historia”, *Mapocho* n°48, Santiago, Segundo semestre 2000, p. 319.

¹¹² Joaquín Fermandois, “Narración y teoría: una anotación sobre la facultad interpretativa del lenguaje de la historia”, *Revista Universitaria*, n° 16, Santiago, 1985, p. 61. La validez de los planteamientos de Fermandois no cabe exponerlos aquí. Sólo cabe dejar planteada la pregunta de ¿si acaso un análisis sintáctico de la Historia realmente constituye la mejor forma de reflexionar sobre la historiografía?

Volviendo al debate en torno al método, es posible observar que desde los inicios de la historiografía chilena se ha obviado una autorreflexión crítica de la disciplina en términos epistemológicos, centrando el interés fundamentalmente en los métodos y su aplicación. Esto ha conducido a una interpretación mínima del problema de fondo, el positivismo, y ha llevado la comprensión de las dimensiones de éste a la dualidad de formas escriturales, a saber, una narrativa o una interpretativa. Lo que ocurre es que en esta comprensión del problema inicial de las ciencias históricas, el intento por superar el positivismo no será planteado en un real análisis de la profundidad del problema, sino que en la superación del esquema narrativo que imperó en la temprana historiografía chilena. Así toda la historiografía que se constituye por sobre este malentendido quedará inmerso en un enmascaramiento de las dimensiones reales del positivismo, obviando la reflexión futura sobre el mismo positivismo y llevando su superación a disposiciones metodológicas de la disciplina.

CAPÍTULO III:

VARIACIONES METODOLÓGICAS EN LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DEL SIGLO XX.

1. De la historia narrativa a la historia explicativa.

El sistema narrativo en la historiografía mantendría vigencia, aproximadamente, hasta la década de 1930. En las primeras décadas del siglo XX, habrían nombres destacados dentro de las ciencias históricas que seguirían firmemente los postulados de Bello. Entre ellos podemos nombrar a Tomás Thayer Ojeda, Crescente Errázuriz, Domingo Amunátegui del Solar y Gonzalo Bulnes, entre otros. Pero sin duda, quien más destacó por la magnitud de su obra y su portentosa erudición fue José Toribio Medina. Sin embargo, su obra se limitaría a la de bibliógrafo. La compulsiva documental y el recuento bibliográfico dominaron su obra lo cual llevó a Medina a terminar cayendo en la “erudición por la erudición”¹¹³. La historiografía en Chile aún no ponía en duda la rigurosidad del método analítico, el cual conservaba gran prestigio entre los historiadores, y atraía aún a un grupo de lectores cultos. No iba a ser sino hasta la década de 1930, cuando el discípulo más eminente de Medina, Guillermo Feliú Cruz, lanzara una aguda crítica a la historiografía chilena y planteara las necesidades contemporáneas para la Historia.

En 1934 se publicó un importante artículo de Guillermo Feliú Cruz, que sirvió de prólogo a los *Orígenes de Chile* de Diego Barros Arana, intitulado *Barros Arana y el método analítico en la historia*¹¹⁴. Aquí analiza la influencia del sistema narrativo en la historiografía nacional a través de la obra de Diego Barros Arana. Lo que le interesa a Feliú Cruz es romper las ataduras del sistema narrativo y volver a plantear la posibilidad de pensar filosóficamente la Historia. “Nuestros historiadores, al restablecer la verdad,

¹¹³ Villalobos, *Historia del Pueblo Chileno*, op. cit., p. 26. Sobre Medina también véase, Guillermo Feliú Cruz, “Medina y la historiografía americana. Un ensayo sobre la aplicación del método”, *Atenea*, nº 100, Concepción, 1933; *Medina, radiografía de un espíritu: 1852-1930*, Nascimento, Santiago, 1952; *José Toribio Medina: historiador y bibliógrafo de América*, Nascimento, Santiago, 1952.

¹¹⁴ Op. cit.

hicieron crítica de fuentes documentales y desentrañaron, con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional, arrancándolos de las bibliotecas y a los archivos de todo el mundo. Escribieron sin tasa ni medida, y con un desconocimiento del objeto de la historia que se nos antoja monstruoso ... Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos.”¹¹⁵

Con este “grito de rebeldía”, como lo llama Villalobos, Feliú Cruz ponía sobre la mesa por primera vez la posibilidad clara de romper con el esquema narrativo imperante hasta entonces. Planteaba la necesidad de recuperar una visión más comprehensiva de la Historia en la que no sólo se enumeraran los hechos, sino que también se hicieran las conexiones entre ellos. De esta forma pone en duda el aporte de Bello y Barros Arana a la cultura.

“¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogación audaz. En cierto sentido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo. Quedamos a ciegas para competir con las ideas de los pueblos y de los hombres más organizados intelectualmente que nosotros. Por eso, la anarquía de ideas en que hoy nos debatimos. Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura ... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy, y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas por las que ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos.”¹¹⁶

Podemos observar que la crítica apunta, sin duda, a una necesidad que ve Feliú Cruz de la sociedad para con la Historia. En lo fundamental, su análisis de una situación espiritual de la sociedad le conduce a la pregunta, hasta entonces no formulada, por el objetivo de la historia. Su pensamiento le lleva por un camino que, hasta entonces, no había sido transitado por los historiadores y que consiste en plantear la pregunta del “por qué” o “para qué” del conocimiento. A sus ojos el conocimiento histórico debía no sólo ser accesible a los lectores eruditos, sino que también debiera poder entregar

¹¹⁵ Ibid., p. 14.

enseñanzas al pueblo chileno. “La historia nacional no desprendió enseñanzas, ni el chileno fue capaz de arrancarlas de sus copiosos anales. *Hecha por sabios, fue escrita para sabios, para individuos especializados*. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de bibliotecas. No se pensó en el grueso del pueblo. Se ignoró la existencia de una clase intermedia, a la cual, mejor que a ninguna otra, convenía conocer nuestra evolución en todos sus aspectos.”¹¹⁷

El mayor conflicto que veía con el método analítico sería la importancia que este atribuía a la acción del hombre individual, en desmedro de los hechos sociales. Así decía de Barros Arana: “El espíritu del hombre en su papel histórico presentábasele independiente, aislado ... Le interesaba esa orientación porque era la única que veía, y también porque su realismo, lo objetivo de su inteligencia, no podía imaginar otra manera de interpretar los fenómenos históricos ... Fuera de ser falsa la creencia de que el hombre, aisladamente y solo, forma el hecho y el material histórico, y que es su capricho el que decide el curso de los sucesos, la aplicación de esa teoría es peligrosa cuando trata de imponérsela a lo largo de una historia que relata la evolución de un pueblo durante un periodo de cerca de tres siglos. Sería la negación misma de la vida social y del esfuerzo colectivo de la humanidad en su aspiración al progreso.”¹¹⁸ Atribuía esta forma de entender la Historia, mediante la encarnación de los procesos históricos en la acción de personajes ejemplares, al método que regía la investigación. Por ello, la exigencia de dirigir la mirada hacia otras formas de entender el curso de los acontecimientos, la apertura interpretativa, tendría que venir asociada con un cambio en el método.

Aunque sintió la inclinación hacia este tipo de historiografía, no logró satisfacer estos intereses a cabalidad. Según Rolando Mellafe, esto se debió a que “le faltó metodología para realizar esta empresa”¹¹⁹. Quizá, podríamos agregar, lo que le faltó no fue método, sino perspectiva. La crítica de Feliú Cruz logra vislumbrar algunos de los problemas fundamentales del positivismo pero no sabe que hacer con ellos. En primer lugar, no alcanza a liberarse del todo del peso que ejercía la tradición historiográfica sobre él. Mantenía posiciones contrarias entre lo que pensaba sobre el camino que debía

¹¹⁶ Ibid., p. 15.

¹¹⁷ Ibid., p. 16. El subrayado es mío.

¹¹⁸ Ibid., p. 44.

¹¹⁹ Rolando Mellafe, “La obra de Guillermo Feliú Cruz”, *Trama*, n°2, Santiago, 1984, p. 61.

seguir la historiografía y sus propias investigaciones históricas. En segundo lugar, intuyó que la tarea de la historiografía debía, en adelante, realizarse con criterios explicativos centrando la atención en los hechos sociales. Con ello, planteaba un giro metodológico para el estudio de la historia. El rígido método imperante desde Bello y llevado a su máxima expresión con Barros Arana era una trampa que hacía redundar todas las investigaciones, independiente de sus objetivos y de sus contenidos, en la historia política, la biografía y la narración. Feliú Cruz, sin duda, comprendió esto pero, al momento de llevar sus reflexiones hasta las últimas consecuencias, redundó en una salida metodológica.

Para llegar al fondo del problema del positivismo es necesario, además de detectar los problemas evidentes que genera, llevar a cabo una delimitación del problema en sí. En otras palabras, se trata de establecer claramente los límites del positivismo en cuanto forma de conocer en una aproximación, no sólo histórica, sino filosófica. Los historiadores han llevado la reflexión sobre su disciplina, demasiado a menudo, sobre problemas de carácter metodológico, encerrándose en ese ámbito y creyendo que con ello zanjaban el asunto. Cuando se introduce la perspectiva filosófica, que Bello había excluido, es posible vislumbrar los problemas del positivismo y las posibles salidas desde una perspectiva que escapa la mera solución metodológica y plantea, junto con ello, una forma radicalmente diferente de concebir el conocimiento.

Incluso podría plantearse que Feliú Cruz nunca logró escapar del todo del positivismo. Esto no por el sólo hecho de que tuviera un gusto por la erudición heredado de su maestro Medina, sino en su aspiración a la objetividad. No caía, por así decirlo, en el objetivismo ingenuo de los primeros positivistas quienes sostenían dogmáticamente la posibilidad, mediante la utilización de los métodos y la exposición adecuados, de reconstruir la historia tal como ésta había sido mediante el uso de documentos auténticos que permitían “desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto”. Su manera de entender esta objetividad era en gran medida diferente. “Cuando se asume el papel de historiador de un periodo lejano –dice Feliú Cruz–, lo único que interesa es ser objetivo, gráfico. Esta ha sido mi aspiración en este estudio. Las ideas, las doctrinas en el devenir de la historia carecen de importancia para mí, mucho más me interesa seguir la ley de la vida, de su juego su armonía y desarmonía, la ley biológica que impulsa la historia. Soy

demasiado escéptico para apasionarme por las cosas del pasado: en ellas miro sólo el prodigioso arte de la vida.”¹²⁰

En otro ensayo, presenta algunos puntos que podríamos complementar con lo anterior, “La imparcialidad del historiador consiste en estudiar bien, en llegar a tener una información, lo más completa del material histórico; en apreciar sin pasión los sucesos sobre los cuales va a escribir. Pero exigirle que abjure de sus sentimientos, que destruya su personalidad, es imponerle algo imposible ... Ni el más severo juez deja de impresionarse en un sentido o en otro. La buena fe, la sana intención, el propósito de escribir como se piensa, con la mayor honradez, sin favorecer una tesis ni servir causas determinadas, es lo más que puede hacer un escritor de las cosas del pasado...”¹²¹ No reduce la objetividad al documento ni a la forma de narración, sino que la plantea situada en los hechos. Son los hechos y no la forma de exponer esos hechos lo que determina la rigurosidad. Con esto vuelve a redundar en el positivismo, ya que como hemos visto, los hechos no son objetivos de por sí, sino que requieren de diversos momentos de la interpretación.

No podemos, con esto, desacreditar la importancia y la lucidez de la obra de Feliú Cruz. Su obra se situó, como ningún historiador antes y como ninguno después, entre “el análisis erudito y la síntesis histórica”¹²², lo que nos puede llevar a afirmar que fue el último exponente de una tradición historiográfica que se remonta hacia los inicios de la investigación histórica y el primer exponente de lo que será la historiografía del siglo XX. A pesar de no llevar a cabo en su propia obra una aplicación cabal de la historia interpretativa, Feliú Cruz, dio gran apoyo a los nuevos investigadores para seguir por el camino de este tipo de historia. Su labor docente en la Universidad de Chile le permitió formar a toda una generación de destacados historiadores, entre los cuales podemos nombrar a Eugenio Pereira Salas, Mario Góngora, Nestor Meza, Julio Heisse, Julio Alemparte, Mariano Picón Salas, Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, entre otros. De esta forma, en 1942

¹²⁰ “Esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX”, citado en *Ibid.*, p. 62.

¹²¹ 1891-1924. *Chile visto a través de Agustín Ross. Un ensayo de interpretación*, citado en Cristián Guerrero Yoacham; Cristián Guerrero Lira, “Aportes de don Guillermo Feliú Cruz a la historiografía chilena”, *Cuadernos de Historia*, n° 20, Santiago, 2000.

¹²² Eugenio Pereira Salas, “Discurso del presidente de la Academia Chilena de la Historia” con motivo de la entrega de la medalla de honor de la Academia a Guillermo Feliú Cruz, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 86, Santiago, 1972.

escribía en un artículo en el diario *La Nación*: “Maestros jóvenes y renovados en el conocimiento de la ciencia histórica, están creando un sentido de interpretación de los sucesos del devenir que, sin dejar la erudición, camina a la sociología. Ya se sabe que el hecho histórico en sí mismo carece de valor y de importancia, y que lo que interesa es su relación con otros y otros hechos que explican la transformación de las ideas, de las costumbres, de las modalidades sociales.”¹²³ Podríamos plantear que las principales corrientes historiográficas del siglo XX se formaron bajo su alero, con la sola excepción de la historiografía conservadora.

Es posible fijar en la década de 1930 el periodo en que se inicia el giro metodológico en la historiografía chilena. En 1929, Luis Galdames escribió un artículo intitulado “Concepto de la Historia”, el cual permaneció inédito hasta que la revista *Atenea* lo publicó en 1949¹²⁴. Aquí, Galdames plantea la necesidad de cambiar la forma de hacer historiografía. Hablando de los historiadores chilenos dice:

“Sus métodos –de procedencia francesa y norteamericana– se distinguen por la severa investigación de los hechos, por la abundancia de la documentación, por la prolijidad y exactitud de los relatos y por la serenidad de sus juicios.” Pero, en seguida presenta sus reparos: “Pensamos, no obstante, que esos métodos deben ceder ya el paso a otros diferentes. Parece necesario, desde luego, ampliar el contenido de la Historia. Los sucesos de orden económico, intelectual, moral, jurídico y social tienen derecho a ocupar en ella sitio propio y por lo menos equivalentes al que se les asigna a los sucesos políticos, revoluciones y trastornos: porque éstos emanan de aquéllos, sin los cuales serían inexplicables.”¹²⁵

Plantea, además, que los “sucesos históricos son, por su naturaleza, colectivos”, situando, de esta forma, el campo de acción de la Historia en los aspectos que podrían considerarse “sociales” en oposición a aquellos hechos individuales. Para estos últimos, se reserva la biografía. Estos hechos sociales requieren ser explicados y no sólo narrados, y “para dar de esos hechos una explicación racional o científica, es menester considerar los factores que los han generado y hacerlos confluir en una acabada síntesis, hasta la verificación del hecho mismo (...) Este raciocinio insinúa el concepto

¹²³ Citado en Mellafe, op. cit., p. 61.

¹²⁴ Luis Galdames, “Concepto de la Historia”, *Atenea*, n° 291-292, Concepción, 1949, pp. 297-308.

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 297-298.

fundamental de que la Historia debe dejar de ser ya una narración, para llegar a ser una explicación, como toda ciencia lo es de los objetos de su dominio.”¹²⁶

A lo que apunta en el fondo el planteamiento de Galdames, es redefinir el campo objetual de la disciplina histórica y mantener el estatuto científico de esta. La garantía de científicidad estará dada, una vez más, por el hecho. No creo que haya historiador serio que pueda poner esto en duda. La investigación debe dirigirse a los hechos, mantenerse junto a ellos. Sin embargo, al igual que Feliú Cruz, Galdames intenta la renovación de la ciencia histórica por el camino metodológico. No quiero con ello desmerecer el valor de esta tarea, que en la ciencias históricas ha demostrado ser fundamental, sin embargo, es necesario establecer que la reflexión metodológica no es la única forma de aproximarse a una disciplina. Los hechos, el rigor científico y el método no permiten vislumbrar de manera clara los problemas fundamentales que había mantenido la historiografía respecto del positivismo. Este tipo de reflexión no hace sino conducirnos a una forma depurada, aún menos visible, de positivismo. Esta ha sido una tendencia en la historiografía chilena hasta, quizá, la década de 1980.

Con todo, es posible establecer que en la década de 1930 los historiadores comienzan a alejarse de la historia narrativa y comienzan a internarse en campos hasta entonces no estudiados. Así, Guillermo Feliú Cruz complementará sus labores de bibliógrafo con ensayos sobre historiografía chilena; comenzará la producción historiográfica de Eugenio Pereira Salas utilizando las fuentes documentales para explorar las dimensiones de la historia cultural; Alberto Edwards Vives, había ya publicado una serie de ensayos en los que la interpretación del pasado constituían el eje central; y con Francisco Antonio Encina, quien publicará algunos ensayos críticos sobre historiografía chilena antes de presentar su obra capital en la década siguiente. Jaime Eyzaguirre, cuyas publicaciones aparecen a fines del 30 y a lo largo de las décadas siguientes continuará en la tradición comenzada por Edwards, en una revisión hispanista-católica.

Si bien es posible establecer la década de 1930 como el inicio de este giro metodológico que hemos señalado, es en la década de 1950 cuando se manifieste la renovación más clara en la historiografía chilena. Eugenio Pereira Salas ha representado

¹²⁶ Ibid., p. 299.

esta nueva etapa de la historiografía chilena con las siguientes palabras: “La periodización se aparta de las líneas rectilíneas del desarrollo unitario, y aparecen los ciclos, las curvas, las coyunturas de periodos largos y cortos, a la manera de la metodología de F. Braudel. Hay menos relato, menos acontecimientos y más estudios de la problemática y las estructuras.”¹²⁷ Con esta breve descripción es posible resumir el carácter de los estudios históricos del siglo XX. Aquí encontramos historiadores como Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Nestor Meza, Mario Góngora, Julio Alemparte, Julio Heise González, Rolando Mellafe y Álvaro Jara.

Aparece la pregunta, la que interroga los textos y a los hechos, ya no intentando relatar lo que ocurrió en tanto que ocurrió, sino que buscando allí las respuestas a preguntas formuladas desde el historiador y su tiempo. Así, se buscará en el pasado las causas de las situaciones actuales y explicaciones para los acontecimientos más importantes de la historia chilena. Además, se integrarán nuevas técnicas y métodos traídos de las ciencias sociales, ampliando la mirada historiográfica a temas que la historiografía clásica había desestimado debido a la limitación de su método. La economía, la demografía y los temas sociales serán abordados con gran profundidad en innumerables monografías y ensayos.

Dentro de las diferentes corrientes históricas que se darán en el siglo XX todas poseen este giro común, de pasar de la historiografía tradicional a la historia interpretativa. Sin embargo, entre estas corrientes encontramos algunas que se plantean más rupturistas que otras frente al antiguo paradigma. El surgimiento de la historiografía conservadora va a ser cronológicamente la primera, pero no constituirá la vanguardia en los temas tratados como tampoco en los aspectos metodológicos. Esta corriente, fundamentalmente, planteará una fuerte revisión de las ideas propuestas por los historiadores liberales, e intentará legitimar y defender los valores de la aristocracia. Serán en gran medida los discípulos de Feliú Cruz, desde la historiografía marxista a la historiografía académica, quienes llevarán a cabo los avances más notables en cuanto a investigación, síntesis y rigurosidad.

¹²⁷ Eugenio Pereira Salas, “Las tendencias actuales en la historiografía chilena”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 25, n° 2, Washington D.C., 1975.

2. Historiografía conservadora.

Quizá la única corriente historiográfica del siglo XX que no nace de la influencia universitaria es la tradición conservadora. A comienzos de siglo se levanta la voz de la aristocracia tradicionalista inicialmente en la obra de Alberto Edwards. En 1903, aparece su obra *Bosquejo histórico de los partidos políticos en Chile*, con la que se inicia “una extendida polémica en contra de la tradición liberal y democrática”¹²⁸ que, en adelante, constituirá el principal foco de atención de los conservadores. Los autores conservadores fundaran sus pensamientos en una serie de “nociones tales como continuidad histórica, autoridad y tradición, orden, legitimidad, nación y Estado nacional”¹²⁹. Aquí revisaremos, dentro de esta tradición historiográfica, a Alberto Edwards, Francisco A. Encina, Jaime Eyzaguirre y Gonzalo Vial. Podría incluirse, además, a Mario Góngora, sin embargo no lo hacemos ya que su filiación con esta corriente historiográfica está marcada fundamentalmente por su *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* la cual se inscribe en su producción historiográfica tardía¹³⁰.

La influencia que han ejercido estos historiadores en el pensamiento tanto histórico como político es indudable. Quizá ninguna corriente de pensamiento en Chile ha adquirido tanta influencia como la que ha tenido la perspectiva conservadora, la que hoy mantiene la vigencia de sus ideas mediante una serie de reediciones de estos autores y mediante la difusión de sus ideas en medios de comunicación masivos¹³¹. Según Sofía Correa y Mariana Aylwin, “La historia de Chile que conocemos es la historia que nos han mostrado en este siglo Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre, entre otros. La visión de nuestro pasado histórico que ellos han transmitido ha tenido una gran influencia en el pensamiento nacional; son los historiadores

¹²⁸ Renato Cristi; Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992, p. 9.

¹²⁹ Idem.

¹³⁰ Renato Cristi inscribe a Góngora en la tradición conservadora planteando que con él “el pensamiento conservador chileno alcanza una madurez reflexiva”, op. cit., p. 143.

¹³¹ Baste señalar para esto a modo de ejemplo la publicación de los artículos de Edwards a lo largo del año 1927 en *El Mercurio* y que más tarde se reunirían bajo el título de *La fronda aristocrática*. La dirección de Jaime Eyzaguirre de las revistas *Estudios* entre 1934 y 1954 y *Finis Terrae* entre 1954 y 1965, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia* de la Universidad Católica. Y Gonzalo Vial en la dirección de la revista *Qué Pasa* y recientemente en la elaboración de una Historia de Chile lanzada en fascículos con el diario *La Segunda*.

contemporáneos chilenos más representativos.”¹³² Sin duda, esto ha llevado a que, de todas las corrientes y tendencias historiográficas chilenas del siglo XX, no exista ninguna que haya sido revisada y estudiada con la profundidad con que se ha estudiado la producción literaria conservadora. Con la sola excepción de la producción historiográfica clásica del siglo XIX, no existe una revisión crítica amplia sobre ninguna tendencia o escuela historiográfica además de la conservadora.

Renato Cristi ha planteado que el pensamiento de Edwards es posible dividirlo en dos grandes etapas. La primera de ellas marcada por un ideario conservador-liberal en la que busca “la forma política que mejor exprese y contribuya a la consolidación del predominio social de la aristocracia”. Aquí plantea profundas cercanías con la forma política del parlamentarismo inglés y con pensamientos en los que se sintetizan las nociones de libertad y orden. En la segunda etapa, influido fuertemente con la lectura de Spengler, se visualiza una radicalización de su postura. Lo decisivo en esta etapa es la entrada de la clase media a la política con lo que ve agotada la capacidad directiva de la aristocracia y acepta “el papel de los militares como único medio para evitar la anarquía y el vacío moral.”¹³³

La obra con que se inicia el pensamiento histórico de Edwards es el ya mencionado “Bosquejo”, publicado en 1903. Se puede observar la obra de Edwards de este primer periodo marcada profundamente por la revolución de 1891 y por la lucha partidista que se observa con el advenimiento del régimen parlamentarista. El parlamento, como lo ve él, carece de poder ejecutivo y sólo estimula las luchas faccionales. Este periodo será caracterizado como un periodo de anarquía, ya que para él la “soberanía no puede residir en entidades abstractas como la Constitución o la Nación. Debe encarnarse en una persona que concentre las decisiones políticas últimas.”¹³⁴ El poder político debe ser concentrado en un Estado autoritario, mientras que se favorezca la libertad comercial. Toda la producción temprana de Edwards va a estar marcada por esta tendencia anglófila. La segunda etapa de su pensamiento va a quedar impresa en *La fronda aristocrática*, su obra más importante y de mayor

¹³² Sofia Correa; Mariana Aylwin, “El pensamiento historiográfico de Alberto Edwards”, en M. I. Alamos, et.al., *Perspectiva de Alberto Edwards*, Ediciones Aconcagua, 1976, pp. 78-79.

¹³³ Renato Cristi, “El pensamiento conservador de Alberto Edwards. Del conservantismo liberal al conservantismo revolucionario”, en Cristi; Ruiz, op. cit., p. 20.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 27.

influencia sobre el pensamiento conservador del siglo XX. Aquí, Edwards ampliará el espectro de su ataque hasta incluir la totalidad de la dimensión político-liberal.

El asunto central a la hora de interpretar a Alberto Edwards es comprender que su obra se dirigió fundamentalmente al ensayo, y no a una labor de investigación estrictamente académica. No planteó, por tanto, innovaciones en el aspecto metodológico, lugar al cual sus reflexiones no lograron siquiera rozar. Su obra se centró fundamentalmente en “los hechos políticos (...) y la constitución de la sociedad política. No incursiona en el campo de lo económico, ni de los conflictos sociales, ni de la cultura, para interpretar la evolución histórica de Chile”¹³⁵.

La producción histórica de Edwards es bastante reducida, pero asombrosamente influyente. Puede que esté asociado al hecho de que la fluidez que logra el lector por la forma del relato, alejado de la aridez que suelen poseer los relatos históricos. Su antiliberalismo lo alejó del positivismo tomando la postura reaccionaria del intuicionismo¹³⁶, un distanciamiento radical que sugiere una aproximación irracional a la escritura de la historia. Parece ser que esta técnica historiográfica logra captar la atención de los lectores como quedó demostrado de sobra por el más ferviente propulsor del intuicionismo, F. A. Encina, y el éxito de ventas que logró su *Historia de Chile*.

El libro en el cual Encina vertió lo esencial de su pensamiento histórico es *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia* de 1935. Aquí Encina establece una tajante separación entre lo que es la investigación de lo que es la historia. Así, nos dice, “no hay dos actividades que se excluyan entre sí más violentamente que la investigación y la historia”¹³⁷. A pesar de lo definitiva que es la exclusión entre ambas actividades, señala la necesidad de una cooperación entre ambas. La solución a esta contradicción consiste en que las actividades no pueden reunirse en la empresa de un solo hombre, sino que en la reunión de varias iniciativas individuales: “el investigador es el minero que extrae el metal; el pensador, el crisol que lo funde; y el artista, el sabio que enciende la vida en el lingote inerte.”¹³⁸

¹³⁵ Soffa Correa; Mariana Aylwin, op. cit., p. 78.

¹³⁶ Soffa Correa; Mariana Aylwin, op. cit.

¹³⁷ Francisco A. Encina, *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Nascimento, Santiago, 1935, p. 92.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 95.

La división establecida entre investigador e historiador está constituida fundamentalmente por las formas que asume el conocimiento en la mente de quien se aproxima al pasado. El conocimiento de éste “entra en nuestras mentes en dos formas muy distintas. En una la lectura de los documentos y el estudio de las demás fuentes históricas no producen otro resultado que depositar imágenes subconscientes; pero después uno o varios aspectos se representan en cuerpo y alma, o la visión total se nos aparece de súbito. Su imagen se destaca con contornos definidos e inamovibles y con abstracción de toda mezcla consciente con el momento que se vive. El trabajo cerebral toma el mismo camino que en la segunda fase de la creación pictórica; y la energía psíquica se concentra en un supremo esfuerzo por fijar en el libro la imagen tal cual la vemos. El pasado es la imagen y el autor el retratista.”¹³⁹

La finalidad con la que Encina establece esta diferencia, que es fundamental, no es fácil de ver. Lo que aparece a primera vista, y como lo observa Fidel Araneda Bravo, es distinguir entre quienes recopilan documentos y el “genuino historiador”. Éste es quien “tiene que desentrañar del documento y de los testigos el alma del pasado; y en seguida, en forma intuitiva, reconstruir la época que estudia, colocándose en ella, desentendiéndose para esto del presente y de todo elemento que pueda desfigurarla”¹⁴⁰ En efecto, para Encina la intuición es la herramienta fundamental para asir la historia. “La Historia –nos dice– sólo empieza con la simbolización, o sea la representación fiel del cuerpo y del alma del pasado por medio de un corto número de hechos, de hombres y de procesos en que se encarnó espontáneamente.”¹⁴¹

Sin embargo, lo que Encina intenta no es introducir el concepto de la intuición, sino que, en forma más general, es esbozar una respuesta a la situación que vive la historiografía¹⁴². La historiografía, según su visión, ha quedado rezagada en el terreno de las ciencias, y es hora de encontrar los fundamentos para un nuevo concepto de la historia. “Nuestra literatura histórica –nos dice– es una construcción pesada que carece de cimientos; desarmemos el edificio, ya desplomado y próximo a derrumbarse, antes que sepulte y destroce el precioso material, y aprovechémoslo en una construcción más

¹³⁹ Ibid., p. 161.

¹⁴⁰ Fidel Araneda Bravo, “Los estudios históricos en Chile”, en *Atenea*, n° 336, Concepción, 1953, p. 426.

¹⁴¹ F. A. Encina, *La literatura histórica chilena...*, op. cit., pp. 8-9.

¹⁴² Guillermo Feliz Cruz, *Francisco A. Encina, historiador*, Nascimento, Santiago, 1967, p. 142.

esbelta y mejor cimentada. Pero antes de empezar la obra, esboceemos y discutamos el plan y la mejor manera de aprovechar los materiales.”¹⁴³

La separación entre el investigador y el historiador sería una respuesta a este problema más general relacionado con los fundamentos de la historiografía chilena. Así, también lo será la introducción del método de la intuición. Encina critica a la historiografía del periodo anterior dos tendencias que él considera inadmisibles en la historia: la intromisión de la razón y de los sentimientos. Aunque suene extraño, Encina considera que ambos elementos constituyen parte de un mismo problema. Ambos dejan demasiado espacio para la intervención del autor. “El factor subjetivo está contraindicado, puesto que asesinamos la historia desde el momento que introducimos en ella nuestra personalidad.”¹⁴⁴ En cambio, propone un intuicionismo objetivista lo que permitiría escapar de la acomodación de la historia a los criterios de la razón y, a la vez, del peligro del subjetivismo.

Para Encina la razón no concede la posibilidad de entregar objetividad alguna. Lo único que podemos hacer mediante la organización racional de la historia, es encajar la historia dentro de un molde conceptual que no se ajusta a lo que es la realidad pasada.¹⁴⁵ Sólo mediante la intuición histórica “el alma de cada momento se representa clara y distinta”¹⁴⁶. El intuitivo recibe el pasado directamente, sin intermediación de otros elementos que puedan distorsionar la percepción de la realidad, liberado de las influencias mentales contemporáneas y abstraído de sus propias creencias. Sin embargo, en lo que no cae en cuenta Encina, es que su aproximación intuitivo-objetiva se acerca peligrosamente al relativismo histórico. Esta doctrina establece que la historia de cada época debe entenderse sólo tomando en consideración sus propios valores, excluyendo la comprensión del autor según sus propios valores. “El historiador debe limitarse a representar la realidad histórica, sin añadirle nada de su parte, ni erigir su presente fugaz

¹⁴³ Encina, *La literatura...*, op. cit., p. 82.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 146.

¹⁴⁵ “Si el historiador construye el esqueleto del edificio histórico con anticipación, fatalmente tiene que hacerlo con sus propios materiales: su posición es la del fabricante y no la del pintor. Aunque en transacción le concedamos la del arquitecto, no habremos avanzado gran cosa, puesto que dispuso sabia y racionalmente el plan de acuerdo con su verdad. Si su raciocinio va acompañado de cierta sensibilidad cerebral y de agudeza psicológica, cogerá más o menos intactos los materiales que le brinda el pasado; pero necesita acomodarlos a la disposición del esqueleto para que el edificio resulte lógico y armónico; y durante el proceso de elaboración, las diversas fases de la verdad se mezclarán en una maraña inextricable, quiéralo o no el autor.” *Ibid.*, p. 163.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 161.

en medida del pasado ni en cárcel del porvenir. La trasplatación de las ideas, de los sentimientos de cualquier aspecto del presente del autor, importa una falsificación de la historia, más grave que los cambios de los nombres, de las fechas y de los elementos externos del suceder; pues, al paso que estos últimos desfiguran el rostro y el cuerpo del pasado, aquella tergiversa el espíritu que lo presidió. Los errores de detalle son simples cicatrices que afean la forma de la historia; las alteraciones psicológicas la truecan en otra distinta.”¹⁴⁷

El intuicionismo-objetivista que plantea Encina se acerca más a lo que critica de lo que logra alejarse. Sus ataques a la escuela objetivista se dirigen principalmente a la “insensibilidad cerebral” que alejaba a sus autores del “alma” de la historia y no, propiamente, a la pretensión de espectador inerte del objeto de estudio. La solución que plantea Encina supone una recaída en el objetivismo teñido de relativismo histórico. El objetivismo no se determina por la cuota sentimental que el autor incluya en sus textos, sino que por la suposición de que es posible alcanzar un conocimiento perfectamente aislado de las pretensiones subjetivas. De esta forma, según Raymond Aron, el “relativismo histórico es, por así decirlo, desde el momento que el historiador deja de pretender un distanciamiento imposible, reconoce su punto de vista y, en consecuencia, se vuelve capaz de reconocer las perspectivas de los demás.”¹⁴⁸ Así, Encina mismo se convierte en objetivista al intentar, mediante un viraje metodológico, capturar directamente el pasado. Al método intuitivo le es inmanente el objetivismo. Cabe preguntar, aunque no sea este el lugar para resolverlo, si acaso la intuición es un método adecuado a las condiciones de las ciencias históricas y, en general, de las ciencias humanas.

Jaime Eyzaguirre no se aleja demasiado de la tendencia de Edwards y Encina, extrayendo su visión de la historia de Chile de lo que Cristián Gazmuri ha llamado la intuición creadora¹⁴⁹. El interés de Eyzaguirre se centra fundamentalmente en una explicación teológica de la historia¹⁵⁰. Según Ricardo Krebs para “él no había ninguna duda de que Dios, el creador del mundo y del hombre, era el verdadero autor y director

¹⁴⁷ Ibid., p. 84

¹⁴⁸ Raymond Aron, *Las dimensiones de la conciencia histórica*, FCE, México, 1983, p. 22.

¹⁴⁹ Cristian Gazmuri, “La cosmovisión de Jaime Eyzaguirre” en Cristian Gazmuri, et. al., *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Ediciones Aconcagua, 1977.

de la historia”¹⁵¹. El hispanismo tan característico de su obra no será sino una manifestación más de esta concepción teológica. Lo hispano sería la representación de los principios cristianos en el nuevo mundo.

Ricardo Krebs ha sido exagerado en su alabanza a la obra de Eyzaguirre al decir que “Mediante un poderoso esfuerzo intelectual, ... objetivaba sus reacciones subjetivas y procedía en su labor historiográfica conforme a las más rigurosas exigencias científicas, de modo que sus obras constituyen auténtica historia y un riquísimo aporte a la ciencia histórica.”¹⁵² Sergio Villalobos, por su parte, en una perspectiva más neutral, ha señalado que el “fuerte sentido misional de la vida de Eyzaguirre se tradujo en una deformación acentuada de la historia sin que por ello dejase de contribuir con algunas investigaciones valiosas.”¹⁵³ Cristián Gazmuri ha planteado que “Jaime Eyzaguirre no ha llegado a sus juicios históricos partiendo exclusivamente de los hechos. En general, no son fruto de un proceso inductivo, y en este sentido es abiertamente anticientífico”¹⁵⁴.

Uno de los discípulos de Eyzaguirre que más influencia política ha tenido en las últimas décadas es Gonzalo Vial. Este historiador ha conseguido reconocimiento a costa de su incondicional apoyo a la dictadura militar, convirtiéndose en uno de sus principales apologistas. Su desempeño como historiador, sin embargo, es cuestionable. El fondo de su obra historiográfica está encaminada a desprestigiar la imagen del Chile democrático. “En otras palabras: mientras Chile fue gobernado sin contrapeso por una minoría oligárquica, hubo éxito histórico, consenso, cosmovisión común, convivencia nacional sólida. Desde que esa oligarquía perdió el control del país, entramos en una decadencia lamentable.”¹⁵⁵ Como todos los historiadores conservadores Vial ve el Chile

¹⁵⁰ José Miguel Lecaros, “Filosofía de la Historia en Jaime Eyzaguirre”, en Walter Hanisch, et.al., *Jaime Eyzaguirre: historia y pensamiento*, Editorial Universitaria, Santiago, 1995, p. 194.

¹⁵¹ Ricardo Krebs, “El pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre”, en Walter Hanisch, et.al., op. cit., p.45.

¹⁵² Ricardo Krebs, “Algunos aspectos de la visión histórica de Jaime Eyzaguirre”, *Historia*, vol. 7, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 1968, p. 7. Hacia 1977 el mismo Krebs señalará, con más moderación, que Eyzaguirre en la elaboración de su visión de la historia de Chile “tiene sus raíces en categorías y valores que no derivaron del análisis científico, sino que emanaban de sus condiciones más íntimas” en Prólogo a Walter Hanisch, op. cit., p. 10.

¹⁵³ Sergio Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, op. cit., p. 40.

¹⁵⁴ Gazmuri, op. cit., p. 93.

¹⁵⁵ Cristián Gazmuri, “Las tesis historiográficas de Don Gonzalo Vial”, en *Opciones*, n° 6, Santiago, 1985, pp. 156-157.

democrático como una fase de continua decadencia. Parte de la premisa del fracaso histórico del Chile democrático a partir del golpe de estado de 1973.

La aproximación epistemológica adoptada por los conservadores es profundamente rupturista con el sistema positivista. Cuando pensamos la posibilidad de escapar de la influencia positivista es posible determinar dos caminos: su superación por medio de la reflexión crítica del conocimiento; o, bien, romper el marco epistemológico en el cual se inserta, a decir, el racionalismo. La historiografía conservadora en su aproximación intuitiva se acercan peligrosamente a esta última. El intuicionismo, como método, rompe con los cimientos mismos en los que se sustenta el positivismo. Al situar la posibilidad de conocer históricamente en conceptos ambiguos como el de “sensibilidad cerebral” o “agudeza psicológica”, se aleja de toda posibilidad racional de abordar el conocimiento histórico. Tomando estos elementos en consideración no podemos sino pensar con Simon Collier que la historiografía conservadora de este corresponde a una “extraña mezcla de pseudo-ciencia y agudeza intuitiva”¹⁵⁶.

Sin embargo, a pesar de provocar un intento de ruptura con el positivismo no logra su superación. La crítica dirigida desde el intuicionismo cae, como vimos en Encina, en un objetivismo de nuevo cuño. Esta imposibilidad de superar el objetivismo, a la vez que su desprendimiento de los fundamentos racionales que hay en todo conocer, aparta la posibilidad de integrar seriamente la propuesta de los conservadores como una alternativa de conocimiento viable a la hora de enfrentar el positivismo. Y lo esencial a la hora de apartarse de paradigmas establecidos es la posibilidad de plantear una alternativa coherente capaz de soportar el peso de la disciplina. Surgieron junto con la historiografía conservadora aproximaciones que afrontaban este problema con mayor peso, pero de forma aún insuficiente.

¹⁵⁶ Simon Collier, “Historiography of the «Portalian» Period (1830-1891) in Chile”, *Hispanic American Historical Review*, Volume 57, N° 4, Duke University Press, 1977, p. 672. La cita hace referencia únicamente a Encina, sin embargo creo que es posible extenderla a Edwards.

3. Historiografía marxista.

En un artículo de 1949 que lleva por título “Notas sobre la historiografía chilena”¹⁵⁷, Julio César Jobet hace un análisis de la historiografía chilena y plantea su perspectiva particular sobre el asunto. Comienza con un recuento de las tendencias predominantes en la historiografía chilena, su inclinación por la narración, el afán desproporcionado por la erudición y la preferencia por los hechos políticos. Plantea que la historiografía en Chile hasta entonces, si bien ha sido abordada por liberales y conservadores cuyas concepciones ideológicas son del todo diferentes, “en los problemas de carácter económico social, su posición es idéntica y su actitud de indiferencia frente a las condiciones de vida del pueblo es la misma.”¹⁵⁸

Continúa por establecer la escasez de estudios enfocados a temas económico-sociales, los que en su concepción historiográfica constituyen los fenómenos centrales. Los problemas del pueblo chileno y de sus condiciones de vida no han sido tocados, de forma que “No es un juicio aventurado afirmar que la historia de Chile está por hacerse”¹⁵⁹. El análisis que ha imperado en la historiografía chilena sería de carácter “idealista”, es decir, ha imperado la idea que la actividad intelectual del hombre es la que mueve la historia y determina los acontecimientos que en ella se manifiestan. “Más justo es el criterio –plantea Jobet– que reconoce que la acción del hombre, en general, tiende fundamentalmente a producir para tener la posibilidad de subsistir y que por ello la Historia tiene su base más vasta en las necesidades materiales, de tal modo que, a causa de lo expresado, es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad y que son los millones de trabajadores que alimentan y visten al mundo entero los verdaderos héroes de la vida, ya que su tarea inmensa decide la suerte de las colectividades, de las naciones, de la Historia. Y esta interpretación sencilla y objetiva de l proceso de la sociedad y de la Historia es el materialismo histórico.”¹⁶⁰

¹⁵⁷ Julio César Jobet, “Notas sobre la historiografía chilena”, *Atenea*, n^{os} 291-292, Concepción, 1949. Aquí citamos la versión publicada como Introducción a su libro *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1955, donde fue intitulado “La historiografía chilena”. Otra revisión de la historiografía nacional, realizado con mayor profundidad en algunos aspectos y temporalmente más comprehensivo, puede encontrarse en Julio César Jobet, “Notas sobre los estudios históricos chilenos”, en Jobet, *Temas históricos chilenos*, Quimantú, Santiago, 1973.

¹⁵⁸ J. C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social en Chile*, op. cit., p. 7.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 15.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 17.

Un año antes había definido el materialismo histórico como “la tentativa de aplicar los métodos científicos generales al estudio de los fenómenos históricos. Los datos de la Historia permiten afirmar que la interpretación científica de la historia es su interpretación material, que supone, además, la adopción del determinismo histórico, o sea considera todos los fenómenos de la naturaleza y de la historia ligados y condicionados recíprocamente (...) La necesidad de sostener el organismo, de alimentarse, es la necesidad fundamental del hombre, como todo ser vivo (...) Por lo tanto, los hechos históricos principales son los materiales, económicos, determinadores en grado supremo de todas las demás actividades humanas. De aquí la importancia decisiva de la economía cuya finalidad es la obtención del alimento.”¹⁶¹

Jobet lleva el análisis histórico hacia las dimensiones económicas justificándose, con razón, en el descuido de la historiografía anterior por este aspecto de la realidad. La crítica de Jobet hacia la historiografía tradicional ya no se centrará en el aspecto narrativo que ésta había privilegiado, sino que en su predilección por la historia de las clases privilegiadas y su obsesión con los sucesos políticos y las grandes figuras. Él ve en las obras del período clásico el interés de los historiadores por justificar “su instalación en el poder y sus privilegios.”¹⁶²

El interés que encuentra Jobet en mirar la historiografía en retrospectiva es, de esta forma, el de establecer la indiferencia de los historiadores hacia los fenómenos de carácter económico, o estructurales. El correcto establecimiento de éstos fenómenos de una parte librará al historiador de las ataduras del sistema narrativo, llevándolo hacia la interpretación. Por otra parte, permitirá poner al descubierto las contradicciones existentes entre “lo exaltado por la Historia oficial como evolución grandiosa, admirable, y la existencia real, cotidiana, atrasada, mísera y agobiadora, resultado de esa evolución ejemplar.”¹⁶³ Es decir, se sitúa en una perspectiva que exige un cambio en la Historia en dos aspectos fundamentales, trasladar la investigación hacia áreas dejadas de lado por la historiografía clásica, como lo son los estudios económico-sociales, por un

¹⁶¹ J. C. Jobet, “Notas sobre los problemas de la Historia”, *Atenea*, n^{os} 277-278, 1948. La versión aquí citada corresponde a la publicada en Jobet, *Tres ensayos históricos*, Ediciones del Boletín del Instituto Nacional, Santiago, 1950, pp. 24-25.

¹⁶² Julio César Jobet, “Notas sobre los estudios históricos chilenos”, en Jobet, *Temas históricos chilenos*, op. cit., p. 15.

¹⁶³ Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico social en Chile*, op. cit., p. 1.

lado, y, situar como referente de investigación, en estas nuevas direcciones, al pueblo, las clases populares, cuyas luchas, en su visión, constituyen el motor de la historia.

Su pensamiento adquiere proporciones inéditas cuando establece la relación entre la investigación rigurosa y la acción política. Él percibe que en la misma forma en que se manifiestan contradicciones entre la Historia que se ha escrito y la situación actual del pueblo, éstas aparecen en otros aspectos de la realidad, como en la legislación. Las leyes avanzadas y de cuño social no encuentran eco en una aplicación real y efectiva. Todo esto ilustrando que en Chile “la democracia que ha imperado ha sido limitada, formalista y falsa, pues existe en el papel, y no en la práctica, caracterizándonos como a un país de simulaciones políticas”¹⁶⁴. Por ello es especialmente interesante cuando plantea que la nueva generación de historiadores tiene por delante una tarea doble: “de una parte, realizar un estudio e interpretación del pasado con criterio científico, que estén acordes con la verdadera realidad histórica del país; y de otro lado, emprender una acción sostenida y sistemática a favor de la transformación de Chile en sus bases económicas y sociales, hasta conseguir el funcionamiento de una verdadera democracia, en donde imperen la justicia económica, la igualdad social y la libertad que permitan un desarrollo histórico armonioso y fecundo”¹⁶⁵.

La novedad de esta afirmación es necesario pensarla en el contexto del desarrollo del pensamiento historiográfico chileno ya que, de otra manera, sólo se nos presentará como una reformulación más de lo que planteara Marx a mediados del siglo XIX. Visto así, podemos afirmar que Jobet es el primero en plantear la relación entre conocimiento y praxis dentro de la historiografía chilena. El historiador, en esta perspectiva, ya no es un mero científico o investigador que oculto en los archivos mira el pasado con el fin de presentarlo a sus contemporáneos, sino que un ciudadano que se inserta él mismo en los procesos históricos y que juega un papel en la transformación de la sociedad.

La novedad de este planteamiento permite vislumbrar una dimensión del trabajo historiográfico que no se había planteado antes y que veremos reformulada más

¹⁶⁴ Ibid., p. 18.

¹⁶⁵ Ibid., p. 30.

adelante: la proyección del conocimiento al mundo social en el que se toman decisiones y se elaboran planes de acción. Si bien este planteamiento es clásicamente marxista me parece imperativo destacarlo como una aproximación epistemológica interesante de revisar en profundidad en el campo de la Historia. Los fundamentos del conocimiento son puestos en esta perspectiva ya no en la forma escritural que deba asumir el relato. Es cierto que Jobet aboga fervientemente a favor del método explicativo, insertándose, de esta forma, de lleno en el pensamiento de los historiadores de su generación, pero además exige un desplazamiento del sujeto investigado, la necesidad de recurrir a fuentes diferentes de las oficiales y una aproximación diferente de concebir el conocimiento.

Podría afirmarse, con todo, que Jobet, de esta forma, se aleja del positivismo, por medio del marxismo, llevando las dimensiones del conocimiento histórico hacia la esfera de la acción. Este desplazamiento, en cierta medida, rompería el circuito de autoreferencialidad del conocimiento, esto es, que la investigación histórica apunta a acrecentar el conocimiento con la concepción de que este es un fin en sí, llevándolo a una esfera distinta de sí mismo. Sin embargo, como bien señala Hugo Zemelman, es “indudable que en Jobet se combina en su asimilación del materialismo histórico la herencia del positivismo ..., que se refleja en la ausencia de una reflexión acerca de la particularidad del marxismo como metodología de análisis”¹⁶⁶. Lo que se reflejaría, entonces, es que la intención de Jobet al llevar el conocimiento hacia la praxis no responde sino a un interés de llevar el materialismo histórico hasta su máxima expresión. En otras palabras, lo que lleva a cabo Jobet es asumir una postura metodológica hasta sus últimas consecuencias, sin tomar en cuenta los supuestos epistemológicos que le subyacen. De forma que es posible afirmar que la historiografía marxista, en esta primera formulación, a pesar de plantearse en una posición metodológica radicalmente distinta de aquella con la que quiere romper, es incapaz de traspasar el escollo que le impone el positivismo al supeditar los métodos a los contenidos.

Hernán Ramírez Necochea no dejó ningún escrito teórico mediante el cual podamos conocer su interpretación de la historia. Sin embargo, es posible en su obra

¹⁶⁶ Hugo Zemelman en el “Prologo” al *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1982, pp. X-XI.

encontrar algunos aspectos esenciales. Antes que todo, Ramírez Necochea llevó los conceptos del marxismo a la investigación historiográfica, con lo que incluía en la historiografía nacional una serie de elementos nuevos. Así ampliaba la visión de la historia de los aspectos estrictamente políticos hacia las dimensiones de lo económico y de lo social. Maria Eugenia Horvitz considera que Ramírez “ha sido el historiador que con más ahínco rediscutió las bases fundacionales de la Nación y el Estado. Estableció interrogantes, dónde otros veían verdades inamovibles.”¹⁶⁷

Luis Moulian ha visto en la obra de Hernán Ramírez Necochea –y en la historiografía marxista en general– una serie de aportes novedosos. Podemos resumirlo en cuatro puntos. En primer lugar, la historiografía marxista pone énfasis en los aspectos económicos los cuales serían determinantes para los procesos históricos. En segundo lugar, introducen la lucha de clases. De aquí obtienen los fundamentos para el estudio de la explotación y el dominio de una clase por sobre otra. En tercer lugar, la historiografía no sólo constituye para el historiador marxista una forma de acercarse al pasado, sino directamente una forma en que se puede transformar el presente y el futuro. Y por último, introducen el análisis del imperialismo y los problemas que éste generó en Chile. Esto lleva a Moulian a concluir que “la historiografía marxista clásica produjo una ruptura profunda en la práctica del conocimiento de la historia en Chile. Introdujo una nueva problemática, nuevas temáticas y un discurso ajeno radicalmente al de la historiografía liberal positivista, conservadora nacionalista y conservadora hispanista. Los historiadores marxistas acompañan a un nuevo sujeto: el proletariado, con una nueva concepción de la vida, de la sociedad, de la cultura, de la política y que desea realizar la revolución socialista.”¹⁶⁸ Aquí tenemos dos temas sumamente interesantes para analizar, ya que por un lado, la historiografía marxista se plantea como abiertamente crítica a toda la tradición historiográfica previa en lo que Moulian ve una “ruptura” significativa. Sin embargo, y por otro lado, en lo que Moulian ve como una “ruptura” yo planteo más bien que es un cambio importante pero no decisivo, en tanto ésta no ocurre en el campo del conocimiento sino en los aspectos metodológicos de la disciplina.

¹⁶⁷ Maria Eugenia Horvitz, “La historiografía del develamiento del poder: a la memoria de Hernán Ramírez Necochea”, *Alamedas*, n° 4, Santiago, 1998, p. 81.

¹⁶⁸ Luis Moulian, “Marx y la historiografía chilena”, *Encuentro XXI*, n° 8, Santiago, 1997, p. 133.

Si bien podemos reconocer que la historiografía marxista clásica se adelantó a otras corrientes dentro de las ciencias históricas al situar lo económico como elemento fundamental para comprender los procesos sociales, no podemos afirmar con la misma seguridad que la historiografía marxista marcó un quiebre profundo con el positivismo. Ciertamente que los métodos introducidos por Hernán Ramírez, Julio César Jobet, Luis Vitale, entre otros, constituyeron aportes sustantivos a la forma de abordar el pasado. Maria Eugenia Horvitz, refiriéndose a la obra de el primero señala que “inició las investigaciones de historia comparada, inauguró el uso de las metodologías cuantitativas y concedió especial relevancia a la exploración de los manuscritos de carácter privado.”¹⁶⁹ Los aportes metodológicos sin duda enriquecen una disciplina, le dan profundidad, rigor, y amplían el espectro de la mirada, pero no la modifican esencialmente. Lo que sí podríamos reconocer es que esto constituye un aporte valioso para el desarrollo de la disciplina, en tanto que desarrollo, es decir, en tanto que se dirige y se amplía en un mismo horizonte epistemológico.

Lo que critico aquí –y no sólo en la historiografía marxista, sino en toda la historiografía de este segundo periodo– es que se ha supuesto que mediante un cambio metodológico, en la inversión de algunos conceptos, en la prioridad otorgada a ciertos elementos del análisis del devenir, se rompe con los esquemas del positivismo. Pero es necesario llevar la mirada más lejos, porque en lo que se cae en estas concepciones es una crítica al positivismo desde dentro de los mismos esquemas del positivismo, lo cual impide superar los problemas fundamentales. El positivismo o el científicismo oculta este hecho, y si no nos detenemos a revisar estos planteamientos seguiremos siendo sus prisioneros. Por ello, una mirada que pretenda superar la impronta positivista que se ha manifestado en la historiografía debe *necesariamente* ir más allá de los métodos –que es la esencia misma de la reflexión científicista de las ciencias– y buscar una salida epistemológica.

¹⁶⁹ M. E. Horvitz, op. cit., pp. 83-84.

4. Historiografía académica.

Esta tradición no conforma una escuela de pensamiento uniforme. La división la hemos establecido para distinguirla y agruparla de alguna manera, lo que no intenta desmerecer el carácter intelectual de las corrientes conservadora y marxista. Aquí podemos situar historiadores marcados por diversas escuelas historiográficas, ya sea por la escuela francesa de los *Annales*, la escuela neo-romántica alemana o la neo-marxista inglesa. La historiografía académica surgió y se nutrió bajo el alero de las universidades, en especial, la Universidad de Chile. Los historiadores incluidos han sido elegidos arbitrariamente, y muchos autores renombrados, que han aportado con estudios serios para profundizar el conocimiento del pasado, han quedado fuera.

Eugenio Pereira Salas fue uno de los últimos herederos de la historiografía clásica en este siglo. Poseyó una marcada afinidad por el método y por la rigurosidad en la investigación. En uno de sus libros afirmaba: “La metodología que se ha empleado deliberadamente en este bosquejo es la de un enfoque totalista, es decir, considerando la historia como la integración de sus diversos aspectos formales: políticos, sociales, económicos e intelectuales, en su correlativo de civilización y cultura, concebidos no como una construcción ideal, sino en la objetividad de los hechos y acontecimientos.”¹⁷⁰ Sentía un profundo respeto por los documentos, por el rigor y fue un erudito en su área de estudios.

Lo que distingue la obra de Pereira Salas de las investigaciones anteriores es precisamente esto, su temática. Investigó exhaustivamente diversos aspectos de la vida cultural y social, tales como la música y las bellas artes, pero también aspectos como el comercio y las negociaciones diplomáticas. Su búsqueda más profunda estaba comprometida con encontrar el trasfondo más íntimo de la cultura. En una carta escrita durante su estudios en Europa dice: “Quienes como yo se preocupan de problemas históricos, debemos ante todo abordar los puntos que seamos capaces de resolver. Tenemos las fuentes y Europa nos ofrece instrumentos perfeccionadísimos con que podemos intentar la comprensión e interpretación de lo nuestro. Hasta ahora fue lo anecdótico, lo fantástico o lo estrictamente erudito lo que interesó. Necesitamos

¹⁷⁰ Eugenio Pereira Salas, *América del Sur. Perú – Bolivia – Paraguay – Argentina – Chile*. Citado en Guerrero Yoacham, “Notas...”, op. cit., pp. 19-20.

descubrir, esclarecer lo que hay de profundo en nuestra historia, si queremos crear nuestra cultura.”¹⁷¹ Así penetró en diversas áreas de manifestación cultural, los juegos, la música religiosa, el teatro, la ópera, la música popular, la cocina, etc.

Lo que más llama la atención, sin embargo, es su apego al rigor científico. Para Pereira Salas, la objetividad de los hechos y acontecimientos derivaba de un exhaustivo estudio de las fuentes. En la “Advertencia preliminar” a su libro *Los orígenes del arte musical en Chile*, expuso lo siguiente: “La presente obra está basada en una prolija investigación realizada en archivos, bibliotecas y papeles privados, lo que da al libro un carácter netamente histórico, y, en parte, arqueología musical. *Hay aquí más hechos que doctrinas. El autor ha preferido dejar hablar a los documentos que rellenar los vacíos con retórica e imaginación.*”¹⁷² Hay en esta postura una respuesta a la historiografía conservadora que practicaban por esa época Edwards y Encina, desvinculada de los documentos y basada en teorías de dudosa calidad intelectual. “Él rechazó toda ideología que pudiera pre-fabricarle conclusiones, toda corriente de pensamiento que pudiera torcer el sendero que le indicaba la evidencia histórica.”¹⁷³

En un texto del año 1963 intitulado *La vocación del historiador*, Pereira Salas plantea que si bien es posible que los historiadores objetiven los sucesos no podemos olvidar que –y parafraseando a Kant- “<<vemos las cosas no como son sino como somos nosotros>>.” En otras palabras, “subjetivamente la visión del historiador tiene sus limitaciones sociológicas, y queda su personalidad enmarcada por el carácter y la herencia, el medio y el estatus social y la educación.”¹⁷⁴ No reduce de esta manera el conocimiento al objetivismo ingenuo que predominó en el siglo XIX, sino que su obra historiográfica la enmarca dentro de parámetros metodológicos que la adecuan a un grado mayor de verificabilidad. Por ello podemos estar de acuerdo con el Profesor

¹⁷¹ Pereira Salas, “Un amigo de Índice en Europa”, *Índice*, n°3, Santiago, 1930, p. 10. Citado por Cristián Guerrero Yoacham, “Notas para el estudio de la obra historiográfica de don Eugenio Pereira Salas”, *Cuadernos de Historia*, n° 9, Universidad de Chile, Santiago, 1989, p. 15.

¹⁷² Pereira Salas, citado en Cristián Guerrero Yoacham; Cristián Guerrero Lira; Luz María Fuchlocher, *Biografía de Don Eugenio Pereira Salas*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1990, p. 41. El subrayado es mío.

¹⁷³ Rolando Mellafe, “Recordando a Eugenio Pereira Salas”, *Revista de la Universidad de Chile*, n° 173, 1980, p. 11.

¹⁷⁴ Eugenio Pereira Salas, “La vocación del historiador”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n°69, Santiago, 1963, p. 23.

Guerrero al afirmar que “por el sólido respaldo en las fuentes, la historia escrita por el Profesor Pereira es intrínsecamente científica.”¹⁷⁵

En este mismo texto menciona una doctrina psicológica muy en boga en sus días de estudiante. Esta es la doctrina de T. H. Ribot planteada en su ensayo acerca de la *Imaginación Creadora*. Esta consiste en que “el mecanismo psíquico del historiador parte de la memoria. Su primer estadio intelectual es reproductivo. Sus evocaciones de los tiempos pasados al parecer semejan reproducciones de una realidad desaparecida, pero en estricta verdad son creaciones realizadas por un elemento nuevo en el proceso, la imaginación, que en este caso es un ejercicio espiritual creador que tiende a un objetivo concreto, a una construcción teleológica, que obra en vista de un fin concreto. (...) El historiador posee así percepción espacial de la realidad desaparecida que lo ayuda a encontrar una relación espacio-temporal de los sucesos.”¹⁷⁶ La imaginación creadora sería, por tanto, una herramienta que posee el historiador para lograr el traspaso de los hechos tal cual ocurrieron, y que el historiador capta mediante la investigación, a una modalidad secundaria en la que el historiador logra la coherencia del pasado. Este mecanismo permite al historiador objetivar ciertos elementos del pasado, sin caer en la falacia del objetivismo.

Uno de los seguidores de esta doctrina es Sergio Villalobos, uno de los historiadores más prolíficos de este siglo. “El positivismo, como método de trabajo –nos dice–, ofrece una sólida base de conocimiento: pero estaríamos equivocados si sólo nos quedásemos en ese nivel, sin desplegar la imaginación creadora. Hoy día, el historiador no se queda en los hechos, sino que busca su explicación y llega a la interpretación, que es donde realmente se comprende la historia.”¹⁷⁷ Villalobos se ha caracterizado por su postura liberal y contraria a las tendencias conservadora y marxista, estableciéndose en una postura intermedia que a ratos carece de consistencia. Discípulo de Guillermo Feliú Cruz, se considera más cercano a la historiografía liberal, representada por Barros Arana, que a la erudita de Toribio Medina. Villalobos pone énfasis en la rigurosidad documental y el método, acercándose a la historiografía de fines del siglo XIX.

¹⁷⁵ Guerrero Yoacham, “Notas...”, op. cit., p. 21.

¹⁷⁶ Pereira Salas, “La vocación del historiador”, op. cit., p. 23.

¹⁷⁷ Sergio Villalobos, “Otoño y primavera en la historia”, *El Mercurio, Artes y Letras*, 22 de agosto de 1999. Publicado además en *Cuadernos de Historia*, n° 19, Universidad de Chile, 1999, p. 290.

En su *Historia del Pueblo Chileno*, Villalobos expone las bases de lo que denomina “una nueva historia”. “Nuestra época tiene la obligación de repensar la historia y de iluminarla con los criterios del presente, de manera que se amplíe la visión del acontecer y se capte la realidad pasada en toda su complejidad.”¹⁷⁸ Este libro presentado en cuatro volúmenes intenta presentar un cuadro general de la historia de Chile, alejándose de la historia política que había predominado en esta clase de obras sintéticas. Por ello, Villalobos elabora una propuesta metodológica cuya novedad recae en este punto específico. Dentro de las obras de carácter general, las más reconocidas de las cuales son las *Historias de Chile* de Barros Arana y Encina, ésta constituiría un intento de superar la mera presentación de los acontecimientos políticos y de los grandes personajes, y de incluir en ella los grandes procesos.

En un repaso que Villalobos hace aquí de la historiografía chilena llega a una conclusión: “la acumulación de información a través de la investigación ha sido extraordinaria, pero la interpretación, cuando se la ha ensayado, ha sido por lo general una tergiversación desaprensiva.”¹⁷⁹ Señala a continuación que el prestigio y el conocimiento se ha buscado en otras disciplinas, como la sociología o la economía, y no en la historia. Aduce a esto tres razones: 1) la persistencia del enfoque positivista; 2) a la preferencia por el dato político; y, 3) la tendencia idealista, que “ve en el acontecer la influencia de los más altos valores del espíritu.”¹⁸⁰ Estos tres elementos habrían relegado a la historiografía a un segundo plano en el conocimiento. Con estos problemas hace principalmente alusión a la historiografía clásica del siglo XIX y a la historiografía conservadora, pero no esboza palabra alguna acerca de la historiografía marxista.

Él ve la superación de estas tendencias hacia mediados del siglo XX, y le adjudica un importante papel a la influencia de las ciencias sociales que con sus métodos contribuyeron a ampliar el alcance de la historiografía. “Definitivamente, se ha ido abandonando el relato cronológico, en que toda clase de hechos se ordenaban sucesivamente sin percatarse de las grandes líneas del devenir, para plantear en cambio una historia de problemas, los que se busca explicar.”¹⁸¹ Villalobos ahora centrará esta

¹⁷⁸ Sergio Villalobos, “Introducción para una nueva Historia”, *Historia del Pueblo Chileno*, op. cit., p. 9.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 42.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 46.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 47.

Historia en el gran relato, la que busca explicar a través de una mirada amplia sobre el pasado. Plantea además una búsqueda holística del pasado, “en que todos los aspectos del pasado, tratados de acuerdo a su importancia relativa, se integren como visión de conjunto. En tal forma, no habrá ningún proceso histórico, sector social, institución social, grupo racial, ámbito cultural, región u otros elementos que puedan ser olvidados.”¹⁸² Por esto extraña que haya olvidado o excluido a la historiografía marxista de su exposición sobre la historiografía chilena.

Para llevar a cabo su tarea, Villalobos hará una historia de los grandes procesos, de largo plazo, la cuales considera “son las verdaderas portadoras del cambio histórico.”¹⁸³ Aquí vemos la presencia estructuralista de la escuela de los *Annales*. Villalobos, formado “en la tradición de la historiografía nacional, a poco andar (fue) contagiado por la ciencias sociales, el estructuralismo y la escuela de los *Annales* de Francia. Surgió de esa influencia (su) idea de la “<<historia de los grandes procesos>>”¹⁸⁴.

Rolando Mellafe, discípulo de Feliú Cruz y Pereira Salas, es uno de los exponentes más destacados de la historiografía académica. Sus áreas de estudio fluctuaban entre, estudios de demografía, historia social y económica, historia cuantitativa y, posteriormente, historia de las mentalidades. Su obra está influida fuertemente por la corriente historiográfica de los *Annales*. Siente un fuerte apego al rigor metodológico en la investigación, después de lo cual es capaz de aventurar sus interpretaciones¹⁸⁵. Su versatilidad le permitía buscar siempre “la originalidad en los temas y en la metodología”¹⁸⁶.

En un artículo de 1982, Mellafe habla sobre la historiografía, su interacción con otras disciplinas y sus proyecciones. En el artículo mencionado, intitulado “La historiografía de hoy. A propósito de las IV jornadas de Historia de Chile”, ante la multitud de especialidades en la historiografía, Mellafe se pregunta cómo es que se

¹⁸² Ibid., p. 48.

¹⁸³ Ibid., p. 49.

¹⁸⁴ Sergio Villalobos, “Vientos variables en la historia”, *Cuadernos de Historia*, n° 19, op. cit., p. 277. Escrito en primera persona en el original.

¹⁸⁵ Diana Veneros, “Rolando Mellafe Rojas. Premio Nacional de Historia 1986”, *Dimensión Histórica de Chile*, n° 4-5, UMCE, 1987-88, p. 211.

produjo esta multiplicación de temas e interpretaciones del pasado en tan corto tiempo. La historiografía se redefinió en base a su interacción con otras ciencias, tanto humanas como exactas, y se perfeccionó con nuevos métodos, técnicas e interpretaciones. El artículo deja entrever cierta cuota de historicismo al decir que “la Historia se hace indispensable a pesar de los historiadores.”¹⁸⁷ Son las demás disciplinas las que se dirigen hacia la Historia, lo que lo lleva a plantear una segunda interrogante: “¿Es la Historia sólo una ciencia o también una actitud, una condición de la existencia del hombre?”

La respuesta que nos entrega es afirmativa, “El hombre no solamente indaga históricamente su pasado, la sociedad, la cultura en que está viviendo, sino, además, es intrínseca y básicamente histórico y es por ello que ve y comprende todo históricamente.”¹⁸⁸ El historicismo que vemos en esta aproximación se dirige a sentar que la existencia y la cognición humana están determinadas históricamente. Un tipo de historia es la que posee todo ser humano al nacer, como condición básica de su existencia; la otra es una elaboración intelectual que se construye a partir de esa condición primaria, la que sería la historiografía. La historia, de esta forma, sería una precondition del actuar del hombre en el mundo, así como la Historia, en su forma disciplinaria, sería una condición básica del conocimiento de lo humano. “Y es verdad que la Historia tiene elementos y principios que, por decirlo así, explican y expresan todo. Por ello es también que la metódica, la forma de síntesis, el dominio del tiempo, hace que lo que no es exactamente ciencia histórica, al fin de cuentas resulte también histórico.”¹⁸⁹ Finalmente, todo redundando en la historia.

La interacción dada, de esta forma, por la necesidad ineludible de las demás disciplinas del conocimiento, habría posibilitado un intercambio fructífero entre ellas y la Historia. Aún las ciencias exactas han sentido la necesidad de relacionar sus teorías con el ser humano. “Se volvió a la búsqueda del sentido global, sintético, que todo ello tiene con el hombre y con su existencia misma.”¹⁹⁰ Y al ser la existencia del hombre

¹⁸⁶ Cristián Guerrero Yoacham, “Rolando Mellafe Rojas”, *Anales de la Universidad de Chile*, nº 2, 1995, p. 189.

¹⁸⁷ Rolando Mellafe, “La historiografía de hoy. A propósito de las IV jornadas de Historia de Chile”, *Revista Chilena de Humanidades*, nº 1, Universidad de Chile, Santiago, 1982, p. 62.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 63.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 65.

¹⁹⁰ *Idem.*

histórica, por una condición ineludible, las ciencias exactas, que vean esta necesidad, deben relacionarse con la Historia. Así la historiografía salió enormemente favorecida por esta tendencia, siendo “capaz de amparar y aprovechar lo que en otras ciencias suele ser considerado muy especial y especializado.”¹⁹¹ La historiografía para Mellafe debe ser capaz de integrar estos nuevos métodos pero no caer en la especialización excesiva, ya que “las humanidades –y la historiografía dentro de ellas– si se especializan demasiado corren el riesgo de desaparecer.”¹⁹²

Nestor Meza Villalobos, se refirió a la labor del historiador como una “satisfacción por saber.”¹⁹³ A diferencia de Mellafe, entendía que era necesaria la especialización en la historiografía, “que el historiador tiene que concentrarse en un área de la historia, porque si no, no se puede crear.”¹⁹⁴ Nestor Meza podría considerarse, casi sin objeciones, un historiador inscrito dentro de la tradición positivista entendiendo esta, en sentido lato, como la descripción detallada de los acontecimientos respaldada por la información documental. Sus características fundamentales podrían considerarse las de ser un historiador altamente especializado, concentrando el grueso de su obra a la Colonia, y su “dedicación extrema a la labor de investigación”¹⁹⁵.

Conflictos provoca al momento de clasificar su obra el historiador Mario Góngora. Por muchos considerado un historiador conservador, cosa que parece innegable, es también fecundo en la tradición académica. Podríamos, como se hace con muchos de los grandes pensadores, dividir su obra en dos etapas: una temprana y una tardía. Una primera etapa caracterizada por sus valiosas contribuciones a la historia económica y social, con *La evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue* (1956), en coautoría con el geógrafo francés Jean Borde, *Origen de los inquilinos en Chile Central* (1960), o *Encomenderos y estancieros. Estudio acerca de la constitución social aristocrática de Chile después de la conquista, 1580-1660* (1970). Y una segunda etapa configurada principalmente en torno a su comentado *Ensayo histórico sobre la*

¹⁹¹ Rolando Mellafe, “La Historia, el Humanismo y América”, *Revista Chilena de Humanidades*, n° 2, Universidad de Chile, Santiago, 1982, p. 49.

¹⁹² Rolando Mellafe, “La investigación en las humanidades”, *Cuadernos de la Universidad de Chile*, n° 3, Santiago, 1984, p. 73.

¹⁹³ Citado por Cristián Guerrero Lira, “Apuntes para el estudio crítico de la obra historiográfica del Profesor Nestor Meza Villalobos”, *Cuadernos de Historia*, n° 10, Universidad de Chile, Santiago, 1990, p. 45.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 44.

noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX, influidos por Oswald Spengler, el cual lo acercará a la tradición conservadora de comienzos de siglo. Sin embargo, esta división no es pertinente a los objetivos de nuestro ensayo. En cambio, queremos situarlo dentro de la corriente académica por el impacto que han producido sus obras dentro de la disciplina, por la calidad de su investigación y por el respeto como investigador que se le guarda dentro de los círculos académicos más diversos.

La noción historiográfica por este mismo motivo es diversa. Tenemos por una parte, la influencia del pensamiento filosófico alemán, tanto en la forma del romanticismo alemán, la escuela historicista representada por Meinecke, además de la ya señalada afición por Spengler. Por otra parte, tenemos la influencia academicista recibida por su formación universitaria, y en la que desplegaba su “moral científica”, como la ha llamado Juan de Dios Vial Larraín¹⁹⁶. Estas dos concepciones contrapuestas podemos distinguirlas quizá en su *concepción filosófica* de la historia y en su *concepción científica* de la historia. La primera de ellas tiene una preeminencia considerable sobre la segunda, lo que no desmerece su labor académica en ninguna forma.

Góngora como muchos de los intelectuales de su generación no esbozó una reflexión en torno a la disciplina histórica. Los escasos aportes realizados en este sentido por los historiadores resultan decisivos en cuanto a ciertas tendencias que se manifiestan en cuanto a la teoría de la historia. Con la consolidación de la historiografía académica en la década de 1950, la reflexión sobre la historiografía se hace cada vez menor. Se toman los supuestos entregados por el primer debate historiográfico, las mismas categorías, y se abandona la reflexión epistemológica en la disciplina histórica. Los conceptos de historia narrativa e historia explicativa se van a convertir en las categorías fundamentales para acercarse a la reflexión epistemológica, abandonando cualquier intento de entender el desarrollo de la historiografía chilena como manifestaciones diversas de la comprensión histórica, entendiendo cada movimiento historiográfico como una forma peculiar de situar una determinada comprensión histórica. Aún más, se escapa la posibilidad de analizar el positivismo de una forma

¹⁹⁵ Elizabeth Lagno, “Nestor Meza Villalobos. Premio Nacional de Historia”, *Dimensión Histórica de Chile*, op. cit., p. 176.

¹⁹⁶ *Ibid.*, “Otra conversación más con Mario Góngora”, *Revista Universitaria*, n° 22, PUC, Santiago, 1987.

adecuada, porque partiendo de la dicotomía con la que se inicia el debate por los métodos en los inicios de la historiografía chilena, se abandona la posibilidad de reflexionar críticamente las opciones esbozadas por la historiografía chilena a lo largo del siglo XX.

CAPÍTULO IV

LA PERSPECTIVA EPISTEMOLÓGICA EN LA NUEVA HISTORIOGRAFÍA SOCIAL CHILENA.

1. La nueva historiografía social

“Por largo tiempo he estado enterado de la distinguida tradición de la historiografía chilena, desde sus orígenes en el siglo diecinueve hasta su crecimiento y desarrollo en nuestros días. No tengo ninguna duda de que los jóvenes historiadores representados en *Nueva Historia* son valiosos herederos de esa tradición y, al mismo tiempo, contribuyentes a una nueva fase de la historiografía chilena. Ellos demuestran esto con su preocupación por temas –y la metodología apropiada– muy a menudo descuidados en el pasado, en la historia económica, historia araucana e historia de las ideas, por citar sólo algunos ejemplos.”¹⁹⁷ Con estas palabras introduce John Lynch el quinto número de la revista *Nueva Historia*, medio que aglutinó numerosas investigaciones relativas a la historia de Chile realizadas por historiadores chilenos en el exilio. Sus palabras reflejan en cierta forma, no sólo a los investigadores representados en la publicación, sino que anticipan el carácter general que iba a asumir una nueva corriente historiográfica surgida precisamente la década de 1980, conformada principalmente por historiadores de izquierda que trabajaban desde diversos ángulos la historia nacional.

El hito central para el surgimiento de esta nueva historiografía fue el golpe de estado de 1973. No iba a ser sino hasta esta crisis a nivel político –con las inmensas repercusiones sociales que la acompañaron– que la historiografía iba a ser profundamente replanteada. Los historiadores iban a sentir el impacto, primero, como sujetos y luego, como historiadores. Aquí se aprecia un primer elemento que distancia a esta generación de aquellas que la precedieron, en el sentido que antes que todo debían reflexionar sobre su propia situación como personas dentro de una coyuntura inexplicable como lo era la dictadura. Quizá con la única excepción de la historiografía

liberal de los primeros años, no hubo generación alguna de historiadores que tuviera más necesidad de encontrar respuestas en la historia¹⁹⁸. Así, el golpe de estado de 1973 produjo una profunda necesidad de reflexionar sobre el pasado nacional.

Esta generación se compone de un heterogéneo grupo de investigadores. Esta heterogeneidad está marcada no sólo por los intereses temáticos o por la formación teórica con la que contaban, sino porque la generación se fue conformando con el aporte de investigadores radicados en el extranjero y por la asociación de historiadores sociales en distintas ONG's en las cuales desarrollaban la investigación. Cada grupo partía de intereses particulares para el alcance de su obra. Así los investigadores reunidos en la Asociación de Historiadores Chilenos en el Reino Unido buscaban “refundar la Historia de Chile sobre bases epistemológicas y metodológicas más amplias y eficientes, con el fin de capacitarla mejor para producir proyectos históricos de *largo plazo*”¹⁹⁹. Otros, a su vez, buscaron explicar históricamente la dictadura y el golpe de estado de 1973. El grupo de ECO (Educación y Comunicación) trabajaba en educación popular uniendo la historia de Chile con la memoria social de los pobladores.

Aquí surge un alcance esencial a la hora de pensar la nueva historiografía social como una unidad. No existe, dentro de ésta corriente, la manifestación o la explicitación de lo que se desea alcanzar con la obra, es decir, la perspectiva teórica está en sumo grado velada. Esto plantea la dificultad de pensar esta corriente como una escuela historiográfica. A pesar de esta divergencia teórica, los historiadores de ésta generación, tendían, en su momento, a pensarse como una unidad, como grupo. Existe una “identidad” que los conforma, que más que quedar sentada sobre claros presupuestos teóricos, pareciera radicar en un “sentimiento” de pertenencia a dicho movimiento historiográfico. Sin embargo, existen algunos elementos que dan claramente sentido a ésta “identidad” de los historiadores de la historiografía social de los ochenta.

¹⁹⁷ John Lynch, “Prefacio”, *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, Asociación de Historiadores Chilenos (U.K.), Londres, 1982, p. 3.

¹⁹⁸ Entre otros, Eduardo Devés ve la coyuntura comenzada en 1973 como lo que desencadenó un proceso de reflexión. Dice, “Después del 73 se inauguró la perplejidad y el escepticismo. Desde la certeza ortodoxa caímos en el pozo de la incertidumbre y el miedo.” Cf., “La cultura obrera ilustrada y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, nº 30, Santiago, 1991, p. 127. También Nicolás Cruz manifiesta lo siguiente: “La necesidad vital de averiguar sobre nuestra situación actual, ha hecho derivar una cantidad importante de investigaciones hacia la historia contemporánea.”, *Boletín del Encuentro de Historiadores*, nº 3-4, 1986, p. 5.

¹⁹⁹ Gabriel Salazar, “Historiografía en Chile. Búsqueda, dispersión, identidad”, en Salazar, *La historia desde abajo y desde dentro*, Facultad de Artes, Universidad de Chile, 2003, p. 112.

Podemos resaltar dichos elementos en tres aspectos fundamentales. En primer lugar, los historiadores de ésta corriente comparten, como interés fundamental del conocimiento histórico, un interés político. El contexto de la dictadura acentúa algunos de los aspectos de esta tendencia, en el sentido de un replanteamiento del marxismo, uno de los focos predilectos de la crítica de la nueva historia social chilena. En segundo lugar, existe un fuerte replanteamiento epistemológico. Una vez realizada la crítica al marxismo, era necesario establecer una nueva opción de conocimiento, que a la vez la alejara de la historiografía tradicional, pero que pudiera suplir las limitaciones que tuvo el marxismo historiográfico clásico en Chile. En tercer lugar, un replanteamiento metodológico. La falencia más importante que se detectó en el marxismo y en la teoría de la dependencia, en boga en las décadas de 1960 y 1970, fue la escasa investigación y la excesiva interpretación. Por ello, ésta generación de historiadores iba a asumir como tarea fundamental el regreso a los archivos, y la presentación de datos. Bajo estos tres lineamientos es posible revisar la nueva historiografía social como un todo coherente, y comprender la identidad o sentido común que poseía.

En todos los investigadores que componen la generación existe una idea política que precede a su producción historiográfica. Éstos historiadores iban a buscar en el pasado las formas de entender la situación histórica de la dictadura y de repensar los errores de la intelectualidad de izquierda previa al golpe de estado. Muchos de ellos se habían formado en la tradición marxista clásica. Ésta tradición buscaba explicar la historia de Chile mediante el materialismo histórico, incorporando para ello nuevos objetos de estudio como lo serían la clase obrera y el imperialismo. La dictadura obligó a estos historiadores a repensar las bases que sustentaban dicho pensamiento.

La reflexión iba a plantearse en términos de una contundente crítica a la historiografía marxista tradicional, la cual comenzaba por un replanteamiento sobretodo hacia el excesivo teoricismo de los historiadores marxistas. Al respecto, María Angélica Illanes ha señalado que una de las primeras aproximaciones de esta nueva generación fue deshacerse de los moldes conceptuales y teóricos que había provisto el marxismo²⁰⁰. Asimismo, el profesor León ha destacado que justamente lo que caracteriza a la obra de los representantes de esta generación es “justamente el volver a los archivos, y hacer la

investigación, y presentar datos que fueran duros, desde el punto de vista de su materialidad, y postergar para un segundo momento la interpretación y para un tercer momento la explicitación del método.”²⁰¹ Gabriel Salazar ha señalado que los “nuevos ‘marxismos’ coinciden en no tener una <<gran teoría>> que este por sobre las búsquedas de todos.”²⁰² En síntesis, será precisamente esta desteorización, en ruptura con el marxismo tradicional, lo que marca en un primer momento el rasgo particular de la historiografía de la década de los ochenta.

Sin embargo, más allá de compartir el marxismo como trasfondo teórico, la opción política como movimiento historiográfico no parece situarse más allá de volver la democracia. Y podría decirse que políticamente se inscriben dentro de lo que Martín Hopenhayn llamó una sensibilidad humanista-crítica, que “intenta construir una relación de máxima coherencia entre una opción valórica y una opción epistemológica. La opción valórica es la construcción de un orden exhaustivamente democrático, entendiendo por <<exhaustivo>> que las relaciones susceptibles de ser democratizadas no son aquellas que median entre el Estado y la sociedad civil, sino al interior de todo tipo de instituciones (familias, municipios, escuelas, lugares de trabajo, instituciones sociales, servicios, etc.) y en todos los planos (político, social, cultural, tecnológico y económico). La opción epistemológica que eventualmente resulta más compatible con este sustrato de valores es menos clara, o al menos no aparece consensualmente definida.”²⁰³

En la generación historiográfica de 1980 es posible encontrar una postura epistemológica coherente y que comparten en gran medida todos quienes se enmarcan dentro de este movimiento. María Angélica Illanes ha dicho que el carácter de su epistemología radica precisamente en su opción “popular”²⁰⁴. Y es así en tanto que busca romper con los conceptos tradicionales de Historia y lleva el conocimiento en búsqueda de la identidad. En un segundo momento, y es aquí donde creo que a Illanes se le ha escapado la relación más fundamental de esta historiografía con el

²⁰⁰ Entrevista a María Angélica Illanes realizada por el autor, 15 de Junio de 2004. Ver apéndice.

²⁰¹ Entrevista a Leonardo León realizada por el autor, 21 de Junio de 2004. Ver apéndice.

²⁰² Gabriel Salazar, “Historiografía chilena, 1955-1985. Balance y perspectivas. (Actas de un seminario), en Salazar, *La historia desde abajo...*, op. cit., p. 52.

²⁰³ Martín Hopenhayn, “El humanismo crítico como campo de saberes sociales”, en José Joaquín Bruner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, op. cit., p. 207.

conocimiento, y por tanto donde radica la opción epistemológica que la distinguiría de todas las corrientes que la precedieron, y tiene que ver con su objeto.

Illanes establece claramente la relación que esta generación establece con su objeto. Aquí, “lo popular es un **objeto** que es al mismo tiempo sujeto, rompiendo la clásica dicotomía”²⁰⁵. Se va a pensar al sujeto popular como dotado de capacidad dinámica propia, capaz de actuar social y políticamente, pero también cognitivamente. Esta generación lleva gran parte de su impulso a “hacer hablar” a su sujeto, darle cabida al sujeto para descubrir su historia, reconstruir sus propias historias. “El historiógrafo ‘popular’, (...), ha preferido retirarse él, bajar del escenario y entregarle el lápiz, el falo o el ‘sujeto’ a los simples hombres y mujeres que hacen-estando la vida y la historia.”²⁰⁶

Este despertar reflexivo de los historiadores sociales chilenos condujo a situar la perspectiva en un replanteamiento epistemológico básico. Era provocar un cambio de mirada, trasladar la observación desde una mirada de sujeto y objeto a una relación *entre* sujetos. Desterrar la dicotomía sujeto/objeto de conocimiento, romper la distancia que existía entre las personas que constituían la fuente de la historia, quienes efectivamente se movían en el terreno de la historicidad, y ellos como sujetos cognoscentes, quienes extraían de esa materia prima las relaciones, quienes racionalizaban el curso del devenir. Se trataba, en suma, de abandonar el paradigma de la filosofía de la conciencia para crear un paradigma intersubjetivo en el cual el sujeto del conocimiento mismo pudiera a la vez ser sujeto cognoscente y receptor de su propio conocimiento. Por ello, tuvo mucho impulso la labor educativa y autoeducativa de los sujetos mediante ONG’s como ECO y agrupaciones como el Taller Nueva Historia²⁰⁷.

Esta opción epistemológica no vino de por sí, sino que fundamentalmente se asoció al interés de estos historiadores de mirar la historia de Chile desde un ángulo distinto. En sus reflexiones sobre la historiografía chilena, esta corriente quería superar

²⁰⁴ María Angélica Illanes, “La historiografía ‘popular’: una epistemología de ‘mujer’. Chile década de 1980”, *Solar*, 1994.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 24.

²⁰⁶ *Idem.*

²⁰⁷ “Nuestro grupo –Taller Nueva Historia– está constituido por historiadores jóvenes que desde fines del año 1979 hemos venido trabajando tanto en la investigación como en dinámica de educación popular en relación con temas históricos. Ambas áreas de trabajo y orientaciones más específicas de cada una, se inscriben en una perspectiva que busca articular las demandas actuales por conocimiento e investigación

las estrechas visiones de la historiografía conservadora, de la tradición liberal y del marxismo clásico. Esta nueva historiografía plantea que existen temáticas, sectores, áreas, actores que aún no han encontrado representación en la historiografía chilena. Era preciso, de esta forma, volver a revisar los archivos, dirigirse a la búsqueda de esos grupos marginales en la historia, encontrar ahí fundamentos que pudieran dar respuestas a la crisis por la que atravesaba el país y, a la vez, dar cabida a esos sectores que habían sido excluidos de la historia. Estos nuevos protagonistas iban a ser las mujeres, los marginales, los indígenas, los pobladores, las clases medias, los campesinos, entre otros.

En este momento se produce la tercera opción fundamental de la nueva historiografía social, después de los aspectos políticos y epistemológicos, y es su perspectiva metodológica. La opción epistemológica requería adecuar los métodos para su realización. Así, si se quería descubrir la historia de estos sujetos populares se debían encontrar nuevas fuentes, releer las que existían y dirigir la mirada a encontrar los rastros que permitieran reconstruir su historia. “Entonces –nos dice el Leonardo León–, en el reencuentro con los hombres reales, o nosotros fuimos gestando nuevos datos que permiten una interpretación distinta de los acontecimientos.”²⁰⁸ Aquí se presentó una opción definitiva dedicada a investigar, presentar datos, explorar documentos antes que lanzarse a las grandes interpretaciones, estaban reconstruyendo las bases documentales necesarias para plantear su propuesta. Esta generación, según Eduardo Devés, “le teme más al teoricismo que al empirismo datista y por eso esta generación ha pasado más horas en archivos opacos que en brillantes especulaciones”²⁰⁹.

Pero, fundamentalmente, lo que esta generación se exigía a si misma era la rigurosidad que había faltado a los historiadores marxistas. Querían presentar datos, mostrar los hechos. Querían entregar una base empírica más que lanzarse a las interpretaciones, o al menos sentar esas interpretaciones en los datos entregados por la investigación. Muchos temen que aquí exista una posible recaída en el positivismo. Podemos discutir esta afirmación en tanto que el entregarse a los documentos no supone una recaída en el cientificismo, como tampoco lo es la narración cronológica y detallada

en los sectores populares, con un quehacer más propiamente académico-profesional”. *Nueva Historia*, n° 8, Sección Cartas, p. 285.

²⁰⁸ Entrevista a Leonardo León realizada por el autor, 21 de Junio de 2004. Ver apéndice.

de los acontecimientos. Una vez más cabe reiterar que esto corresponde a cuestiones de forma, el método que se asuma frente a las necesidades de la investigación están legitimados por una concepción epistemológica de la disciplina. Lo que entonces tendría que ser sometido a crítica como positivismo no es el rigor en la investigación o la forma que asume el relato, sino sólo la base epistemológica que sustenta tal investigación o tal relato. De esta forma, la fidelidad con el fundamento epistemológico que rige la investigación será el único garante que permita liberarse de los problemas cientificistas. El peligro puede ser olvidar los fundamentos, dejar de reflexionar sobre ellos, abandonar la autocrítica, perder el rumbo y finalmente terminar una vez más pensando más en los métodos que en las raíces y los intereses que dirigen la investigación.

Esta generación comenzó a dispersarse con el retorno a la democracia. Quizá la fecha puede extenderse hasta 1995, pero con todo es una generación que se congregó como opositora a la dictadura y fue ahí donde recayó su vinculación más poderosa. Los historiadores de esta generación a pesar de haber tenido una innovación en términos gnoseológicos, ésta no siempre fue reconocida explícitamente por ellos, por lo que a pesar de constituir un elemento que los caracteriza, no es un elemento que hubiese podido entregar cierta cohesión. Por ello, tal como señala Salazar existe un repliegue de este grupo hacia la década de los noventa. Salazar explica esta dispersión por la marginación que sufrió la historiografía social, en el ámbito de la reflexión política en el regreso a la democracia, frente a la sociología. Podemos, sin embargo, agregar que este grupo al perder su elemento más explícito de aglutinación, la dictadura, no pudo suplirlo por otro que tuviera la misma fuerza convocante. La composición heterogénea y la escasa claridad epistemológica terminó por dispersar este movimiento, y actualmente no existe esa ‘identidad’ que alguna vez se tuvo²¹⁰.

Si bien el grupo de dispersó, y aunque algunos incluso dejaron la historia social para internarse en otros temas, la producción ha sido constante por gran parte de los investigadores que pertenecieron a este movimiento. En gran medida tampoco se abandonó la idea original, de situar al ‘bajo pueblo’ como sujeto dotado de historia y de voz. Finalmente hacia mediados de la década de 1990 la reflexión epistemológica y

²⁰⁹ Eduardo Devés, “La historiografía entre la ciencia y la concientización (proyecto para una generación de historiadores)”, en *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre, Escuela Santa María, Iquique, 1907*, Ediciones Documentas, Santiago, 1988, p. 16.

²¹⁰ Entrevista a Julio Pinto realizada por el autor, 10 de Junio de 2004. Ver apéndice.

teórica se había abandonado casi irremediablemente. El díptico del coloquio *El Invierno de la Teoría*, realizado en 1995, incitaba nuevamente a reflexionar sobre los fundamentos de la labor historiográfica, “Pareciera ser que nuestra práctica ha regresado a la comodidad de recopilar y narrar, olvidándonos de algunas preguntas anteriores. Bien puede ser que la incapacidad de dar respuestas, nos ha obligado a olvidar las preguntas.”²¹¹ Sin embargo, ante la interpelación los distintos historiadores y pensadores convocados no lograron construir una discusión articulada²¹². La nueva historia social, hoy no existe como movimiento dinámico de reflexión historiográfica, a pesar de mantener una alta producción académica.

Si bien es cierto que la opción epistemológica, política o teórica, nunca quedó del todo explicitada por esta generación, ésta encuentra un importante proyecto de continuidad y profundización en la obra de Gabriel Salazar. Él ha dedicado numerosos artículos a desarrollar su propia propuesta historiográfica, muy cercana a la matriz hermenéutica que hemos expuesto antes, representada fundamentalmente en el concepto de ‘ciencia popular’.

²¹¹ Díptico “¿Invierno de la teoría? (Primer coloquio de Teoría de la Historia)”, Santiago, Julio, 1995. Agradezco este documento al profesor Sergio Grez.

²¹² Sergio Grez Toso, “¿Invierno de la teoría? Notas sobre un coloquio de teoría de la historia”, *Boletín de Historiadores*, n° 2, USACH, 1996, pp. 3-6.

2. Radicalización de la nueva historiografía social.

Gabriel Salazar puede ser considerado el motor teórico de la nueva historia social chilena. Si bien generacionalmente no es contemporáneo de los historiadores jóvenes que componen el núcleo dinámico de la corriente historiográfica de 1980, su línea de interpretación se corresponde con la de ellos. Se ha convertido en la voz y en la figura sobresaliente de esta nueva historiografía. Esto no es gratuito, ya que es quien más profundidad ha dado a la aproximación tanto política como epistemológica contenida en la nueva historia social. Creo que es necesario analizar su interpretación de forma separada del resto de esta corriente debido fundamentalmente a que no creemos que en todos sus planteamientos represente el sentir de estos historiadores. Sin embargo, es necesario reiterar que los historiadores jóvenes y Gabriel Salazar caminan en una misma dirección, hacia el esclarecimiento del pasado nacional, en una mirada que sitúa al “bajo pueblo” como actor fundamental de la evolución histórica de Chile y los esfuerzos por situar el conocimiento histórico en un nivel práctico tanto como académico.

Ahora bien, lo que es necesario rescatar de la postura de Salazar es que su visión de la historia de Chile comienza fundamentalmente en un cuestionamiento epistemológico. Luis Moulian acierta al señalar que la historiografía de Gabriel Salazar produce una ruptura dentro de la disciplina, pero se equivoca al señalarla como la segunda gran ruptura después de Hernán Ramírez Necochea. La ruptura que ve Moulian en la obra de Ramírez Necochea –y de paso en toda la historiografía marxista– es simplemente de carácter metodológico. Esta pretensión de ampliar las bases sobre las que se investiga el pasado, mediante la inclusión de nuevos métodos, interpretaciones y sujetos, es en grado sumo valiosa. Pero no debe confundirse este tipo de ampliaciones instrumentales como una ruptura dentro de la disciplina histórica chilena. La única ruptura fundamental que se puede establecer es la de carácter epistemológico, es decir, la supresión del fundamento positivista de comprensión de la historia y de la misma historiografía. Así establecido, la obra de Salazar sí correspondería a una ruptura historiográfica de marca mayor al enfocar gran parte del problema sobre la perspectiva que ha asumido el conocimiento historiográfico en Chile superando, de esta forma, el positivismo y situándose en el nivel de la hermenéutica, lo que llevaría la reflexión del

conocimiento lejos de los supuestos positivistas sobre los que se había fundado la crítica historiográfica hasta aquí.

La propuesta de Salazar no constituye sólo una mirada epistemológica sino que engloba otras perspectivas fundamentales. Dentro de una disciplina que aspira a tener algún grado de rigurosidad y un estatus científico es imperativo incluir una revisión de los métodos, esto es, replantear los objetivos, delimitar un objeto de estudio, incluir técnicas de investigación, en suma, el proceso que ha llevado a cabo la historiografía chilena desde fundación hasta aquí. La nueva historia social y Salazar no desconocen este hecho, por lo que la reflexión sobre los métodos es importante, pero no esencial. El aspecto que aparece como central, y bajo el que se supeditan las reflexiones epistemológicas y metodológicas, es el aspecto político del conocimiento. Podemos ver aquí un eje central de toda su revisión de la historiografía chilena. De esta forma, la reflexión de Salazar es necesario revisarla en estos tres aspectos, el metodológico, el epistemológico y el político. Sobre el aspecto metodológico no vamos a profundizar dado que corresponde en gran medida con lo expuesto en este sentido para la nueva historiografía social.

En el aspecto político, Salazar sitúa como interés fundamental la necesidad de llevar el conocimiento hacia el pueblo como una herramienta que posibilite la acción política efectiva²¹³. Salazar ubica este aspecto como central de su proyecto historiográfico²¹⁴. Para llevar a cabo esta tarea recurre al concepto de “ciencia popular”. Lo que busca con este concepto es llevar el conocimiento hacia las esferas en que ese mismo conocimiento es producido, esto es, en la experiencia. En las situaciones en que se produce la interacción de los seres humanos con su entorno familiar, laboral y comunitario, es decir, en las esferas en que transcurre la vida, se forma el suelo sobre el

²¹³ Aquí difiere de historiadores sociales como María Angélica Illanes que señala que la historiografía no tiene una instrumentalidad política sino que es un aparato cultural que como otros, sea la filosofía, la literatura o el arte, pueden generar conciencia crítica, pero que no poseen una orientación directa hacia la acción política. “No, mi posición es clarísima, la historia es un aparato cultural que es un mediador para la acción, para la creación de política, pero no es un instrumento político.” Entrevista a María Angélica Illanes realizada por el autor, 15 de Junio de 2004.

²¹⁴ “El proyecto historiográfico que yo sigo es un proyecto que va hacia delante, va camino del presente y del presente hacia el futuro. La mirada no es retrospectiva; lo que yo trato de hacer no es la historia mirada hacia atrás para reconstruir el pasado, sino para ir encontrando en ese inmenso espacio un proyecto que avanza. Por eso, todo remata en la formulación del proyecto en el día de hoy, todo apunta a reforzar la cosa actual; en el fondo el proyecto historiográfico mío es un proyecto político, de todas maneras.” Luis Moulian, *Gabriel Salazar: 6 asedios a la historia: la historia desde abajo*, Santiago, Instituto Factum, 1999, p. 56.

que se desarrollan los procesos históricos. La ciencia popular intenta que esas experiencias vividas puedan ser pensadas y sistematizadas por quienes están insertos en esas experiencias²¹⁵.

La ciencia popular –que consiste en la perspectiva política que asume el proyecto histórico de Salazar– surge a raíz de la encerrona que los grupos dominantes han impuesto sobre la memoria social de las masas populares y de la escasa, por no decir nula, participación en el Estado y en las tomas de decisión política. La sociedad civil popular ha sido aprisionada en su propio mundo marginal, alejado tanto del espectro de las ciencias sociales, de la historia, como de las esferas en las que se determina su futuro. Ha sido un proceso histórico de marginalización del pueblo, mediante el cual se ha cercenando su carácter identitario y su historicidad²¹⁶. De forma que, “Si las masas populares necesitan escapar de su encierro para iniciar una gran marcha histórica de destrucción-construcción sobre el sistema social, deberán cultivar su conciencia histórica, investigar su propia realidad, mirar en torno y disponerse a construir por si mismas la realidad que necesitan. Como no podrán hacer esto auxiliándose con la historiografía conservadora (de fe nomotética), ni del marxismo vulgar (nomotético por degradación), entonces deberán construir su propio paradigma cognitivo y echar andar una específica *ciencia popular*.”²¹⁷

En lo que consiste, en definitiva, esta ciencia popular es superar la antigua relación que se establecía entre el Estado y la sociedad civil, en tanto que los distintos sectores que componen ésta intentaban entrar de una u otra forma en él. La relación así establecida suponía que toda acción política desembocaba en el Estado. Éste era el fin último de toda acción política, y constituía el órgano sobre el que se sustentaba el poder. El poder no existía si no era en la lucha política con miras al Estado. La ciencia popular

²¹⁵ “La experiencia de ejercer poder es también una experiencia social, también uno podría estudiarla como experiencia acumulada. La diferencia está en que esta experiencia de ejercer poder ha sido acompañada de instrumentos adicionales, entre los cuales están las ciencias sociales, ayudada además por una memoria pública. Mi interés –insisto– es valorar la experiencia popular, potenciarla para que pueda sistematizarse, ordenarse lo mejor que se pueda, transformarse en una sabiduría que se emplee mejor en la acción para que la acción mejore sus niveles de eficiencia.”, *Ibid.*, p. 94.

²¹⁶ “La reproducción permanente de la ‘ciencia oficial’ en el espacio público controlado por la gobernabilidad ha dejado a los pobres y a los ciudadanos corrientes sin un adecuado tratamiento científico de su memoria, sus experiencias, sus relaciones y sus reacciones colectivas.” G. Salazar, “La Historia como ciencia popular: despertando a los <<Weupifés>>”, en *La historia desde abajo...*, op. cit., p. 163.

²¹⁷ G. Salazar, “Chile, Historia y <<Bajo Pueblo>>: de la irracionalidad y la violencia”, en *La historia desde abajo...*, op. cit., p. 155-156.

toma un camino diferente, y aquí nos conduce hacia el camino epistemológico, en tanto que plantea que el poder debe adquirirse en la autonomización de esa relación, en la forma de una construcción común de poder social que se dirija a fortalecer esas mismas relaciones de comunidad. La primera acción política es, de esta forma, la que se dirige a los proyectos que se crean en las comunidades, territorial y socialmente delimitadas, de forma que se pueda “humanizar” el carácter de las relaciones intersubjetivas que se establecen. Es un esfuerzo encaminado al fortalecimiento de la memoria histórica, de la identidad histórica y un proceso, en definitiva, de empoderamiento cognitivo que permita reconocer en los otros los afanes y deseos propios.

De esta forma, la ciencia popular se construye no académicamente sino en los procesos reales de la vida. “Es, más bien, una auto-investigación de la memoria propia y de la capacidad propia de acción histórica, pero para efectos autoeducativos, para sistematizar la memoria colectiva, para desarrollar el protagonismo (...), el ‘poder popular’ y, en definitiva, el proyecto social de liberación”²¹⁸. Entendido en estos términos, la ciencia popular no busca ser un saber universal, sino que busca construir un saber particular que genere los procesos de reflexión y acción a pequeña escala. La ciencia popular, de esta forma, debe entenderse no sólo como la reconstrucción científica del pasado, sino que su construcción misma es un proceso histórico que los actores integran a la vez como experiencia. En otras palabras, no sólo obtiene conocimiento para que pueda ser utilizado, ya que genera además procesos de socialización –que pertenecen al ámbito de la acción– que luego pasan a formar parte de esa materia prima sobre la que el conocimiento actúa. Aquí se llega a la doble perspectiva que asume el proyecto histórico de Salazar, de un lado se percibe el conocimiento como una herramienta encaminada a ayudar al fortalecimiento de la identidad y de la voluntad de actuar y, por otro, se percibe que este conocimiento no se mantiene al nivel del conocimiento, sino que pasa al nivel de la acción, no en el sentido de una racionalidad técnica sino que, más bien, orientada hacia el entendimiento mutuo.

El aspecto político del proyecto de Salazar se configura, de esta forma, como una búsqueda del fortalecimiento de la conciencia del pueblo como ciudadanos, en un afán democrático. Esto quiere decir que si la acción se orienta en la reflexión de cada

²¹⁸ Salazar, “La historia como ciencia popular...”, op. cit., p. 185. También puede verse en la Introducción a G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, LOM, Santiago, 2000.

grupo o sector en el camino de tomar conciencia de sus propias necesidades, esto conduce a la posibilidad de que el pueblo se libere de las ataduras que imponen el Estado y los partidos políticos, y sea capaz de presentar su propia perspectiva crítica. El concepto de ciencia popular que introduce Salazar, no es un sistema de métodos y técnicas de investigación, sino que se constituye, más bien, como un proceso de carácter histórico. Esto le otorga un estatuto diferente a esta ciencia que intenta transformar la “hermenéutica natural del mundo de la vida” en una hermenéutica reflexiva del mundo de la vida.

Siguiendo en la distinción que hemos establecido, revisaremos la perspectiva epistemológica presente en la obra de Salazar y que se constituye de gran importancia. Sofía Correa en un artículo en el que examina la obra de Salazar²¹⁹, reduce su proyecto al concepto de ciencia popular el cual, como hemos señalado, es importante pero, sin embargo, no exclusivo. Una de las novedades principales del análisis que realiza Salazar, junto con la Nueva Historia chilena, es la aproximación epistemológica. La perspectiva de la ciencia popular se inscribe en la obra de Salazar como parte fundamental de un proyecto político, que si lo entendemos a grandes rasgos no es sino un replanteamiento de lo que presentara la historiografía marxista clásica y del postulado de Marx en general. Por ello, el elemento de trasladar el conocimiento al ámbito de la experiencia no es novedad, sí lo es el cómo, una vez establecida la crítica de la nueva historiografía chilena, pero más fundamental aún lo es la aproximación epistemológica que pasamos a revisar a continuación.

El intento de ruptura provocada en la década de 1930 buscaba liberarse del relato narrativo que predominaba en la historiografía chilena. La ruptura, por ello, se enfocó fundamentalmente a enfatizar la necesidad de incluir los esquemas interpretativos, que permitieran dar explicaciones a la historia y no sólo entregar el relato cronológico de los sucesos. Para ello buscaron fundamentos que les permitieran realizar este viraje, hemos visto que todos los intentos llevaron a la disciplina a un acercamiento con las ciencias sociales, incluyendo nuevos métodos y nuevas teorías. Pero no es sino hasta la entrada en escena de la Nueva Historia que la historiografía chilena sufre un profundo replanteamiento epistemológico. Lamentablemente esto ocurre sólo dentro de esta

²¹⁹ Sofía Correa Sutil, “Historiografía chilena de fin de siglo”, *Revista Chilena de Humanidades*, n° 21, Universidad de Chile, Santiago, 2001.

corriente y no es una situación generalizada dentro de la historiografía académica del periodo post 1980. El problema epistemológico tiene que ver con el cómo se construye el conocimiento. Dentro de la categoría fundamental de ciencia popular, Salazar le otorga un estatuto especial a la forma en que debe construirse ese conocimiento. Este aspecto es lo que llamamos el sentido epistemológico del proyecto de Salazar y que constituye el aporte más poderoso de la Nueva Historia chilena a la historiografía.

El giro epistemológico de Salazar se plantea en dos sentidos fundamentales, por un lado, plantea la necesidad ineludible del conocimiento de convertirse en acción, de otro lado, y relacionado con lo anterior, está la perspectiva de situar el conocimiento en un aspecto colectivo, buscando constituirlo en procesos de comunicación. Salazar, en el primer sentido, retoma una antigua aspiración del conocimiento como una herramienta, esto es, la concepción moderna en la que el conocimiento se sitúa como un medio, mediante el cual nos es posible dominar la naturaleza, esto es, un saber técnico. Marx tomó este elemento y lo situó en una perspectiva similar, en la conocida onceava tesis de Feuerbach, donde planteaba la necesidad transformar el mundo y no sólo interpretarlo. La novedad la constituye el segundo sentido, el de situar el conocimiento en una perspectiva de dinámica social y de desenvolvimiento histórico. El conocimiento se construye colectivamente²²⁰. Aquí vemos el giro fundamental, en el que se escapa del positivismo y se dirige hacia la hermenéutica²²¹.

La hermenéutica proporciona una salida al positivismo al situar el conocimiento fuera del cientificismo y otorgarle al mundo histórico, esto es, los legados de la tradición o los prejuicios socialmente vinculantes, un valor predominante. La Nueva Historia se dirige en este camino, saliendo reflexivamente de la trampa cientificista, y dirigiéndose hacia una visión hermenéutica del conocimiento. Así Salazar establece que “el conocimiento histórico no puede ser otra cosa que la vida social reconociéndose y comprendiéndose a sí misma. Una ‘convivencia’ dialogando consigo misma. Esto le permite al historiador desplegar una activa movilidad gnoseológica entre él y los sujetos

²²⁰ “La ciencia popular es un conjunto de experiencias y de sabiduría que va vinculada a la experiencia, por lo tanto es un proceso crecedor, colectivo y social. No puede ser el producto trasnochado de un intelectual aislado; no puede ser eso.” Luis Moulian, *Gabriel Salazar...*, op. cit., p. 164.

²²¹ “Incorporated in this shift [from individualism] is a recognition of the extent to which knowledge, as a human institution, is not merely rooted in, but is constituted by social *practices*.” Frederick Will, “Reason, social practice, and scientific realism”, en Robert Hollinger (ed.), *Hermeneutics and praxis*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1985, p. 125.

que estudia; es decir: una acción cognitiva que al mismo tiempo es una interacción social.”²²²

De esta forma el conocimiento logra una dinámica que a la vez la convierte en parte del mismo proceso histórico. El conocimiento de la historia no sólo la comprende en retrospectiva, sino que la alimenta proyectivamente. Se dirige a entender al pasado pero, al mismo tiempo, se integra en el curso histórico ya que se construye socialmente, vuelve a entrar en el entramado histórico bajo el cual se ha configurado. La legitimidad del conocimiento queda fundada en este aspecto, en tanto que no se usurpa el saber colectivo para extraerlo y llevarlo a la esfera académica donde es discutida por un círculo cerrado de personas, sino que es un saber que retorna a alimentar ese saber inicial, fortaleciéndolo, nutriendo el proceso histórico²²³.

Aquí el problema adquiere profundidad creciente. El conocimiento histórico ya no sólo contempla la dual relación entre el historiador y el pasado, sino que integra nuevos actores en el proceso. Además de la mirada exclusiva hacia el pasado, la atención se dirige hacia el presente y hacia el futuro, ampliando el horizonte de la mirada histórica. Por otra parte, además del historiador, se integra el conjunto de las sociedad –hacia la cual desemboca el conocimiento histórico– que reflexiona sobre el cúmulo de experiencias racionalizadas.

Aquí se produce un salto cualitativo importante. La hermenéutica sitúa la interacción humana –en todas sus dimensiones– sobre un fundamento social preexistente. Esta base constituye un lugar común traspasado y alimentado históricamente, legado al presente como un piso sobre el cual sustentarse. Constituye un sustrato irreflexivo que sitúa a la persona en su momento presente como heredera de una serie de tradiciones culturales y sociales sobre las cuales configura su interpretación del mundo. Esta tradición es aceptada acríticamente por los contemporáneos. La propuesta

²²² Gabriel Salazar, “Historia popular, Chile, siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica”, en *La historia desde abajo...*, op. cit., , p. 11.

²²³ “Debería asumirse, por tanto, que esta síntesis –hecha en la ficción de que el historiador es <<otro poblador>> es una síntesis <<de trabajo>>, y no una <<verdad histórica>> absoluta, categórica, última y definitiva. (...)Debería asumirse como lo que es; es decir: como un <<insumo>> para ser utilizado en el avance de un proceso mucho más complejo que está, aún, en una fase inicial de desarrollo, como una <<acción científica>> de nuevo tipo, que se valida como tal en la medida en que vuelve y retorna, como otra materia prima, al proceso histórico que la inspiró”. Gabriel Salazar, *La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua*, Ediciones SUR, Santiago, 2000, p. 15.

de Salazar constituye un intento de superar ese sustrato que constituye la precomprensión del mundo. Mediante la ciencia popular lo que se busca es que se cuestionen las condiciones históricas que configuraron las situaciones actuales, de forma que se puedan encauzar procesos, colectivamente pensados, que generen las situaciones futuras deseadas.

Visto así, dentro del proyecto de Salazar, el historiador adquiere un nuevo estatuto. Se transforma en parte del proceso histórico de formación de poder popular. “Pues se trata de opciones y decisiones del ‘sujeto’ historiador en tanto ‘sujeto’ viviente y sujeto social. Pues tiene que ver, sobre todo, con el modo cómo *orienta* valórica y socialmente su sensibilidad cognitiva y representativa, y con el modo cómo sintoniza su arsenal de métodos y técnicas de investigación con su sentido humano de sociabilidad.”²²⁴ El historiador toma sus conocimientos y sus herramientas en la búsqueda de este trasfondo social, que subyace todo conocimiento. Asume, fundamentalmente, la labor de participante en el diálogo social.

La tarea del historiador se va a dirigir ahora a buscar en el pasado e intentar transmitirlo al presente. Ya no habrá ese circuito cerrado del conocimiento disciplinar, que estanca las posibilidades de comunicación, sino que la historiografía deberá abrirse camino, tratando de alcanzar las esferas en que se desarrolla la vida. La participación en la construcción del conocimiento, ésta dimensión social de la producción del saber, se relaciona una vez más con el aspecto político del programa historiográfico de Salazar. Su búsqueda se relaciona con encontrar las bases de fortalecer los procesos de construcción de poder vecinal, local, regional y nacional. La construcción de un saber popular constituye en sí mismo experiencia. Pero el círculo no se rompe únicamente planteando que la historiografía debe también servir para la acción, sino que plantear que es la acción la que debe preceder como un interés toda reflexión historiográfica. Esto es plantearlo en términos de praxis o intereses prácticos que necesitan de la historia para que los dote de sentido y permita darle respuestas seguras a las necesidades vitales que de aquí surgen.

²²⁴ Gabriel Salazar, “Historia popular, Chile, siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica”, op. cit., p. 12.

CONCLUSIÓN

En los inicios de la historiografía chilena se manifiesta una marcada tendencia a resolver la cuestión de cómo debía realizarse la investigación. La solución se manifestaba como un imperativo debido al escaso desarrollo que tenía la investigación histórica en el país y la precaria situación de los archivos. Éstos en su mayoría aún permanecían inexplorados por los investigadores. La salida encontrada a éste problema fue que los historiadores dedicaran sus esfuerzos a trabajar ese material desconocido y traspasarlo a obras que expusieran hechos en una narración cronológica. Semejante solución tenía como sucesión lógica, una vez trabajados los archivos y consolidados los hechos, la síntesis de los hechos en un relato explicativo. Esto es, la información extraída y ordenada por una primera generación de historiadores debía, por la labor de una segunda generación, ser interpretada, estableciendo la conexión entre los hechos así obtenidos.

Una primera generación de eruditos trabajó intensamente los archivos, clasificando todo tipo de documentos relativos a la historia de Chile, llevando la bibliografía a niveles casi perfectos. Los historiadores, gracias a esta labor, estaban en condiciones de dedicarse por completo a la interpretación del pasado. Así, en la década de 1930, surge la arremetida de varios historiadores hacia la historia narrativa, indicando que el camino que se debía seguir era la interpretación del pasado y no su simple relato. Este primer intento de liberación logró su cometido y los historiadores comenzaron a interpretar el pasado. Sin embargo, no se pudo establecer la escisión con el positivismo como lo habrían querido algunos. Los historiadores que se abocaron a la interpretación, reconocían en la ruptura del método narrativo (o, más bien, la continuación del programa establecido por Bello) el distanciamiento de la disciplina de las falacias del positivismo.

En este punto se produce el problema más notable. La historiografía nacional, después del primer debate por el método establecido entre Bello y Lastarria, no se ha dedicado a reflexionar seriamente sobre la historiografía. Esto tiene que ver, de un lado,

porque desde su mismo origen la historiografía fue separada de la filosofía, visualizada como un terreno antagónico de pensamiento. Por otra parte, se debe a que la historiografía nunca se enfrentó a una real necesidad de repensarse. Los fundamentos que le entregó Bello a la historiografía, permanecieron in-cuestionados en su real alcance. No iba a ser hasta que en 1980, cuando un grupo de historiadores jóvenes, profundamente marcados por la experiencia de la dictadura lleven la necesidad de reflexión vital al terreno de su quehacer profesional. En este punto es cuando la ciencia histórica es repensada críticamente, ya no sólo por sus métodos sino que en sus propios fundamentos. Es precisamente por ello que la historiografía, en este momento, tiene una real posibilidad de escapar al positivismo.

Hemos recurrido a la filosofía para establecer un marco que entregue un molde epistemológico que permita integrar la historiografía en un proyecto científico alternativo al positivo, a la vez que permita llevar la reflexión epistemológica iniciada en la década de 1980 por el camino de la superación definitiva del positivismo. Esto se ha hecho necesario en vistas de que hasta ahora los historiadores no han alcanzado un nivel de reflexión sobre el positivismo que les permita enfrentarlo de forma clara. La reflexión epistemológica que se dio con fuerza como un imperativo en la década de 1980 ha perdido fuerza y se observa un franco retroceso en este sentido. Cuando se observa la producción historiográfica chilena en torno al problema teórico y epistemológico, e incluso en el nivel de la historia de la historiografía, se distingue claramente la situación de precariedad en la que se encuentran estas áreas de estudio.

La revisión de la historiografía chilena en la visión que hemos propuesto, nos lleva a percibir una serie de problemas de los historiadores a la hora de preguntarse por su disciplina. Se manifestó a lo largo del siglo XX una carencia de reflexión crítica hacia la historiografía. Si bien los historiadores de las primeras décadas del siglo XX (Feliú Cruz, Jobet, Encina) cuestionaron las bases de la historiografía chilena, ésta se dirigió en gran parte a la historiografía liberal-positivista. La historiografía posterior, que compone el grueso de la investigación histórica, no ha sido seriamente revisada, y mucho menos pensada. Con la única excepción de la historiografía conservadora, no hay ninguna corriente historiográfica que haya sido revisada en profundidad. Existe escasez de historias de la historiografía, y casi la total ausencia de escritos sobre teoría de la historia. Aparte de algunos artículos sobre historiografía específica, y artículos de

homenaje a la labor de ciertos historiadores, casi no existen trabajos de revisión de la historiografía chilena, especialmente de los últimos 50 años²²⁵.

El método mediante el cual se ha llevado a cabo la revisión de la historiografía chilena, observable especialmente en los textos biobibliográficos, también manifiesta una situación preocupante. Ésta se ha dirigido, y aquí la crítica adquiere características paradójicas, fundamentalmente a la descripción y han carecido de una interpretación crítica. Se expone por lo general los contenidos de las obras de los historiadores, algunas tesis fundamentales que plantea el autor, pero en ningún momento aparece la reflexión. Es decir, si existen pocos textos a los cuales dirigir la mirada a la hora de abordar la obra de algún historiador, las que hay sólo entregan descripciones detalladas de su producción sin ningún tipo de cuestionamiento subyacente.

Aún queda por establecer y profundizar aspectos que han sido dejados a un lado en esta revisión, pero que sin duda son objeto de discusión interesantes. Primero, establecer hasta qué punto se manifiesta la coherencia entre el pensamiento del autor sobre su labor con la obra misma, esto es, la relación entre lo pensado y lo escrito. Sobre esto mismo, determinar hasta qué punto esa coherencia es necesaria y de qué forma es posible establecer si un escrito es de corte positivista o no, basándose en la forma. En segundo lugar, queda por investigar la labor de historiadores contemporáneos a los historiadores sociales de la generación de 1980 (fundamentalmente Cristián Gazmuri, Sol Serrano, Sofía Correa, entre otros), para establecer las propuestas y orientaciones allí contenidas. Por último, queda por estudiar las generaciones más jóvenes de historiadores para ver cuáles son los temas y los intereses que guían la investigación historiográfica actual.

La historiografía chilena posee muchas virtudes, pertenece a una larga tradición y posee una nutrida producción, sin embargo tiene la gran carencia de no saber

²²⁵ Existen artículos que revisan la historiografía nacional: Sergio Villalobos, "La historiografía económica en Chile. Sus comienzos", en *Historia*, nº10, PUC, Santiago, 1971; Eugenio Pereira Salas, "Las tendencias actuales de la historiografía chilena", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 25, nº 2, Washington D.C., 1975; Simon Collier, "Historiography of the <<Portalian>> Period (1830-1891) in Chile", *Hispanic American Historical Review*, Volume 57, Nº 4, Duke University Press, 1977; William F. Sater, "A survey of recent Chilean historiography, 1965-1976", *Latin American Research Review*, nº 2, 1979; Luis Ortega, "La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance", *Dimensión histórica de Chile*, nº 4-5, UMCE, Santiago, 1987-88. Sin embargo, no existe una obra de síntesis de la historia de la historiografía chilena.

observarse ni pensarse a sí misma. Esto me parece que conduce a que en Chile no existan debates historiográficos que profundicen en aspectos esenciales. El debate historiográfico está desperdigado, no posee temas unitarios y mucho menos trabaja los conceptos de forma que puedan ser delimitados. Esto provoca que muchas de las discusiones que se provocan sobre temas fundamentales, tanto a nivel epistemológico como metodológico, no se están dando en una misma frecuencia, en un mismo lenguaje. Así, no hay claridad sobre lo que se quiere decir cuando se habla con conceptos como positivismo o hermenéutica, e incluso historia, memoria, historiografía e identidad. Quizá esto último es lo que más se ha trabajado, pero de forma interdisciplinaria.

Por lo tanto, una primera tarea crítica es poner de manifiesto los grandes problemas de la historiografía chilena, superando las limitaciones que entrega la discusión sobre los métodos, e intentar reflexionar sobre los motivos y alcances de la obra. No se busca establecer consensos ni mucho menos acuerdos. De lo que se trata es de avanzar en el sentido de establecer un “lenguaje” común de forma que se puedan generar espacios de discusión y debate historiográfico, lo cual no sólo permitirá enriquecer la disciplina, sino que permitirá la posibilidad de dialogar con otras disciplinas como las ciencias sociales o la filosofía. Es necesario generar la posibilidad de interacción reflexiva y no sólo alimentarnos de los métodos de las ciencias sociales, como proveedoras de técnicas.

Una segunda tarea es retomar la interesante perspectiva que inició la historiografía social chilena de 1980 en adelante. Existe, sin duda, una profunda dinámica de reflexión, por un lado, y de acción, por otro. Pareciera que la unión de ambos elementos permitirá llevar adelante procesos de conformación de conciencia histórica y crítica. Es un camino en el que se está trabajando y es valioso en tanto que dota de sentido la labor del historiador.

En este ensayo se ha intentado realizar una reflexión sobre la historiografía chilena, vista desde una interpretación filosófica, pero no tratando de adelantar propuestas. Lo que es importante destacar es que no hay aquí ninguna propuesta de alternativa a lo que efectivamente están haciendo los historiadores. Lo que he intentado es aproximar un desarrollo del pensamiento en la filosofía, que a todas luces aparece como valioso y digno de considerar, con un desarrollo en la investigación

historiográfica, de igual valía. Ambas consideraciones llevan a romper con la filosofía de la conciencia y con la teoría del conocimiento y se adentran en la experiencia hermenéutica del conocer. Semejante viraje será el que encamine la posibilidad de alejar al historiador de depositar el conocimiento sobre su propia subjetividad y de llevarla al terreno del conocimiento socialmente mediado y generado. En otras palabras, no hay aquí más que la constatación de algo que efectivamente se manifiesta y que es necesario considerar como un proyecto que es necesario llevar adelante, profundizar, cuestionar y trabajar. Sólo de esta forma se puede escapar del positivismo y llevar el conocimiento a donde se hace realmente necesario: a la sociedad. Concluimos, de esta forma, con Dilthey, planteando que la necesidad del conocimiento no es un requerimiento simplemente académico, sino vital: “La Historia nos hace libres al elevarnos sobre la condicionalidad del punto de vista significativo surgido en nuestro curso de vida. (...) La reflexión sobre la vida nos hace profundos, la Historia libres.”

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor, et. al., *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1972.

ARENDT, Hannah, *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995.

ARON, Raymond, *Las dimensiones de la conciencia histórica*, FCE, México, 1983

BERENZON Gorn, Boris, “Del positivismo a la historia cultural. Un balance finisecular de la teoría de la historia”, *Revista de Historia*, nº 42, Costa Rica, Julio-Diciembre 2000.

BRUNNER, José Joaquín, “La investigación social positiva”, en J. J. Brunner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, FLACSO, Santiago, 1993.

CAVIERES, Eduardo, “Historia e historiografía colonial. Temas y debates del pasado; significaciones del presente”, *Mapocho*, nº 48, segundo semestre, DIBAM, Santiago, 2000.

COLLIER, Simon, “Historiography of the <<Portalian>> Period (1830-1891) in Chile”, *Hispanic American Historical Review*, Volume 57, Nº 4, Duke University Press, 1977.

CORREA Sutil, Sofía, “Historiografía chilena de fin de siglo”, *Revista Chilena de Humanidades*, nº 21, Universidad de Chile, Santiago, 2001.

CRISTI, Renato; RUIZ, Carlos, *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992.

CUNILL G., Pedro (et al.), *7 estudios : homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenia Pereira Salas*, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Humanas, 1975.

DEVÉS, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, nº 30, Santiago, 1991.

DEVÉS, Eduardo, “Historiografía entre la ciencia y la conciencia (proyecto para una generación de historiadores)”, en *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907*, Ediciones Documentas, Santiago, 1988.

DILTHEY, Wilhelm, *Introducción a las ciencias del espíritu*, FCE, México, 1978.

DILTHEY, Wilhelm, *El mundo histórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

ENCINA, Francisco A., *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Nascimento, Santiago, 1935

ENCINA, Francisco A., “La historiografía chilena”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, nº 57, segundo semestre, 1957.

EYZAGUIRRE, Jaime, *Orientaciones de la ciencia histórica chilena en el siglo XIX*, Revista de Indias, Madrid, 1947.

FELIÚ Cruz, Guillermo, *Medina y la historiografía americana. Un ensayo sobre la aplicación del método*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1933.

FELIÚ Cruz, Guillermo, *Barros Arana y el método analítico en la historia: un ensayo de interpretación*, Nascimento, Santiago, 1934.

FELIÚ Cruz, Guillermo, “La literatura histórica chilena. Notas sobre su desenvolvimiento”, *Atenea*, año XIX, tomo LVIII, nº 203, Concepción, 1942.

FELIÚ Cruz, Guillermo, *Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX: ensayo*, Nascimento, Santiago, 1950.

FELIÚ Cruz, Guillermo, “Las ideas políticas e historiográficas de J. C. Jobet”, prólogo a J. C. Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Universitaria, Santiago, 1951.

FELIÚ Cruz, Guillermo, “Andrés Bello y la historiografía chilena”, *Mapocho*, tomo IV, nº 3, vol.12, Santiago, 1965.

FELIÚ Cruz, Guillermo, *Francisco A. Encina, historiador*, Nascimento, Santiago, 1967.

FERMANDOIS, Joaquín, “Narración y teoría: una anotación sobre la facultad interpretativa del lenguaje de la historia”, *Revista Universitaria*, nº 16, Santiago, 1985.

FERNÁNDEZ, Osvaldo, “Luis Vitale: esencia y apariencia de la Democracia Cristiana”, *Aurora*, nº 2, 1964.

FOUCAULT, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980.

GABÁS, Raúl, *Jurgen Habermas: dominio técnico y comunidad lingüística*, Editorial Ariel, Barcelona, 1980.

GADAMER, Hans Georg, *El problema de la conciencia histórica*, Tecnos, Madrid, 1993.

GALDAMES, Luis, “Concepto de la Historia”, *Atenea*, nº 291-292, Concepción, 1949.

GAZMURI Riveros, Cristián, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Ediciones Aconcagua, Santiago, impresión de 1977.

GAZMURI Riveros, Cristián, “Las tesis historiográficas de don Gonzalo Vial”, *Opciones*, nº6, Santiago, 1985.

GAZMURI Riveros, Cristián, “Gonzalo Vial Correa, Historia de Chile 1981-1973”, *Opciones*, n° 12, Santiago, 1987.

GIDDENS, Anthony, et. al., *Habermas y la modernidad*, Cátedra, Madrid, 1994.

GOMEZ Millas, Juan, “Las tendencias del pensamiento histórico”, *Atenea*, n° 291-292, Concepción, 1949.

GÓNGORA, Álvaro, “Mario Góngora del Campo, Premio Nacional de Historia 1976”, *Dimensión Histórica de Chile*, n° 4-5, Santiago, 1988.

GÓNGORA, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Universitaria, Santiago, 1986.

GREZ, Sergio; SALAZAR, Gabriel (comp.), *Manifiesto de Historiadores*, LOM, Santiago, 1999.

GUERRERO Lira, Cristián, “Apuntes para el estudio crítico de la obra historiográfica del profesor Nestor Meza Villalobos”, *Cuadernos de Historia*, n° 10, U. de Chile, Santiago, 1990.

GUERRERO Yoacham, Cristián, “Rolando Mellafe Rojas”, *Anales de la Universidad de Chile*, n° 2, Santiago, 1995.

GUERRERO Yoacham, Cristián, “Notas para el estudio de la obra de Eugenio Pereira Salas”, *Cuadernos de Historia*, n°9, U. de Chile, Santiago, 1989.

GUERRERO Yoacham, Cristián, *Biobibliografía de don Eugenio Pereira Salas*, Santiago, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1990.

GUERRERO Yoacham, Cristián, “Eugenio Pereira Salas y su obra, a veinte años de su muerte”, *Anales de la Universidad de Chile*, n° 9, Santiago, 1999.

GUERRERO Yoacham, Cristián, “Aportes de Don Guillermo Feliú Cruz a la historiografía chilena”, *Cuadernos de Historia* n°20, Santiago, 2000.

HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Tomo I, Taurus, Buenos Aires, 1989.

HABERMAS, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Taurus, Buenos Aires, 1990

HABERMAS, Jürgen, *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Tecnos, Madrid, 1990

HABERMAS, Jürgen, *Conciencia moral y acción comunicativa*, Ediciones Península, Barcelona, 1991.

HABERMAS, Jürgen, *Conocimiento y técnica como “ideología”*, Tecnos, Madrid, 1992.

HANISCH Espíndola, Walter (et al.), *Jaime Eyzaguirre : historia y pensamiento*, Universitaria, Santiago, 1995.

HODGES, H. A., *The philosophy of Wilhelm Dilthey*, Routledge & Keagan Paul Ltd., Londres, 1952.

HOLLINGER, Robert, (ed.), *Hermeneutics and Praxis*, University of Notre Dame Press, Indiana, 1985.

HOPENHAYN, Martín, “El humanismo crítico como campo de saberes en Chile”, en José Joaquín Brunner y otros, *Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile*, FLACSO, Santiago, 1993.

HORVITZ, Maria Eugenia, “La historiografía del develamiento del poder: a la memoria de Hernán Ramírez Necochea”, *Alamedas*, n° 4, Santiago, 1998

ILLANES, María Angélica, “La historiografía ‘popular’: una epistemología de ‘mujer’. Chile, década de 1980”, *Solar*, Santiago, 1994.

IZQUIERDO A., Guillermo, “Pereira Salas en la historiografía chilena”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n°88, Santiago, 1974.

JOBET, Julio César, “Notas sobre los problemas de la historia”, *Atenea*, n°s 277-278, Concepción, 1948.

JOBET, Julio César, “Notas sobre la historiografía chilena”, *Atenea*, n°s 291-292, Concepción, 1949.

JOBET, Julio César, *Tres ensayos históricos*, Ediciones del Boletín del Instituto Nacional, Santiago, 1950.

JOBET, Julio César, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Universitaria, Santiago, 1951.

JOBET, Julio César, *Temas históricos chilenos*, Quimantú, Santiago, 1973.

JOBET, Julio César, *Introducción a una teoría de la historia para América Latina*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

JOCELYN-HOLT, Alfredo, “Sergio Villalobos: Portales: una falsificación histórica”, *Dimensión Histórica de Chile*, n° 6-7, Santiago, 1990.

KOSELLECK, Reinhart; GADAMER, H. G., *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997.

KREBS Wilckens, Ricardo, “Algunos aspectos de la visión histórica de Jaime Eyzaguirre”, *Historia*, Vol. 7, PUC, Santiago, 1968.

KREBS Wilckens, Ricardo, "Eugenio Pereira (1904-1979) humanista e historiador", *Revista Universitaria*, n°4, PUC, Santiago, 1980.

KREBS Wilckens, Ricardo, "La actualidad de la historia en el mundo contemporáneo", *Cuadernos de Historia*, n°1, U. de Chile, Santiago, 1981.

KREBS Wilckens, Ricardo, "El tiempo histórico", en Juan Gómez Millas, et al, *El tiempo de las ciencias*, Ed. Universitaria, Santiago, 1981.

KREBS Wilckens, Ricardo, *Breve historia universal*, Ed. Universitaria, Santiago, 1984.

KREBS Wilckens, Ricardo, *El historiador Mario Góngora*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, Santiago, 1985.

KREBS Wilckens, Ricardo, "Rolando Mellafe Rojas", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 105, Santiago, 1996.

LAGNO, Elizabeth, "Nestor Meza Villalobos: Premio Nacional de Historia 1980", *Dimensión Histórica de Chile*, n° 4-5, Santiago, 1988.

MELLAFE, Rolando, "Recordando a Eugenio Pereira Salas", *Revista de la Universidad de Chile*, n° 173, Santiago, 1980.

MELLAFE, Rolando, "La historiografía de hoy. A propósito de las IV Jornadas de Historia de Chile", *Revista Chilena de Humanidades*, n°1, Universidad de Chile, Santiago, 1982.

MELLAFE, Rolando, "La Historia, el Humanismo y América", *Revista Chilena de Humanidades*, n°2, Universidad de Chile, Santiago, 1982.

MELLAFE, Rolando, "Historia de las mentalidades, una nueva alternativa", *Cuadernos de Historia*, n°2 Universidad de Chile, Santiago, 1982.

MELLAFE, Rolando, "La investigación en las humanidades", *Cuadernos de la Universidad de Chile*, Santiago, 1984.

MELLAFE, Rolando, "La obra de Guillermo Feliu Cruz", *Trama*, n°2, Revista de la Biblioteca Nacional, Santiago, 1984.

MELLAFE, Rolando, "Mario Góngora del Campo", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Año LII, n°96, Santiago, 1985.

MELLAFE, Rolando, "Algunos fundamentos metodológicos de la historia de las mentalidades" *Historia de las mentalidades*, EDEVAL, Valparaíso, 1986.

MONTES, Hugo, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, Santiago, Editorial Universitaria, Santiago, impresión de 1985.

MOULIAN Emparza, Luis, *Gabriel Salazar: 6 asedios a la historia: la historia desde abajo*, Instituto Factum, Santiago, 1999.

MOULIAN Emparza, Luis, “Marx y la historiografía chilena”, *Encuentro XXI*, n° 8, Santiago, 1997.

NIETZSCHE, Friedrich, “Segunda consideración intempestiva: De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida (1874)”, *Consideraciones intempestivas*, Aguilar, Buenos Aires, 1949.

NIETZSCHE, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, Folio, España, 1999.

ORTEGA, Luis, “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance”, *Dimensión histórica de Chile*, n° 4-5, UMCE, Santiago, 1987-88

PEREIRA Salas, Eugenio, “La vocación del historiador”, *Boletín de la academia chilena de la historia*, n° 69, 1963.

PEREIRA Salas, Eugenio, “Guillermo Feliú Cruz”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n°86, Santiago, 1972.

PEREIRA Salas, Eugenio, “Las tendencias actuales de la historiografía chilena”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 25, n° 2, Washigton D.C., 1975.

PEREIRA, Teresa, “Chile: un Estado formador para un país de proyectos. Entrevista a Mario Góngora”, *Revista Universitaria*, n°8, Santiago, 1982.

RAMÍREZ Necochea, Hernán, *La guerra civil de 1891: antecedentes económicos*, Austral, Santiago, 1951.

RICOEUR, Paul, *Del texto a la acción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

SALAZAR, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios : formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, LOM Ediciones, Santiago, 2000.

SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las grandes alamedas : Santiago de Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico popular)*, Ediciones Sur, Santiago, 1990.

SALAZAR, Gabriel, *La sociedad civil popular del poniente y sur de Rancagua*, Ediciones Sur, Santiago, 2000.

SALAZAR, Gabriel, *La historia desde abajo y desde dentro*, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.

SATER, William F., “A survey of recent Chilean historiography, 1965-1976”, *Latin American Research Review*, n° 2, Santiago, 1979.

SILVA, Fernando, “Jaime Eyzaguirre y la revista historia”, *Historia*, Vol. 27, PUC, Santiago, 1993.

SILVA Castro, Raúl, “La obra histórica de don Eugenio Pereira Salas”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, nº69, Santiago, 1963.

THOMPSON, Edward P., *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.

VALDERRAMA, Miguel, “La cuestión del humanismo historiográfico en la nueva historia popular de Chile: historiografía marxista y nueva historia”, *Alamedas*, nº 3, Santiago, 1997.

VALDERRAMA, Miguel, *Renovación Socialista y renovación historiográfica*, Serie Debates y Reflexiones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 2001.

VENEROS, Diana, “Rolando Mellafe Rojas: Premio Nacional de Historia 1986”, *Dimensión Histórica de Chile*, nº 4-5, Santiago, 1988.

VIAL Larraín, Juan de Dios, “Otra conversación más con Mario Góngora”, *Revista Universitaria*, nº22, Santiago, 1987.

VILLALOBOS, Sergio, “La historiografía económica en Chile. Sus comienzos”, *Historia*, nº10, PUC, Santiago, 1971.

VILLALOBOS, Sergio, *Los comienzos de la historiografía económica de Chile 1862-1940*, Universitaria, Santiago, 1981.

VILLALOBOS, Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Zig-Zag, Santiago, 1986.

VILLALOBOS, Sergio, “Feliú Cruz : el magisterio de la historia”, *Mapocho*, nº48, Santiago, Segundo semestre 2000.

YÁVAR Meza, Aldo, “Eugenio Pereira Salas, premio nacional de historia 1974”, *Dimensión Histórica de Chile*, nº 4-5, Santiago, 1988.

ZEMELMAN, Hugo, “Prologo” al *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, México, 1982.

Entrevistas:

Julio Pinto, 10 de Junio de 2004.

María Angélica Illanes, 15 de Junio de 2004.

Leonardo León, 21 de Junio de 2004.

Eduardo Devés, 23 de Junio de 2004.

APÉNDICE:
ENTREVISTAS.

Entrevista 1. Julio Pinto. (10 de Julio de 2004)

¿Cuáles son los intereses que dirigen la búsqueda?

Yo diría que son básicamente dos, uno más político y otro más intuitivo, más personal, más psicológico. Y no se si el orden sea exactamente ese. El primero que aparece en mi recuerdo es el interés psicológico, o sea, esta cosa de la historia como ficción, pero a la vez como una ficción entre comillas real, que a mi me fascinó desde que era chico, porque a mi me ha gustado mucho la literatura, leer, esta cosa media fantástica de construir mundos. En el caso de la historia, a lo menos en la visión que yo tenía entonces del asunto, que ha pasado por muchos avatares entremedio, que tenía la virtud de ser ficción y a la vez ser real, como un cuento real. Eso para mi siempre ha sido un factor de fascinación, por un lado, esa sería la motivación más psicológica y más íntima que viene desde que yo era chico, 10 –11 años, una cosa así. Y sobre eso se monta una motivación política que es más común, digamos, y que tiene que ver mucho con mi generación de historiador, de haber alcanzado a ser parte de un proceso de construcción social digamos, y de haber visto en la historia un instrumento de gran utilidad para participar en esos procesos, tanto antes como después del golpe, digamos que la historia podía entregar claves que hicieran más significativa tu acción política. Y que es lo que de alguna manera ha motivado los temas que yo he seleccionado, los sujetos en los cuales me he centrado. Fue una cuestión bien clásica, no creo que sea muy excepcional mi experiencia en ese plano.

¿Y tiene que ver con la experiencia del 73?

Si. Pero yo lo sumaría eso a lo que viene antes del '73, esta noción que era muy fuerte en los años 60 y hasta el '73 de que la historia era muy plástica, que podía transformarse mediante actos de voluntad, y que uno podía ser parte de estas transformaciones. Que es algo que María Angélica Illanes ha dicho muchas veces, la sensación de sentirse sujeto histórico, que no era además patrimonio de los estudiantes de historia de ese tiempo ni mucho menos, sino que de los actores mismos: se estaba haciendo historia. Y en ese contexto el estudio de todo esto servía como una especie de brújula, no sólo el '73 te quiero decir, sino que es la noción que viene de mucho antes que es la capacidad de

hacer historia, y que es profundamente interpelada por la derrota del '73; digamos, en qué nos equivocamos que la brújula no nos sirvió.

O sea lo primero sería el sentirse sujetos, y luego con el '73 habría marcado el replanteamiento...

Claro. Pero replanteamiento que tenía que ver más con la corrección de las fuerzas que con la corrección del análisis, según lo veía yo en esos años. Finalmente lo que me dijo el golpe era: bueno, nos equivocamos en la evaluación del enemigo contra el cual nos enfrentábamos, pero el proyecto sigue vigente, sigue válido. Más aún en la derrota. En la derrota la historia no sólo es una brújula sino que también es un estímulo. Es lo que te da fuerza para recuperar las ganas de seguir peleando.

¿Cuáles son las proyecciones que ve Ud. Para su obra?

La pregunta es una pregunta delicada porque yo el '85 o el '90 te podría haber dado una respuesta muy clara, muy rápida: que era un insumo en la construcción de una sociedad más justa y que se yo... En ese contexto el sentido de la obra y del trabajo era muy claro. Yo diría que eso se ha desdibujado, para mi ahora es un poco más complicado discernir cual es el sentido de la obra y hacia dónde debería dirigirse la obra, por lo tanto. Incluso si las nociones de sentido tal como las he manejado a lo largo de mi vida tengan cierta validez, más allá de que uno pueda tener la lucidez suficiente para identificar ciertos patrones, que se yo, estos rumbos hacia los cuales uno pueda aportar desde la historiografía. Creo que eso está interpelado profundamente digamos no sólo en mi caso sino en todo el mundo, y que entonces, bueno, se replantea el sentido de la labor histórica, que me lleva a preguntarme si en estas nuevas expresiones de sentido yo me siento muy cómodo. Así como que es casi una crisis vocacional digamos. Es algo que estoy en proceso de elaborar, pero está presente, o sea yo te digo yo tenía muy claro, 20 años atrás, qué estaba haciendo, lo tengo menos claro ahora.

¿A qué se debe ese giro?

Se debió ese giro, bueno, hay todo un proceso de redefinición de lo que es la historia. Primero está esta noción de que hay sentidos únicos, o sea, que uno tenga la lucidez para discernir la tendencia de las cosas. Eso es algo que hoy en día es mucho más problemático, y en ese sentido entonces yo digo: de qué sirve lo que estoy haciendo, salvo de satisfacción personal, una cosa media contemplativa. Pero a la vez todavía hay en mi lo suficiente del político como para resistirme a ese tipo de claudicaciones, o sea igual yo creo que tiene que haber un sentido para lo que estoy haciendo, pero no tengo muy claro cuál es, pero tiene que haberlo. O sea uno tiende a insistir un poco, en mi caso, bueno lo que he venido haciendo sigue vigente, o sea, hay una serie de problemas, de falencias y de defectos en nuestra organización social que están lejos de haberse resuelto y que siguen haciendo válido el trabajo que uno hace. Pero la pregunta es: ¿qué me lleva a mi a suponer que es la escritura de la historia una herramienta que sirve para eso? Pregunta que hace 20 años atrás no me habría planteado si quiera, era como obvio.

¿Eso tiene que ver con el encierro de la historia en la academia?

No, tiene que ver con el rol social (de la historia). Creo que se ha hecho más difuso. Al menos para quienes como yo teníamos muy clara la película, de que la historia si era una herramienta de debate político y de construcción de una sociedad mejor en el corto plazo. Ahora, en la medida en que los horizontes del cambio se han ensanchado, y que la unicidad misma de los procesos se ha desintegrado, mis estudiantes me preguntan: ¿qué lo hace suponer a usted tener claves únicas, y que lo que están haciendo otras personas a lo mejor no es más válido de lo que hace Ud. Aunque no tenga nada que ver con lo que hace Ud.? Y yo creo que la pregunta es una interpelación, es una pregunta para la cual no hay respuestas fáciles, digamos, o sea por qué creo yo haber encontrado la piedra filosofal y no los demás. Entonces no tiene que ver con el encierro en la academia, yo creo que en Chile eso no se ha producido, que es una crítica que se suele hacer, pero que yo en realidad no comparto tanto. Creo que en Chile la historia sigue siendo una cosa muy política, y no sólo de los historiadores de izquierda, sino que desde la derecha con Jocelyn-Holt con Vial, o Villalobos, o sea el carácter de la historia como parte del debate público sigue siendo muy presente entre nosotros mismos. Y de hecho llama la atención, respecto colegas mexicanos o argentinos siempre dicen que la historiografía chilena sigue siendo mucho más política, en circunstancias que en sus países la historiografía tiene un rol mucho más político de lo que tiene Estados Unidos, Europa, etc. Así que no creo yo que haya un problema de ensimismamiento. Más bien creo que hay un problema de definiciones de sentido, y es algo que escapa a los historiadores y a la misma sociedad chilena, creo que es un problema mundial. Repito, para quienes tienen una postura más bien izquierdista. O sea si tu estás en la postura de comprarte el discurso neoliberal, que se yo, el problema desaparece, tu rol como historiador se inserta dentro de ese contexto, pero no es la opción mía.

En esa misma línea de la pérdida de los horizontes... Salazar nota una dispersión hacia la década de los noventa. ¿Cómo lo ve Ud. eso?

Yo creo que es efectivo. Creo que muchos cultores de la nueva historia social chilena que están en otra. Han derivado hacia otro tipo de preocupaciones, incluso sus posturas políticas han variado. Entonces, no se po', Eduardo Devés hace rato que no hace historia social, está más bien estudiando la historia del pensamiento, y del pensamiento latinoamericano como un pensamiento eventualmente distinto a otros tipos de pensamiento. Vicente Espinoza que podría ser considerado miembro del fenómeno nueva historia social aunque él no sea historiador, hace tiempo que dejó las posturas de los ochenta, ahora está viendo redes sociales. Así que, eso por darte dos ejemplos podrían haber otros, pero hay una dispersión que tiene que ver de nuevo con adónde

vamos. En los ochenta estaba muy claro, primero era derrotar a la dictadura y después que eso contribuyera a la revolución que estaba pendiente. Pero en los noventa como que todo eso piso se mueve un poco, primero no está claro que la dictadura haya sido derrotada, y dejó presencias muy fuertes entre nosotros, y muy refractarias a todo tipo de crítica y de cambio. Y, por otro lado, tampoco es muy claro qué es la revolución, qué implica, cómo se hace, si es una opción realista o no lo es. Naturalmente que eso tiene que provocar un efecto de dispersión.

Y con respecto a la revolución, la meta, ¿cree que la historiografía se ve encaminada en el sentido de la democracia como meta?

Creo que el concepto de democracia es un concepto bien problemático. Hasta el '73 en la izquierda, porque todos los historiadores sociales eran de la izquierda, había esta sensación de que en Chile había una democracia mentirosa. Y de que esta democracia de que tanto se vanagloriaban los chilenos era una farsa, o sea, era una máscara que impedía ver la inexistencia de la democracia real, que era la democracia social. Entonces se produce un discurso en la izquierda que es muy despectivo de esta democracia formal por así llamarla, y del cual después muchos se arrepienten. Yo creo que uno de los aspectos que tiene la experiencia del golpe y de la dictadura es el de revalorizar la democracia en sí misma. Entonces ya esos discursos de la democracia formal y de la democracia burguesa desaparecen del horizonte de debate, y la democracia pasa a convertirse en un bien en sí mismo. Pero nunca se definió con mucha precisión lo que se entendía por democracia. Y yo sospecho que habían muchas definiciones simultáneas, desde la más simple que era recuperar las libertades básicas que se habían perdido; y pasa a constituirse en algo muy valorado por ciertos sectores que venían de la derrota, que tiene que ver con lo que estaba ocurriendo con la izquierda renovada, o sea hasta la democracia burguesa, que es algo de valor no sólo instrumental sino que material, esencial. Y yo te diría que muchos de los cultores de la nueva historia social hicieron ese proceso, de revalorización de la democracia tal como la conocemos, no una democracia utópica perdida en algún horizonte final. Pero, por otro lado, había también esta noción de recuperar esta idea de una democracia socialista primigenia, digamos, con todas la ambivalencia que hay ahí en ese juego entre democracia y socialismo, que son ambivalencias reales, no sacamos nada con ocultarlo, con esta idea de que yo por tener claro cual es el sentido de la historia tengo el derecho de imponérselo a otros. O sea no se que tan democrático es eso. Pero ese es un pensamiento muy arraigado en el pensamiento socialista. Entonces yo creo que no había una visión unívoca de lo que se entiende por democracia en los creadores y gestores de la nueva historia social. Y luego con los noventa la cosa se dispersa más todavía, porque se recuperó la democracia, que es una noción que algunos los identifica, a los miembros de esta generación, en mayor o menor medida, y por otro lado hay una vuelta al discurso de la democracia mentirosa, o sea, ¿ésta qué democracia es?, digamos. Por tanto, yo creo que esta idea de la democracia como objetivo final del conocimiento historiográfico sólo se sostiene con solidez, con fuerza, en un contexto de dictadura donde todas las formas de democracia están siendo aplastadas. Entonces, bueno, todos somos demócratas, pero cuando desaparece ese contexto de dictadura, nos enfrentamos al dilema de cómo vamos a definir esta democracia, entonces ahí claramente se produce nuevamente una dispersión, porque las definiciones divergen bastante, incluso discrepan. Así que claro, yo creo que el tema de la democracia ha perdido un poco la centralidad y la solidez que tenía, no porque la democracia no sea un objetivo válido, sino que porque no hay acuerdo por lo que se entiende por democracia.

Y por último, ¿cuál es la importancia que podríamos concederle a la reflexión teórica en la historiografía?

Conuerdo con que una de las grandes falencias del pensamiento historiográfico es su debilidad teórica. Lo que tiene que ver con dos cosas: con una cuestión formativa, las carreras de historia no suelen enfatizar mucho en la parte teórica, entonces la base de la cual uno comienza a trabajar es muy precaria, salvo casos muy personales que por inclinaciones casi existenciales, como sería el caso de Salazar, o sea él tuvo una formación teórica muy sólida, pero porque se la buscó, pero para la mayoría la experiencia no ha sido esa. Entonces uno se enfrenta ya al quehacer profesional con una precariedad teórica importante, que uno trata de suplir medio improvisadamente y en la medida de lo posible pero que nunca se compara a la formación más sistemática. Eso creo que yo que es así, y que es uno de los grandes problemas de la historia como disciplina. Porque no sabe bien lo que hace, porque cae en ingenuidades, o sea todo lo que pasa con la falta de una base teórica más sólida. Creo que esa es una de las grandes ventajas que nos llevan las otras Ciencias Sociales. Ahora, lo otro es yo creo uno de los grandes problemas existenciales de la filosofía, es decir, este apego al dato particular, a la cosa más bien específica, el apego al cuento, a la riqueza de la diversidad de formas posibles de presentar un objeto, y que es un fenómeno que a nivel epistemológico hace ruido con una formación teórica más consistente porque dificulta mucho el abstraer, el conceptualizar, el modelar. Ningún modelo le va a hacer justicia a la riqueza de la realidad histórica. Pero si a la vez si uno toma la actitud fundamentalista de respetar esa riqueza y esa particularidad, eso implica renunciar a toda posibilidad de teorizar o modelar. Entonces aquí hay una cuestión que va más allá de la buena o mala base que hayamos recibido en nuestro estudio. Entonces, concuerdo de que es un handicap importante, y que ha deteriorado un poco la calidad del conocimiento que producimos. Pero, por otro lado, yo siento que hoy en día hay una conciencia mucho más clara de eso, que cuando yo estaba estudiando. En el caso de los historiadores de izquierda eso nunca fue muy problemático, había una teoría pre-hecha que era cosa de tomarla no más, ponérsela y usarla. Pero cuando esa teoría comenzó a hacer agua, eso contribuye a la sensación de crisis que vive la historiografía de izquierda de los 80 en adelante. Pero, más allá de eso, yo percibo en nosotros mismos y en las generaciones más jóvenes una sensibilidad mucho mayor a la importancia de la teoría. Y, por ejemplo veo, que en muchos de los trabajos historiográficos más recientes, tesis o artículos o libros, hay una preocupación por lo teórico mucho mayor de lo que había veinte o treinta años atrás. Y por darle un poco más sustento teórico a lo que se está haciendo. Y veo también que se están empezando a introducir en las escuelas de historia, asignaturas o líneas curriculares que están más preocupadas por esa formación teórica que no se tiene, y que es evidente ahora en el programa de postgrado, que se ha multiplicado después del noventa que antes no se tenía. Entonces, yo por un lado reconozco las falencias que hay en ese campo, pero en esto soy un poco más optimista creo que hoy hay una actitud más saludable frente a la teoría, y creo en ese sentido, que beneficia el hecho de las crisis políticas sufridas en la izquierda tradicional, o sea, la idea de que no haya un traje hecho a la medida para ponérselo te abre a una mayor criticidad, apertura o flexibilidad respecto de la teoría y yo creo que ha tenido efectos saludables. Así que yo creo que hay una disposición mayor, o sea, han pasado quince años y algo hemos aprendido, y los jóvenes han aprendido más todavía que nosotros, así que dentro de un campo que yo observo como muy problemáticos, este es uno de los aspectos más rescatables, digamos. Porque lo tomo como un síntoma de maduración.

Uno de los aspectos que me llama la atención desde la posición actual en la que me encuentro ahora es el tremendo impacto que ha tenido. O sea lo que fue en un momento una labor casi de trinchera o de células clandestinas se ha convertido en un movimiento social e intelectual importante en Chile y que tiene mucha irradiación hacia la juventud y hacia el público en general, o sea se ha convertido en un referente. No me deja de sorprender, o sea, si me retrotraigo hacia veinte años atrás eso era lo que queríamos, pero se produjo mucho más allá de lo que jamás imaginé y claro, por un lado, es gratificante, pero por otro lado es preocupante, porque bueno qué respuesta estamos dando, y qué capacidad tenemos de transformar esto en un movimiento que vaya para algún lado, eso no lo tengo muy claro. Yo creo que la fragmentación de la cual hablábamos antes refleja también esto, pero si me parece rescatable desde el punto de vista de que revela cierta sensibilidad social frente a lo que pueda aportar la historia, creo que la historia se ha validado socialmente de una manera que jamás me hubiera imaginado veinte años atrás, o ni siquiera diez años atrás, porque hubo un periodo al comienzo de la transición en que había una especie de conspiración en contra del posicionamiento social de la historiografía. Esto ha cambiado radicalmente, yo noto lo que tu dices, que hay especie un ansia de saber más historia o de utilizar esos conocimientos para distintas cosas, y eso es positivo. Se refleja desde las postulaciones a las carreras de historia, hasta el impacto político-social que tiene este trabajo, entonces eso es bueno. Lo preocupante es qué hacemos con eso, para donde lo llevamos. Pero de repente eso ya no es tarea de nosotros sino que de ustedes. Es mejor que hayan inquietudes a que no haya nada, la pasividad no es el camino.

Entrevista 2. María Angélica Illanes. (15 de Julio de 2004)

Comente el artículo “La historiografía popular: una epistemología de <<mujer>>”, donde habla de esta nueva historiografía social chilena.

Lo que yo hice esa vez fue una revisión somera de los supuestos que estaban detrás de esta historiografía popular, esta historiografía de los ochenta. Entonces me di cuenta de que lo que ocurría con esta historiografía de los ochenta era una opción explícita, aunque no siempre formalmente explícita, pero había una intencionalidad de liberarse de la teoría, en vez de reformular, liberarse primero. Y en ese sentido lo que todos hacíamos era liberar a los cuerpos, a los sujetos de carne y hueso, de los modelos. En ese sentido entonces, la historiografía de los ochenta es una historiografía encarnada, y yo la llamé una epistemología de mujer en el sentido de que invitaba a los propios sujetos a tomar el lápiz, había entonces un acallamiento de los modelos, de la teoría. Entonces es por eso que yo no puedo entender esto haciendo el salto de la historiografía de los *Annales* hasta ahora, porque lo que hay entremedio es el gran modelo marxista. Y todos partieron con eso, y lo que sin ese modelo, sin las estructuras económicas, sin las relaciones de clase que conformaban de alguna manera la visión de la historia, no se puede entender el desprendimiento de ese modelo. Entonces, para poder nuestra historiografía a mi juicio, hay que estudiar lo que hicieron Ramírez, Jobet, Marcelo Segall, lo que hizo Vitale. Y de ahí arranca nuestra historiografía, que significa la liberación de modelos, y ese artículo habla de eso. Y fui tomando en forma espontánea, casi sin proponérmelo, cada texto y me daba cuenta de que cada uno quería hacer hablar a sus sujetos, lo menos intervenido posible por el autor. La historia de los obreros del carbón, la historia de Mario Garcés, la propia de Devés que el hace un recuento día por día de la matanza, que lo dice claramente, no es por positivismo sino que es porque efectivamente quiere sacarse el ... de encima. Entonces esa es mi postura frente a la historiografía de los ochenta, no hay un positivismo, sino un desprenderse.

Una desteorización...

Una desteorización explícita y en busca del sujeto.

Cuénteme de sus motivaciones a la hora de escribir historia.

Yo creo que hay dos. Uno yo creo que son los intereses políticos, directamente, o motivaciones de comprensión política de la sociedad. Que no tienen que ver con temas puntuales, sino que tiene que ver con temas como las relaciones sociales que se forman políticamente en la sociedad. Me refiero al tema de la dominación, el tema del disciplinamiento lo he tomado por todos lados en todos mis escritos, porque me interesa el tema de la dominación. Entonces por ese lado escribo desde los sectores populares, y desde arriba también, desde el Estado, las mediaciones también, asistenciales, me interesa mucho ese tipo de mediación, para entender las relaciones de dominación. Yo creo que eso es una de las motivaciones. Y lo otro es que hay una suerte de navegar, que uno se mete a un río y navega por ahí, y luego se mete a una rama y de ahí a otra rama. A mi me surgió, cuando me encargaron el tema de la salud pública, de repente ahí descubrí el tema del cuerpo, descubrí que hay relaciones culturales allí, que tienen mediaciones asistenciales, descubrí el Estado. Pero yo he ido por el lado ... que tampoco nunca lo he dejado por ahí lo sigo retomando. Entonces, hay un navegar también, no es todo puramente intencional. No hay una pura racionalidad.

Te has visto llevada por las investigaciones...

Si, si llevada también por las investigaciones. Es curioso la investigación no es solamente una opción personal sino que es una voluntad político-social, en la que se instala un tema, y no lo instalas tu, sino que la sociedad también te instala, la sociedad hace instalaciones político-culturales, político-estructurales. Por ejemplo, yo aprendí a escribir sobre políticas sociales porque ese es el tema que a mi de alguna manera me legitima, en cambio en otros campos de la sociedad uno puede estudiar otros temas. Entonces hay ciertos temas que ya se te dan dentro de las instalaciones político-culturales de la sociedad. Por eso te diría que esas son mis motivaciones. Pero siempre, de todas maneras, políticas. A mi me interesa estudiar sobre todo las relaciones entre el pueblo y el poder, el poder diseminador, esa dialéctica me interesa en general, he estudiado movimientos populares solos, pero no, no es mi tónica. Si estudio Chalinga, que es un pueblo de indios, lo estudio en relación con las leyes de partición de terrenos, de conformación de la propiedad privada, y los modos de producción (comunitaria), en general me interesa eso, las políticas sociales y las relaciones de autonomía de dominación.

¿Para qué escribir historia? ¿Cuál es el fin del conocimiento?

A pesar de que las motivaciones son políticas, yo no creo que la historia tenga efectos políticos inmediatos. Yo creo que, en eso discrepo relativamente con algunos colegas que le ven la utilidad política de la historia, yo creo que la historia es bastante inútil pero si actúa como aparatos culturales creadores de visión de sociedad y de país. Creo que en ese sentido actúa de la misma forma que la literatura. Nadie podría decir que la literatura tiene una utilidad política, pero la literatura si te crea una visión de sociedad que te hace ver cosas que pueden redundar en un despertar, en un hacer, un criticar. Creo que la literatura es un aparato de cultura, y puede servir para ver mejor y para criticar mejor, para adquirir conciencia crítica, pero no aspiro... pero creo que fuera de despertar la identidad, para mi todo eso pertenece al aparato de cultura, el generar la identidad, el generar conciencia, yo creo que el accionar político está en el terreno de la acción, pero seguro que no podemos separar la acción de la cultura, pero no le veo una correspondencia instrumental.

¿Y cuáles serían los proyectos políticos?

El proyecto político, que siempre, el que atrapa todo, todo lo que uno hace, todo lo que uno estudia, y ese proyecto político es la social-democracia. Sobre todo el hacer perder los mecanismos de dominación, que también están en las sociedades socialistas, en todo tipo de sociedades, no hay un modelo, una opción política específica, pero si estoy por la formación de una sociedad socialista-democrática. Comunitaria, igualitaria y que esté develando, revelando y criticando constantemente las formas de dominación, yo creo que los mecanismos de dominación son muy sutiles, son cada día menos evidentes y creo que todo lo que permita liberarse de ellas es una opción democrática. Entonces la democracia es el proyecto, el socialismo-democrático sería como mi ideal. Pero sin pensar que hay modelo que no contenga relaciones de dominación y la democracia consiste en develar esas relaciones.

¿Cómo percibe hoy en día a la generación de los 80?

Como te digo, la percibo, como en una etapa de que debe ser superada por otra. Creo que está pasando esto de que te decía que está emergiendo una generación crítica que nos hasta hablando de que este grupo escribió determinada historia –y que lo está haciendo y lo va a seguir haciendo– y que básicamente lo que le interesa y lo que le ha interesado es revisar la historia tradicional, la historia ... y yo creo que va a seguir en la en el sentido de la liberación del sujeto. Ahora yo creo que la teoría a algunos de frentón no le interesa, porque la historia social tiene dos vertientes, una que es la de la vertiente de los *Annales* que es ateórica expresamente, y otra vertiente podríamos decir menos *Annal* y más marxista que también tiene una versión positivista. Y en ese sentido concuerdo contigo. Y en ese terreno van a seguir revisando, develando sujetos pero están revisando la historia tradicional. Ahora Julio Pinto volvió a la Independencia, y ¿qué está haciendo? Está revisando todo eso. Entonces, yo creo que esa es una podríamos decir hay una postura ateórica, pero el revisionismo tiene una postura epistemológica, o sea está cuestionando ciertas bases sobre las que se asienta la historia oficial. En ese sentido, creo que están desmontando y creo que el desmontaje es una postura epistemológica, y cuando los leo a Julio con Sergio, que encuentro que son bastante positivistas, ellos hacen un desmontaje. Sergio desmonta toda la historia del movimiento obrero del marxismo, y Pinto también. Entonces yo creo hay una postura epistemológica, no así una postura teórica, yo haría la distinción, no hay una opción por un modelo, pero si una epistemología de la historia y de la escritura. Y hay otra tendencia que estamos influenciados por los cambios, yo creo que ahora estamos algunos que siguen develando sujetos, por ejemplo esta cosa de las Ferias Libres que hizo Gabriel ayer, esta revelación de sujetos, que aparecen los sujetos y eso yo creo que se va a seguir haciendo. Y por otra parte, a mí personalmente me interesa siempre retomar el movimiento obrero y el Estado, el movimiento obrero y los partidos, el movimiento social me inquieta. En este minuto creo que el movimiento social se convierte en un eje temático problemático, y muy central. Entonces me interesa rescatar y revisar la relación entre movimiento social y los partidos políticos. Porque lo político-social está en cuestión, estoy emprendiendo una investigación en terreno, junto con otros investigadores, Mario Garcés que está en lo mismo, lo del movimiento social y político, estamos centradas en lo socio-político. Yo hallo, en un escrito que hice sobre los 30 años del golpe, pero tomándolo desde ahora que se llama “La memoria de los aparecidos”, los aparecidos son los no-desaparecidos, los que está hoy día vivos y coleando, luchando. Siento que hay ahí una herida de la democracia, o sea hay un sujeto que está profundamente herido, y esa herida es una herida política, una herida de las demandas que caen, que son como volantines, los gritos que se transforman en papeles volando, volando por ahí que simplemente van a caer en un árbol, en una playa y van a quedar ahí como volantines sangrantes, rompiéndose. Me preocupa el tema de lo político.

Suena algo contradictorio este interés por lo político con lo que señalaba de la inutilidad de la historia frente a lo político. ¿Para qué historiar entonces?

Hay un interés profundamente político detrás pero no creo que mis escritos tengan ninguna repercusión política. Me refiero a que, la palabra aparato cultural, mediaciones culturales es importante, porque tu no me puedes decir que Saramago no tenga un interés político, no me puedes decir que *La Caverna* no va a tener repercusión. Yo creo que la historia puede tenerla como puede no. No pienso que el tema de *Labradores, peones y proletarios* pueda necesariamente tener una instrumentalidad política pero si es

parte fundamental de la conciencia crítica política, hay una mediación de la conciencia crítica que no es necesariamente instrumental. Me preocupa profundamente lo político pero no creo que haga eso. Ahora, sí hay historiadores que piensan eso, y los jóvenes sobretodo quieren que tenga. No, yo no, yo apunto a la conciencia crítica, creo que eso es un elemento fundamental y que aporte a eso es más que político.

¿Dónde se generaría esa conciencia crítica, por ejemplo?

Yo creo que esa conciencia se alimenta de múltiples fuentes, no es una sola. Yo creo que la conciencia crítica política requiere también de una idea política pero no creo que la historia sea el único lugar para fundar esa idea política. Yo tengo mucho más fe en la filosofía, creo que la filosofía nos ha abandonado, porque la filosofía postmoderna nos ha abandonado, creo que la filosofía es de todas maneras una fuente madre para formación de teoría, teoría política. Y la historia no lo es. Yo creo que la historia de todas maneras es hermana de la filosofía pero nos hace falta. Yo creo que Gabriel puede hacer teoría porque es filósofo también. Yo creo que hay distintos lenguajes que constituyen la lengua de la sociedad, y el conjunto de esos lenguajes constituyen la conciencia de la sociedad. Hay un lenguaje clave que para mi es la filosofía, la historia es otro lenguaje, la literatura es otro lenguaje, el arte es otro lenguaje, todos ellos cuando se articulan, se constituye de alguna manera una cierta sensibilidad de la sociedad, y cuando se articulan todos se formulan proyectos políticos, teoría política, teoría literaria, teoría artística. Es decir, es la articulación de estas áreas del pensamiento la que producen la creación crítica nueva. Yo creo que en este minuto vivimos en la oscuridad y lo que hemos hecho ha sido desmontarnos de lo anterior y digamos cada uno a tratado de sobrevivir aportando lo que encuentra, pero las lenguas que conforman el lenguaje de la conciencia están lamentablemente fragmentadas, digamos, bohemias, están viviendo su propia bohemia, están desperdigadas. Pero hay un momento en que esto comienza a cambiar, yo creo que la historia tiene su momento, con todo lo que pasó es muy raro esperar que no se hubiese roto la lengua con las cuales comprendíamos el mundo. Entonces yo creo que cada uno comenzó a balbucear, a aprender un idioma nuevo. Yo creo que de a poco se va a ir articulando una lengua, hay algún indicio interesante en el país, este año el coloquio arte-política, el tema político de alguna manera está emergiendo, yo creo que lo político es una lengua articuladora, pero la historia es una de ellas más. No la reivindico como una lengua en sí.

Bueno, te lo preguntaba porque esto queda muy claro en Salazar en su concepto de "ciencia popular".

Ahora lo de la ciencia popular en un tiempo fue muy debatido porque justamente emergió cuando estaba todo el mundo tirando la ciencia para afuera. Claro yo creo que es importante historizar los escritos de Gabriel, pero bueno yo creo que la opción de Gabriel es muy clara, es muy clara y en eso se la respeta así absolutamente. Pero yo tengo una posición muy clara al respecto. Yo una vez debatí con Mario Garcés, en la Católica, sobre la utilidad, y para él, por ejemplo, reconstituir la memoria de los pobladores era levantar de nuevo el movimiento de los pobladores, y yo le dije no, que yo pensaba que la reconstitución de la memoria era fundamental, les va a entregar las bases de su reconstrucción identitaria, pero las bases de la acción están en el terreno de la conformación de cuerpos sociales físicos. Ahí está la política. La conformación de sociabilidad política, sociabilidad que la historia como otros escritos pueden ayudar

pero no confundir... O sea yo no soy partidaria de decirle a los alumnos: miren esta historia que yo les muestro les muestra lo que hay que hacer. O sea cuando yo hago mutualismo me enseña, me muestra modalidades de constitución de política, de construcción de política, la formas de sociabilidad, comunitaria, la apropiación de ciertas claves cooperativas, etc. Me encantan. Pero yo se que por mucho que yo enseñe mutualismo, que escriba sobre el mutualismo, que refute a través de él en algunas cosas, no necesariamente voy a producir mutualismo, ni tampoco le voy a decir a los cabros que tienen que hacer mutualismo. Es claro para mí que esa es una idea que hay que tener en cuenta, hay que tener en cuenta como política histórica el momento de construcción política, pero que no podemos copiar, ni podemos trasladar ingenuamente. No, mi posición es clarísima, la historia es un aparato cultural que es un mediador para la acción, para la creación de política, pero no es un instrumento político.

Entrevista 3. Leonardo León. (21 de Julio de 2004)

Yo me integré a la Universidad de Chile en 1974, y fui formado en términos historiográficos y filosóficos en una universidad que no dudaría en denominar marxista, en tanto que los profesores que me educaron, en su gran mayoría, fueron profesores que habían hecho una lectura, algunos muy rápida y superficial, y otros un poco más concienzuda, de la teoría del materialismo histórico trataban de asumir lo que en ese momento se entendía como la interpretación correcta del materialismo histórico y también un posicionamiento de la historia como ciencia. De esa generación soy. Una generación bastante extraña a la tradición historiográfica chilena porque somos simplemente sujetos extemporáneos, exógenos, a la tradición. Curiosamente de esa época, creo que junto con el profesor Luis Ortega, quizás el profesor Aldo Yávar, probablemente somos los únicos que pertenecemos a esa generación, la generación que entra a la universidad el año el año 1968 y que sale de la universidad el año 1973. No son muchos los profesores que produjo esa generación, profesores universitarios, a los profesores que conocemos, como los profesores de la nueva historia, son profesores anteriores a ese momento, creados o formados en el periodo previo, no en el periodo de la mayor ascendencia de las posiciones del materialismo histórico en el mundo académico historiográfico, o simplemente posteriores. Entonces son profesores autodidactas desde el punto de vista de la teoría o son profesores cuya formación final la recibieron fuera de Chile. Me estoy refiriendo a profesores como Julio Pinto, profesores como Mario Garcés, profesores como Igor Goicovich, profesores como la María Angélica Illanes –quizás la M. A. Illanes era de nuestra época. Entonces serían Ortega, León, M. A. Illanes, Aldo Yávar, quizás Luis Alberto Galdames, que vienen de ese momento. Pero después de eso vienen los historiadores denominémoslos jóvenes. Yo creo que recién su formación, estoy hablando de su formación o sea la entrega de los paradigmas que subyacen a todos sus planteamientos historiográficos, en este caso esa generación la recibió en el extranjero. Además de eso la lectura crítica de esta. Entonces, hablando desde esta perspectiva, creo que nuestra reacción, fue una reacción de esta generación, insisto Luis Ortega, M. A. Illanes, nosotros hicimos una lectura crítica de lo que se nos entregó en esta Universidad (de Chile) entre el 70 y el 73.

El marxismo...

Lo que sería el marxismo. Una versión muy, muy escolar. Una versión muy infiltrada por intereses político-partidistas. Una visión muy infiltrada además por las contingencias y necesidades del momento. Como digo antes, con una lectura muy precaria de la teoría, en primer lugar. Y en segundo lugar, un pensamiento, una reflexión histórica que tendía más a la interpretación que a la presentación de datos. Entonces justamente lo que caracteriza a la obra de la profesora Illanes, al profesor Ortega, la obra del propio Julio Pinto, y la del que habla, es justamente el volver a los archivos, y hacer la investigación, y presentar datos que fueran duros, desde el punto de vista de su materialidad, y postergar para un segundo momento la interpretación y para un tercer momento la explicitación del método. Entonces, lo nuestro es una escuela historiográfica que busca a través de la reconstrucción narrativa la presentación de datos que en nuestra opinión habían sido omitidos. Yo creo que en este proceso, nos ganamos profesores. Nos ganamos a Gabriel Salazar, por ejemplo, que pertenece a esa otra tradición, se sumerge en los datos y escribe *Labradores Peones y Proletarios*, que es una obra que en mi opinión, de acuerdo a tus paradigmas sería una obra casi positivista, una búsqueda incesante de datos. ¿Por qué? Porque previo a nosotros está Julio César Jobet, está Hernán Ramírez Necochea, y está por sobre todo Luis Vitale, está Marcelo

Segall, está Fernando Ortiz, y están todos los profesores que nos hablaron del marxismo y de las necesidades revolucionarias de la historia. Pero que nos dieron muy pocos datos. Entonces de esa generación que es una generación ensayística, que es una generación interpretativa, nosotros descubrimos que es imposible hacer una lectura apropiada de la historia de Chile, y menos todavía una interpretación marxista de la historia de Chile si estamos usando los datos de Barros Arana y los datos de F. A. Encina. Entonces Thayer Ojeda, Feliú Cruz, el propio Encina, el propio Barros Arana... proporcionan datos que permiten construir su interpretación, pero si nosotros pretendemos una interpretación distinta, tenemos que encontrar nuevos datos. Entonces, ya no es un problema de interpretación, lo que nosotros planteamos que el dato es el que permite la interpretación. Y en tanto que nosotros postulamos una interpretación diferente de los procesos que han afectado a nuestro país, tenemos que encontrar los datos que puedan sustentar esa interpretación. ¿Cuáles son los datos? Desarrollo industrial en Chile, con una cronología distinta de la que nos propuso el profesor F. A. Encina. La búsqueda de los peones, los labradores y los proletarios, que no estaban en la historia de nuestro país. La búsqueda de las formas de disciplinamiento de las clases populares, en un periodo en que se construye el Estado, que se canta la alabanza al estado republicano y que la cantan todos, M. A. Illanes descubre los mecanismos cómo se incorpora a la fuerza y de un modo brutal a las clases populares a los nuevos sistemas productivos. El planteamiento de León, ¿quién es realmente el mapuche? No me interesa el mapuche del siglo XVI, me interesa el mapuche del siglo XVIII o el XIX, me interesa el mapuche real e histórico que no tiene historia más que el mapuche épico o epopéyico que más que historia tiene una poesía. Entonces, en el reencuentro con los hombres reales, o nosotros fuimos gestando nuevos datos que permiten una interpretación distinta de los acontecimientos. Yo creo que allí existe la gran distancia entre mi trabajo y el trabajo de José Bengoa, en que él se quedó con la imagen de la epopeya, entonces J. Bengoa cuando reproduce esa imagen en el siglo XIX, sigue reproduciendo al mapuche épico, y es donde, otro que nos ganamos en esto, Sergio Villalobos, en que a Villalobos le dijimos, aquí hay más historia, el mapuche no se acaba en el s. XVI, todavía está caminando por la calle. Todavía le cuesta a don Sergio entender que el mapuche camina por la calle, entonces inventa o crea conceptos que sean envolventes de esta nueva realidad, “pero son mestizos”, sí, pero son mapuches, sí son mapuches mestizos, es lo de menos, son mapuches. Entonces todavía don Sergio tiene que dar el gran paso y reconocer al final de sus días también caminaban por Santiago mapuches. Y entonces el historiador debe entender los mecanismos de creación y reproducción de los sistemas de dominación, de los sistemas de resistencia, de los sistemas de adaptación, de los sistemas de convivencia, de los sistemas de asimilación, dónde no hay culturas inferiores o superiores, sino que hay culturas que entran en juego, que se interrelacionan y que juntas construyen nuevas historias. Entonces, ya la nuestro es la búsqueda de estos sujetos reales y llegar a descubrir los procesos reales de la sociedad chilena. Y yo creo que en eso estamos en términos del método, y el método nuestro yo creo que en esta página está definido como positivista. Los datos no son peligrosos, no son un pecado, la búsqueda de datos no es una culpa, ni tampoco es un error. Y entonces cuando los jóvenes hablan del positivismo, confunden lo que es una técnica para la construcción de un texto histórico con lo que es una visión filosófica de lo que es la historia.

Yo estoy seguro de que la historia avanza con los tiempos, construye sus propios fundamentos para los cambios. Nosotros estamos hace treinta años revisando, causas judiciales, testamentos y periódicos. Éstas son las tres fuentes que en el último cuarto

del siglo XX se aportaron para la construcción historiográfica de los sujetos populares. ¿Cuántas más se van a abrir en los próximos veinticinco años? No lo se. Se van a abrir sobre la base de esos. Lo que a nosotros nos importaba como historiadores, lo que me importa a mí como historiador, es que en la búsqueda de estos datos, en la construcción de estos sujetos lo que yo reclamo para esos sujetos es el derecho de ellos a ser considerados como protagonistas de la historia. Que no porque no existen datos no son protagonistas. Que no porque no tengamos en este momento ningún discurso político de un pobre del s. XVII, pero estoy seguro que más que nada no es que no tengamos el discurso político de un pobre, que no tengamos un motín popular de mediados del s. XVIII, no porque hayan existido, sino que nosotros tal vez no logramos ver cómo se manifestaron esos fenómenos en el mundo de los pobres en el s. XVII o en el s. XVIII. Tengo la certeza, primero, de que si existieron los procesos, y de que algún día los historiadores los vamos a aprender a ver. Porque lo que tenemos en este momento son estos grandes filtros culturales de nuestra propia época que, como verdaderos velos, nos impiden ver. No podemos escapar nosotros a nuestro propio tiempo. Entonces nosotros estamos definiendo motines, economía natural, economía popular. Entonces el discurso político lo estamos definiendo nosotros con los instrumentos con los cuales se define la oligarquía, lo que debe ser el discurso político. Y algún día lo vamos a quebrar eso, así como quebramos la idea de que la historia la hacen solo los hombres que escriben, y que los pueblos sin escritura son pueblos sin historia, lo que ahora resulta estúpido.

Nosotros además somos una generación que le tocó vivir grandes fenómenos, indudablemente a todos les toca, pero a nosotros probablemente nos tocó vivir en una época más traumática y nos tocó vivir en lo personal experiencias traumáticas. Y hay algo que yo en lo personal nunca voy a renunciar, y es rendirme ante la supuesta objetividad o científicidad de la historia. Si la historia es científica es porque la historia probablemente se puede predecir, pero la historia no es científica porque sea objetiva, no es científica porque deje el espacio del discurso narrativo o de la ficción para pasar a un ámbito inodoro, incoloro y neutro de la supuesta creación científica. En ese sentido, yo creo que la búsqueda de la científicidad en la historia, iniciada a fines del s. XIX que buscaba establecer paradigmas para la ciencia histórica, paradigmas que podrían quizás ser aplicados a las ciencias naturales o a las ciencias físicas, son absolutamente inútiles. Yo creo que cada generación tiene el derecho de hacer su propia historia, no solo hace la historia porque tiene el derecho, sino que porque en cada generación se reúnen las condiciones materiales diferentes desde las cuales los hombres pueden interpretar el pasado de una manera. Entonces no existe una ciencia histórica, ni existe una historia de Chile, existen las historias que cada generación, cada época escribe sobre su propio pasado. Entonces no remito al dato como un dato que en el pasado permanece inalterable y al cual debemos acercarnos para reconstituirlo plenamente, no, yo veo el dato del pasado a través de los ojos de mi época. Siendo así, nuestra generación, siendo una generación traumatizada por grandes transformaciones, reclamo para el historiador la subjetividad, el particularismo, la pasión con respecto a su sujeto, la pasión para declarar que esta es la historia correcta y todas las demás se han equivocado, porque mi vida es la correcta, nuestro mundo es el correcto. Yo creo que en la medida en que somos más auténticos en reflejar en nuestra propia obra nuestro tiempo, en la medida en que nos hacemos más subjetivos en la gestación de nuestra obra, estamos haciendo quizás lo que debe que hacer el hombre en la historia de la humanidad, que es entregar su aporte particular, historizado, para que la humanidad en su conjunto, florezca, madure, se reencuentre.

Ahora, ¿cuál es mi epistemología? Es ser hijo de obrero, nunca dejar de ser hijo de obrero, ser hijo de la revolución, ser hijo de esa universidad de la que te hablé al principio, es ser hijo de una época y ser para esa época la voz. Y esa época va a pasar. Si alguien me preguntara ¿cuál cree Ud. que ha sido el aporte para la historiografía? Yo diría situarse en el mundo de las grandes mayorías, somos todos los que hacemos la historia. Todos somos históricos, yo no me creo esto de que algunos son más históricos que otros. Todos somos históricos, porque todos hemos vivido bajo el mismo cielo, bajo el mismo firmamento, hemos respirado el mismo aire y hemos hecho las mismas cosas. Así que eso es. Ahora afinemos los instrumentos para reencontrar la historia de estas grandes mayorías de nuevo, esa es nuestra labor, nuestro deber. Devolverle la historia o la voz a los que no tienen voz, bueno, descubramos los micrófonos, descubramos donde quedaron esos ecos. Esa es nuestra tarea. En segundo lugar creo que fuimos partisanos de la historia, que somos partisanos y debemos ser partisanos en nuestra propia obra, y no sentir vergüenza de eso, porque ese es nuestro aporte. Al último reflexionar sobre los paradigmas de nuestra época, para que la humanidad aprenda, si nosotros estuvimos equivocados, que aprendan de nuestros errores. En tercer lugar yo siento, que el motor de nuestro planteamiento historiográfico, de mi planteamiento historiográfico, es entonces salir al encuentro de la gente. Yo creo haber salido al encuentro de los mapuches, ahora creo estar saliendo al encuentro de los mestizos, y al bajo pueblo santiaguino, para descubrir de que manera ellos son los protagonistas de esta historia. Entonces, no me gustan los vagos y los mal entretenidos, porque vagos y mal entretenidos en Chile central es un concepto amplio, me gustan el bajo pueblo santiaguino. Entonces ese pueblo que vivía en La Hollería, que vivía en San Isidro, en Santa Ana, en el barrio de La Chimba, pero son sujetos reales. Entonces los situó en una cronología, lo situó bien en términos geográficos, los trato de situar bien en términos de una identidad. Creo que por ahí avanza o debe avanzar nuestra historiografía, en el rescate de sujetos reales. No hay felicidad mayor leer la lista de los trabajadores esforzado que construyeron los tajamares del Río Mapocho, e ir viendo las sonrisas en mis estudiantes porque están sus apellidos en la lista. Entonces lo que falta es establecer como estos son tataranietos de los que salieron a pavimentar calles en el s. XIX en Chile. Esa es la labor del historiador. El salir al encuentro de la gente, al encuentro de la gente real. Eso, es al menos lo que yo pretendo con más énfasis. Que se entienda que mi historias son de gente que existió, no de categorías históricas, no de conceptos como el bajo pueblo, sino de hombres concretos hechos y derechos, que es la Rosario Araya de Gabriel Salazar. Ese es el momento que en nuestra historia, la historia popular, en Chile se marca. Cuando Gabriel Salazar nos entrega a nuestra memoria colectiva la mujer que parió 4 o 5 hijos y que murió en Illapel y que se llamaba Rosario Araya. Yo creo que ahí Gabriel hizo totalmente, todo el trayecto que tenemos que hacer todos, de lograr algún día llenar en el amplio panteón de héroes nacionales poner también un par de sujetos populares. Pero todavía nos falta descubrirlos, nos falta investigar mucho y luchar mucho para poder decir este era el sujeto popular.

¿Para qué escribe su obra? Profundice un poco sobre ese aspecto.

Mira yo creo que está dicho. Es simplemente para reencontrarnos. Fue cuando me di cuenta de que yo ni los amigos de mi calle no teníamos memoria, no teníamos historia. Y francamente me di cuenta de eso. Me di cuenta también cuando leía la historia de nuestro país, que normalmente la historia terminaba cuando comenzaba lo interesante. Cuando se requería la explicación, no nos explicaba nada. Y después cuando entré a la Universidad, me di cuenta de que la historia no podía ser teórica. Si algo podíamos

tomar de Marx es que la historia debe ser siempre historia de hombres reales. Que después de eso, todo lo demás viene luego, pero lo primero es establecer a los sujetos reales. Entonces cuando escribo historia lo hago en ese sentido, primero para recuperar mi propia historia, saber quien soy. Porque de un hombre sin memoria se puede hablar de un hombre sin identidad. Y yo creo que nosotros los pobres somos hombres ansiosos de identidad, porque al fin de cuentas es nuestra identidad sobre la que se construyen nuestros estereotipos, es la forma de hablar, de comer, de vivir que tenemos, nuestra identidad nos condena. Es la búsqueda de esa identidad. En segundo lugar, contribuir a la historia de mi patria del futuro, por eso hablo de reencuentro, porque es muy terrible que la mayoría del país no tenga memoria, que no sea la memoria del país la memoria de ellos, que no los incorporen en esa memoria. (...) En la búsqueda de sanar el dolor social, sanar la herida social, de curar cicatrices, creo que el historiador, yo lo siento como un deber, debe hacer el tremendo esfuerzo, como lo hace Gabriel, de advertir sobre las fisuras, sobre los quiebres y decir “esto, nunca más”. Y bueno, lamentablemente no nos escuchan.

¿Por qué la historia?

Es una pregunta que se han hecho siempre los historiadores, o la misma humanidad, ¿por qué recordar? ¿Qué hay en el pasado? Hay una búsqueda de la identidad. Y dónde están los fundamentos concretos reales, en nuestro pasado. Creo que los hombres buscan en el pasado este tipo de explicaciones, y busca en el pasado este tipo de conocimientos para explicar mejor su actualidad. Ahora que la historia no sea eficiente, por supuesto, siempre es más eficiente una bala. Pero lamentablemente, el camino de la bala es fugaz, es rápido, pero tampoco te genera los placeres, los deleites que genera la investigación en nuestro caso. Nosotros sabemos que nuestras revoluciones pueden culminar con caudillos montados en el poder, como ha sucedido muchas veces en América Latina, entonces no es el camino, yo no lo veo como un camino. Yo creo que la historia no tiene nada de inútil o sea por último para nosotros no tiene nada de inútil. Es probable que los que leen y los hombres que hacen la política, y especialmente los que hacen la política en el siglo XX, sean hombres ignorantes de la historia, pero así también son los tremendos costalazos que se han dado. Y eso a nosotros como historiadores nos deja con la posibilidad de una pequeña sonrisa, casi irónica, no, por qué se le dijo tantas veces lo que tenía que hacer por la experiencia histórica. Ahora si yo acepto que cuando tu logras hacer confluir los grandes ríos de la historia, los grandes ríos de la identidad, logras identificar los procesos que se abren y te encaramas sobre ellos, y en este caso los líderes, los políticos, aquellos sujetos que gobiernan una nación, logran hacerlo le rescatan toda la fuerza histórica y le dan a esas naciones un fulgor que los lleva a ser inolvidables en el curso de una época.

¿Cómo ve hoy en día la generación de historiadores de los 80?

Los veo a algunos de decanos, de vicedecanos, de directores de escuelas, de creadores de escuelas. Los veo como una generación que logró total y completamente su propósito. Como los vencederos. En el sentido de vencer de que ahora la historia de Chile es esa por lo que establecimos en la década de los 80. Ahora en su conjunto creo que esa historiografía es una historiografía que conoció con mucha profundidad el dolor. Entonces lo que uno le pide a esos historiadores es que no olviden el dolor en que se forjó la historia de Chile, porque es un dolor que sigue estando presente siempre en la historia, así como la alegría. Y con lo que te estoy diciendo es que estoy distinguiendo a

los historiadores de los ochenta con los políticos de los ochenta, que surgieron del dolor y que hoy día lo olvidaron. Y que podría darse el caso de que los historiadores del ochenta así como la gente de la concertación hayan olvidado el dolor. Recuperémoslo, no el dolor, sino esa tremenda angustia, esa tremenda ansiedad y esa tremenda alegría que nos produce, en un modo simultáneo, la escritura del artefacto histórico, de esa convicción de que lo que hacemos es necesario. Tenemos que tomar la historia de Gabriel Salazar que casi concluye su vida académica con su libro sobre las ferias libres. Que hermoso fue que el afán de creación llevó a Gabriel a darse cuenta que la historia que buscó con tanto ahínco en archivos de intendencia, documentos, periódicos, caminaba con él los días sábado en una feria libre. Entonces ese es uno de los grandes descubrimientos de la historia en el siglo XX, en que Gabriel nos mostró como para la historia no se necesitan datos escritos, no se necesitan periódicos, no. Es una historia de olores, de colores, de hombres, de mujeres, de algarabía, de cosas pintorescas, de ciudadanías en disputa, de espacios conquistados. Ahí está el fin. Entonces ahora de eso, tenemos que tomar de Gabriel este segundo desafío, salir de nuevo a la calle, encontrar esos otros espacios que también fueron conquistados, y que han sido siempre los espacios de la amplia mayoría que vive en este país. Entonces la alegría de Gabriel debiera ser la guía de aquí en adelante, vivir alegremente nuestra historia. Saber que de alguna manera logramos conquistar los espacios académicos, de mostrar que nuestra historia es la que debe hacerse.

Entrevista 4. Eduardo Devés. (23 de Julio de 2004)

¿Por qué escribir la historia, la de Santa María de Iquique, como la escribió Ud.?

Yo digo muy claramente en la introducción al libro, mi interés por entender un fenómeno histórico como el golpe de estado del 73 a partir de un hecho pequeño comparativamente como lo fue la matanza de Santa María de Iquique. La situación de un movimiento social, un movimiento social un poco político pero sobre todo social, que se va metiendo en un callejón sin salida y que no sabe como recular en un momento en que ve que el fin es inminente, no sabe defenderse, no sabe atacar, pero tampoco sabe recular. Y se ha metido ya demasiado adentro de modo que va a ser reprimido y castigado, y no puede ni atacar, ni recular, ni defenderse. Una situación un poco kafkiana, si tu quieres, pero me parece que la analogía es válida. Entonces, si tu tratas de entender como se va desarrollando ese movimiento, como se va pasando de una etapa a otra un poco espontáneamente, un poco mecánicamente, un poco sin querer pero se va entrando en este círculo, que es un círculo vicioso porque termina en la muerte. Ese es un poco mi objetivo. Tratar de entender como pasaba esto en un caso relativamente micro, al compararlo con lo otro. Eso por una parte, eso es lo que yo de alguna manera declaro. Por otra parte, un objetivo también muy importante, era poner temas que estaban penalizados por la historia oficial en ese momento, antes no había sido tratado tampoco, un poco al pasar, pero ciertamente se conocía casi solo por la Cantata, y se conocía una versión mitificada y muy general. Bueno, yo quería entregar lo que efectivamente ocurrió. Con ese principio positivista, de que lo que efectivamente ocurrió, yo se que no digo todo lo que ocurrió, pero digo una inmensa cantidad de cosas de lo que se sabe que ocurrió, de lo que más o menos se dijo que ocurrió. Y con esto, por una parte, mostrar un hecho desconocido históricamente en la historia de Chile, y, por otra parte, desmontar el mito de la Cantata. Por una parte que murieron 3.600, por otra parte de que la mujeres eran actores de esta huelga, etc. Mostrar los hechos como se habían desenvuelto los hechos y desmontar un poco ese mito. En tercer lugar, en verdad yo lo empecé a hacer porque yo iba a hacer una película, un video sobre esto, entonces fue por otra parte un libro bastante espontáneo, inocente. Y yo fui montando esa introducción más teórica en la medida en que lo iba haciendo. Pero no es que yo haya partido estrictamente de una postura teórica pura.

¿Cómo se produce este giro suyo, de la filosofía hacia la historia?

Se produce por una razón frívola y después una más profunda. Primero una profunda. La profunda es que, yo estudiaba filosofía el 73, y cuando viene el golpe me parece que la filosofía me da muy poca explicación al respecto del golpe. Y que la filosofía no me está mostrando la realidad. Y que probablemente la historia me va a mostrar mucho más de la realidad, o voy a entender mucho más lo que es Chile a partir de la historiografía. Y por eso me puse a tomar varios cursos de historia. Yo me interesaba ya en el pensamiento latinoamericano, cosa que no se cultivaba en filosofía y muy poco en historia, pero era una cierta manera de irse aproximando a las ideas en Chile y en América Latina. Ese es el primer acercamiento. El segundo acercamiento que es más frívolo, yo me doctoré en filosofía entretanto, y el ambiente filosófico chileno es aburrido, es fome, había poca producción, estaba la reacción más conservadora, y por tanto, el deseo de hacer una filosofía extremadamente a la clásica, que no me interesaba y no estaba en condiciones de hacerla. Yo no sabía lenguas clásicas, griego o latín, para seguir esa tradición. Yo hice mi tesis doctoral en Lovaina, y la hice sobre pensamiento

latinoamericano. Entonces aquí en Chile, al volver, pensé que el ambiente historiográfico, con quienes tenía algún contacto, era un ambiente más accesible, más proclive a lo que yo hacía. Y poco a poco me fui articulando al ambiente historiográfico. Y en seguida, consolidándome en los temas latinoamericanos, era mucho más razonable todavía seguir vinculado a la historiografía porque el ambiente historiográfico chileno tiene mucho más receptividad a esos temas que el ambiente filosófico. Por supuesto que hay redes que abarcan la historia, la filosofía, la literatura, los estudios culturales, por lo que hoy en día me desenvuelvo en redes que no son unidisciplinarias sino pluridisciplinarias. Y después me doctoré en estudios latinoamericanos con mención en historia. Una cosa sobre las mancomunales, pero las ideas de las mancomunales y no el movimiento. Todos mis trabajos van por el lado de las ideas, más que los hechos, hasta Santa María. Y Santa María es muy fáctico.

¿Cuál es el fin de su obra?

Contribuir a una cierta conciencia latinoamericana, chileno-latinoamericana. Yo trabajo el pensamiento latinoamericano. Hace 15 años que dejé el tema del movimiento obrero, porque decidí insertarme en el medio continental y ya no en el medio chileno. Focalizarme al medio latinoamericano, para eso necesitaba temas que fueran de interés latinoamericano y no chilenos. Entonces, esto apunta en buena medida a que el continente latinoamericano se conozca y se reconozca. Se piense y se repiense. Que asuma lo que ha sido su historia del pensamiento y piense en el presente inspirándose en su historia de las ideas. Por cierto, no para copiar, pero para que asuma ese pasado, que vea que lo que se está pensando, no se está pensando por primera vez. Que los temas de la democracia, la globalización, de la identidad, etc. son todas corrientes que tienen muchos antecedentes en la historia de nuestras ideas y que por lo menos maneja en lo que han sido las discusiones. Pensar el continente como lugar de pensamiento, para que se asuma, para que tome conciencia de su historia de las ideas. Esa es la finalidad con la cual he trabajado.

En un cierto momento la actividad de provocación, de denuncia de la dictadura, de desafiar a la dictadura, desafiar el orden académico establecido era importante. Sacar los textos de Recabarren el 84-85 era más importante que salieran, era importante en el ámbito político, político – académico, si se quiere, pero político. Cuestión que hoy en día ya no.

¿Existe un afán democrático en la obra de los historiadores de la generación del ochenta?

Veo más bien una intención de participar, de decir su palabra, más que una intención democrática. No digo, que lo democrático no esté presente, pero me parece que es más fuerte, es más marcante el deseo de decir algo en dictadura, de mostrar otros discursos. Con lo cual no quiero que todos los que estuvieron en esa posición fueran muy democráticos o que no tuvieran sus respectivas ortodoxias o sus respectivos fanatismos. Querían decir su palabra, no es obvio que fuéramos a respetar otras palabras con la misma fuerza con la que queríamos decir la propia. De ahí mi duda con lo democrático. Prefiero decir afán de participar, afán de decir su palabra. Yo creo que eso era muy obvio y muy expandido.

Sobre la nueva historia social ¿cómo la ve hoy?

La veo como un momento importante e incluso ciertos algunos ribetes de glorioso. Creo que cumplió la función de que fue muy vital en el quehacer intelectual chileno, mucho más que los estudios filosóficos, que los estudios culturales, que los estudios literarios, que los estudios antropológicos, tanto diría como los estudios sociológicos, que fueron también bastante fuertes. Politológicos, más que sociológicos, el tema de la democracia que fue muy fuerte en los ochenta no es sociológico es mucho más politológico. Desde ese punto de vista creo que fue un momento de reflexión verdadera, auténtica, fuerte, motivante, aglutinante, convocante, donde mucha gente pensó y se ayudó a pensar. Más que en otras épocas, mucho más que en los setentas, por ejemplo. Fue muy vivo, muy vigente. Pero, por otra parte, creo que tuvo su propia limitación en el chilenismo que tiene. Fue muy chileno, no éramos capaces de pensar más allá de lo chileno. Y creo que la historiografía social posterior, digamos de los ochenta, de principios de los noventa, se hizo demasiado chilena, y demasiado poco conectada a temas más globales. Se estudian cuestiones vinculadas a temas regionales, a pequeños acontecimientos, pero no hay una capacidad de pensar más allá del estado-nación. Creo que este es un vicio de nuestra historiografía, sigue siéndolo, se piensa extremadamente a partir del estado-nación. Yo creo que la historia social nos ha llevado a no internacionalizarnos, cuando otras actividades académicas se han internacionalizado más, y otras dimensiones mucho más, creo que nuestra intelectualidad está extremadamente rezagada en esto, en relación al grupo empresario por ejemplo, en cambio los académicos siguen presos del paradigma nacional. Están pensando en cosas que son muy chicas. Me parece monotemático, me parece aburrido, me parece poco interesante. Estas historias de Chile miradas desde adentro, un especie de mirarse el ombligo, sin ser capaz de hacer conexiones de cosas importantes. Por cierto hay honrosas excepciones. Y está ocurriendo en las ciencias sociales y en las humanidades, no en la filosofía, la filosofía peca de lo otro. Entonces creo que el paradigma del estado nación se nos está haciendo una cárcel. Los historiadores chilenos sólo hacen historia de Chile, no tienen historia sobre conexiones, o muy pocas. Creo que esas una de las limitaciones del propio agotamiento, y creo que la historia social es la peor en ese sentido. Es la más chilenizada.

¿No tendrá que ver con el sentido político que siempre ha tenido la historiografía?

Aceptemos eso. Eso también es una limitación porque seguimos pensando la política como un hecho puramente nacional. Por ejemplo, y no lo pongo como un ejemplo bueno, pero para este caso es un ejemplo más amplio, es que los europeos se están pensando como continente, y los americanos hace mucho tiempo que se piensan como continente. E historiadores de Argentina, Brasil o México quieren hacer historia continental. Aquí no. Barros Arana publicó su Historia de América, de ahí para acá muy pocos historiadores chilenos se han atrevido a hacer historia continental.